

# EPICURO

# EL JARDÍN DE LA FELICIDAD

*Obras y fragmentos*

Edición y traducción de
David Hernández de la Fuente

Ariel

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Cita**

**Invitación a la lectura Epicuro y su llamada a la felicidad en nuestro tiempo**

**PRIMERA PARTE**

Vida, obra y textos esenciales de Epicuro según Diógenes Laercio

Vida y doctrinas de Epicuro. DIÓGENES LAERCIO

Genealogía, bibliografía y noticias ciertas y falsas sobre su filosofía

**SEGUNDA PARTE**

Un manuscrito epicúreo perdido y reencontrado

Las 81 sentencias vaticanas. EPICURO

**TERCERA PARTE**

Epicureísmo y filantropía: la inscripción de Diógenes de Enoanda

Fragmentos epicúreos. DIÓGENES DE ENOANDA

Física

Ética

**Bibliografía**

**Notas**

# Créditos

**Libronera.com**

# El jardín de la felicidad

Edición de David Hernández de la Fuente

Epicuro

*Ariel*

*Non fui, fui, non sum, non curo.*
*«No existí; existí; no existo; no me importa.»*

Epitafio epicúreo anónimo de la Antigüedad

*Murió el mismo Epicuro, fenecidoel curso de su vida, el que en ingeniotodo el género humano aventajaba,como sol celestial a las estrellasa todos los demás oscurecía.*

Sobre la muerte de Epicuro
FRANCISCO DE QUEVEDO
(inspirado en Lucrecio)

# Invitación a la lectura Epicuro y su llamada a la felicidad en nuestro tiempo

«Cuando ya no estaban los dioses y Cristo aún no estaba, hubo, desde Cicerón a Marco Aurelio, un momento único en el que solo estuvo el hombre», escribió Gustave Flaubert en una carta que inspiraría, años después, las maravillosas *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar. No se puede evitar pensar en el epicureísmo como uno de los movimientos clave de ese par de siglos escasos a los que se refería el autor francés, en pleno esplendor de la Antigüedad romana. Aunque su origen es anterior, helenístico por más señas —como casi todo en el mundo romano, desde la literatura al pensamiento—, ¡cómo nos atrae aquel mundo, desde la era de Alejandro hasta la de Augusto, con sus permanentes crisis y huidas hacia delante, por sus semejanzas precursoras con nuestro tiempo actual!

Últimamente se ha escrito mucho sobre la vitalidad del estoicismo, pero acaso, en el fondo, se trata de un pensamiento algo ajeno a esa raíz griega que iba en busca de la autonomía del hombre. En cambio, el epicureísmo parece mucho más acorde con la idea de libertad personal (*eleuthería*) y con la liberación de toda perturbación (*ataraxia*). Para empezar, es una filosofía que se concibe como medicina del alma, como un medio de salvación (*sotería*) a través de la razón, que propugna una imperturbabilidad contra los miedos más comunes que nos atenazan —la muerte y el sufrimiento— a través de una guía para la buena vida, la liberación del miedo a la muerte y a los dioses, y que asegura lo asequible del bien y lo soportable del mal. Como consecuencia lógica, el placer es bueno y hay que tender a la ausencia de dolor físico (*aponía*): es

decir, el bienestar del cuerpo después de la tranquilidad de ánimo, mediante la satisfacción de los placeres que se consideran naturales y necesarios —como la comida o la bebida—, pero también, y en especial, a través del placer superior del conocimiento, de llevar una vida bien vivida, de cultivar la amistad como principal objetivo y de practicar la justicia en cada uno de nuestros actos.

Hace no mucho, Catherine Wilson quiso defender un epicureísmo para nuestro tiempo en su libro *Cómo ser un epicúreo* (Ariel, 2020) como respuesta a la avalancha de neoestoicismo de comienzos del siglo XXI. La idea base se centra en que el epicureísmo es mucho más afín al núcleo duro de la civilización llamada «occidental», sobre todo en su giro moderno. Es una idea que repiten muchos estudiosos y admiradores del epicureísmo. Los cínicos, con su vuelta a la naturaleza, y los estoicos, con su sumisión resignada al *logos* o razón universal —tan incomprensible—, que lo gobierna todo, eran las otras dos corrientes en boga en el mundo helenístico, recuperadas hoy: solo hay que pensar en autores modernos como Peter Sloterdijk o Massimo Pigliucci, entre otros muchos, que han reivindicado a cínicos o a estoicos, respectivamente, para nuestro tiempo, tanto en la filosofía como en nuestro día a día. Pero fue Epicuro el primero que nos hizo realmente libres y que sentó las bases de esa sencilla serenidad sin dioses del humanismo occidental, que encontramos en siglos posteriores en Montaigne, Voltaire, Nietzsche o Russell. Libres del miedo (a los dioses, a la muerte) y libres de la esperanza que induce los deseos (tan mala esta como aquel para los antiguos), Epicuro sembró una tranquila manera de afrontar la vida y el conocimiento, basada en una independencia radical.

Ciertamente, nuestro mundo no sería posible sin el epicureísmo, aunque por desgracia nos acordamos poco de él: no solo es el materialismo, el atomismo o la crítica a las oscuridades de la superstición, sino muchas cosas más. Epicuro es el epítome de un ideal. No busca el paraíso más allá, sino aquí, en la buena vida a través de la amistad y la dicha, el control de las pasiones y la liberación de los deseos; por ejemplo, el amor pasional, que tenemos tan idealizado en las ficciones —muy a propósito de

*Madame Bovary* y su autor—, es, en su mayor parte, nocivo. Debe ser domesticado como amistad: esto es lo que enseñan los antiguos.

¿Y qué hacemos hoy leyendo a Epicuro? La afirmación de Flaubert con la que empezábamos este epígrafe, a modo de presentación para el lector, enlaza la filosofía de los romanos seguidores de Epicuro con una modernidad que, tras siglo y medio después del escritor francés, sigue teniendo la sensación de vivir en un mundo sin dioses. Pero ¿también, sin guías o referentes? Puede que vivamos esos «tiempos de indigencia y vacío», como diría Hölderlin, en que los viejos dioses ya se han ido y los nuevos aún no han llegado, pero en ese intervalo pienso que las filosofías clásicas tienen mucho que decirnos de nuevo para que nos sirvan de lúcido faro en tiempos turbulentos.

Pero ¿quién fue este personaje que cambió la historia de nuestra visión del mundo? Epicuro de Samos, de familia ateniense, fundó su escuela como un templo de camaradería, apoyo mutuo y buena vida. Lo llamó el «Jardín» (*to kepos*). Allí admitió también a mujeres y a esclavos en compañía filosófica, para escándalo de los biempensantes de la época. Trató de enseñar que hay que «vivir bien» (*eu zen*), tanto hermosa como justamente. No hay vida gozosa y placentera, decía, sin que sea sensata, bella y justa: vivida, en suma, conforme a la naturaleza (esto lo comparte con estoicos y cínicos, con diversos matices). Epicuro cuidó el legado de sus amigos muertos, legó sus bienes para viudas, huérfanos o esclavos y luego sus sucesores establecieron una fiesta feliz en su honor el día 20 de cada mes (día en el que también murió Metrodoro, su discípulo predilecto). Hablaremos más en detalle de su biografía de la mano del autor principal que la transmite, Diógenes Laercio.

No es de extrañar que su obra y su figura fueran vilipendiadas por los poderosos en diversos momentos —tanto paganos como cristianos—, y que lo rechazaran estoicos o platónicos. Y es que ninguna otra filosofía fue tan rompedora en el mundo antiguo. Digamos que contravenía todos los fundamentos de la ideología dominante en la Antigüedad clásica, desde la centralidad griega al pragmatismo romano. En primer lugar, por desplazar el culto

religioso del centro del espacio público, pero también, y en segundo lugar, por acentuar la autonomía individual, la libertad personal y tratar de desterrar los miedos a la muerte, al castigo divino o físico, por parte de las autoridades, y por promover un ideal de sociedad civil de amigos, basada en la amistad y la concordia.
Y, curiosamente, toda esa revolución, incluidas la ética y la política, comienza por un atomismo renovado, adaptado de Demócrito pero con la añadidura del libre albedrío que preconiza Epicuro, y que supone la base de una sociedad al servicio del individuo: el átomo, es decir, la persona es la que importa, regida por una ética sin miedo a los castigos tanto seculares como religiosos. Está claro que la negación de la inmortalidad del alma y la perspectiva ética del más allá ponían en contra a amplios sectores tradicionales, platónicos y estoicos en la Antigüedad y, ya en la época tardía, también al pujante cristianismo.

Esa gran resistencia a las ideas de Epicuro propició la pérdida de casi la totalidad de sus escritos, de los que no quedan más que unas cincuenta páginas. Y, sin embargo, dejó una huella inmarcesible: podría decirse, como vio hace poco Charles Senard en su libro *Carpe diem* (traducido al español como *Ser estoico no basta*, 2023), que las lecciones esenciales del epicureísmo las transmitieron los poetas. Epicuro era ciertamente poco afín a la poesía, o la expresión poética, lo que queda simbolizado en su abandono del estudio de la literatura en su juventud que resalta su biografía. No obstante, el mensaje filosófico se transmitía mejor, como en los tiempos arcaicos, por los grandes poetas que lo popularizaron, a modo de divulgadores modernos de filosofía, en el medio que mejor llegaba al público general romano: pensemos, sobre todo, en los versos de Lucrecio y Horacio. Pero también ocurrió en el humanismo posterior a través de algunos estupendos epígonos. Y es que Epicuro es puro Renacimiento, como sugirió en su día Stephen Greenblatt en *El giro*, cuando el redescubrimiento del *De rerum natura* de Lucrecio durante el humanismo precipitó una nueva era de amistad ilustrada en el saber. Lo que el escritor americano expone de manera magistral, al hilo de la importancia de la recuperación renacentista del texto de Lucrecio, nos recuerda de nuevo la relevancia que tuvo el

epicureísmo para el advenimiento de una nueva concepción del hombre, en pos de la liberación de toda servidumbre, y una reorganización de los saberes que cambia la historia de la ciencia. Se podría incluso argumentar, si no fuera hiperbólico, que el epicureísmo y su rescate no solo han estado detrás del Renacimiento, sino también de la Ilustración y de la preparación de nuestra modernidad. ¡Cómo olvidar el influjo de Epicuro sobre Voltaire y los enciclopedistas o sobre los revolucionarios que fundaron un mundo nuevo, valiente y ferozmente aferrado a la idea de la libertad individual!

En efecto, la importancia del legado del epicureísmo es imposible de subestimar: de aquella semilla que sembró en las épocas helenística y romana, y que fue propagada por una serie de entusiastas acólitos, acabaría surgiendo nuestra modernidad a través de pensadores muy diversos que han hecho del epicureísmo una de las claves de nuestro mundo. Epicuro ha sido siempre inspiración continua para una serie de librepensadores y humanistas —de Rabelais y Gassendi a Diderot— que han postulado una vida en esa plenitud humana que defendía el sabio de Samos, más allá de los miedos y de las convenciones heredadas. Entre ellos destaca el ya citado Montaigne, que predicó el epicureísmo en su vida y en su obra, y que llegó a dejar grabadas en la torre donde escribió sus magníficos ensayos algunas de sus máximas favoritas del maestro. Pero también Thomas Jefferson, artífice de una declaración de derechos en triple aspiración, a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad («*the pursuit of happiness*» en la Declaración de Independencia estadounidense), fue un confeso epicúreo («*I too am an Epicurean*»). No cabe la revolución del individualismo burgués sin la herencia de Epicuro, pero tampoco el utilitarismo de Jeremy Bentham y John Stuart Mill, con su identificación entre el bien y el placer o con la búsqueda de la felicidad en la limitación del deseo. Otro tanto ocurre con el marxismo: y es que Marx dedicó sus estudios de doctorado al atomismo epicúreo, donde constata la vertiente ética de la intrincada física de Epicuro y Lucrecio, que inspiraba también una nueva aproximación a la política que se complace en discutir y que, sin duda, influye de forma notoria en la

configuración de su sistema. También otro titán fundacional del mundo moderno, Friedrich Nietzsche, fue un discípulo aventajado del filósofo de Samos, del que se declara devoto. Nietzsche apreciaba el concepto de ataraxia y de la felicidad epicúrea, y se sentía afín en la liberación de los aspectos más sombríos de la religión y en la negación de la inmortalidad. Pocas otras figuras de la Antigüedad son tan elogiadas en la obra de Nietzsche. También se ha apuntado esta misma filiación de algunos pensadores señalados de la modernidad, como Christopher Hitchens, Michel Onfray o Yuval Noah Harari, que han llegado a autodefinirse como seguidores del Jardín.

Sin Epicuro, en suma, no habría sido posible nuestro mundo actual, con su ética sin dioses y un credo laico, común a toda la humanidad, en el que se pondera la fraternidad universal y los derechos del hombre y del ciudadano. Es crucial lo que nos propuso el filósofo del Jardín en la Antigüedad. Nada menos que liberarnos de los miedos y los deseos que nos atenazan, de la esclavitud de las apariencias; dar la vida por la comunidad de los amigos y liberarse de la cárcel de la rutina; considerar impío el amor al dinero, venga de donde venga; controlar y autolimitar los deseos, por los males que puede acarrear; buscar en un cosmos atomista y desde una perspectiva materialista el sentido de una vida plena en comunidad, con un pacto social de justicia equitativa; no aparentar que buscamos la verdad sino buscarla realmente y, sobre todo, sonreír mientras lo hacemos.

En suma, su libertad consiste en deshacernos de las convenciones baldías y de los bienes aparentes —como la fama o el dinero— y centrarnos sobre todo en la comprensión de lo que somos y lo que nos rodea. Esos son los únicos placeres puros. El dolor y la muerte están ahí, por supuesto, pero nuestra dicha se basa en ese único goce que nos proporciona el instante eterno y auténticamente deleitable: la comprensión de las cosas a través del aprendizaje. Ahí se parece mucho a Sócrates. Para un secuaz simplón de Epicuro, como el que suscribe esta presentación, la consecución de la felicidad puede ser más fácil de lo que parece: hacer el bien y compartir —durante el tiempo que nos quede y en un *locus amoenus* de nuestra elección— filosofía, poesía, amistad, un vaso de

vino, queso, dátiles y frutos secos. Creo que eso lo suscribirían, al menos, el propio Epicuro, Arquíloco, Horacio, Ibn Arabi, Omar Jayam y Yunus Emre. En fin, valga esta convencida reivindicación del epicureísmo a modo de invitación a la lectura de este volumen que reúne su obra completa conservada. Creo que su propuesta —acaso en cabal combinación con el estoicismo— es más vigente hoy que nunca.

## EL MUNDO QUE VIVIÓ EPICURO

Epicuro fue testigo de excepción de la época llamada helenística, marcada por la muerte de Alejandro, y que iba a transformar para siempre la historia del mundo antiguo. Se dice que, en torno a 323-322 a. C., justo cuando Epicuro llegaba a Atenas desde Samos para realizar sus tareas cívicas —porque tenía la ciudadanía de la gran *polis* que, ya por entonces, no era precisamente la gloriosa ciudad de Pericles—, Alejandro moría en Babilonia y Aristóteles en Estagira. Un siglo después de aquel esplendor de la Atenas clásica se inauguraba una era de cambios vertiginosos en el mundo antiguo que empezarían por cambiar el núcleo básico de su configuración, la ciudad-Estado; se abría entonces una etapa marcada por el complejo escenario de los reinos helenísticos, una larga peripecia que comienza con Alejandro en el siglo IV a. C. y no acabará hasta la incorporación de la última de estas monarquías —el Egipto de los Ptolomeos— al orbe romano en el año 31 a. C. No se deben subestimar el cambio de mentalidad que supuso la campaña de Alejandro Magno, que abrió nuevos horizontes para la Antigüedad, así como la influencia de su maestro Aristóteles en cuanto al abordaje del conocimiento. No es de extrañar que a partir de este momento aparecieran nuevas corrientes de pensamiento que tendrían una enorme influencia en el mundo posterior hasta llegar al Imperio romano.

En este marco hay que entender la escuela de Epicuro, el epicureísmo, nacido del pensamiento del sabio de Samos en su

Jardín ateniense. Otro tanto ocurre con el estoicismo, que Zenón de Citio funda a finales del siglo IV a. C. en la «Estoa pintada» de Atenas, o con el cinismo, representado por Diógenes de Sínope en su famosa tinaja y con el ya legendario encuentro con el monarca Alejandro, que muere en 323 a. C. También ese año moría ese Diógenes, el cínico (c. 412-323 a. C.), un sabio iconoclasta que cuestionaba la ciudad-Estado. Lo recuerda así Carlos García Gual, en el libro pionero sobre Epicuro en el mundo hispánico (1981, 19): «Dos de los grandes defensores de la ciudad como marco político ideal, el uno en el terreno de la teoría filosófica y el otro en la práctica histórica, los últimos grandes defensores de la democracia ateniense, estrictamente coetáneos y dos de los primeros partidarios del ideal cosmopolita, el gran conquistador y el corrosivo cínico, desaparecieron de la escena en pocos meses, mientras el joven Epicuro deambulaba por Atenas». Por cierto que justo por aquel entonces también moría asesinado por órdenes de los macedonios el orador Demóstenes (384-322 a. C.), el último gran defensor de las libertades de la democracia ateniense ante el cambio de era.

En efecto, no es meramente anecdótica la coincidencia de la desaparición de estas cuatro figuras —Aristóteles, Alejandro, Diógenes el cínico y Demóstenes—, relacionadas con el final de una época y el comienzo de otra, y la llegada de un joven Epicuro por primera vez a Atenas, una *polis* que ya nunca iba a ser la misma que en tiempos pasados, como consecuencia de los cambios que se dieron en aquel momento acelerado. Cuando muere el monarca macedonio, Atenas hará un breve intento de recuperar su independencia, pero uno de sus sucesores, Antípatro, se hace con el control de la ciudad. Desde entonces, Atenas ya no va a brillar políticamente. Aunque después tendrá una relativa autonomía tutelada bajo la potencia de turno, seguirá un rumbo controlado en el escenario inestable y cambiante típico de la época. Se atestigua, en general, una decadencia del modelo de la *polis* frente a la estrella ascendente de la nueva monarquía territorial: aunque los Estados mediterráneos seguirán basados en la red urbana, cambia el control del territorio y el ejercicio del poder. Así es el modelo helenístico, un

Estado fuerte y expansivo militarmente que más tarde servirá también de modelo para los romanos.

Es interesante insistir en el cambio de perspectiva respecto de la cosmovisión que esto conlleva: el ciudadano ya no puede aferrarse a las instituciones tradicionales y se encuentra con el fin de sus seguridades anteriores en cuanto a la ciudad y sus dioses, los gobernantes, la educación o el sentido de las cosas. El azar y la fortuna entran en escena para la mentalidad de la época, que clausura el mundo de la ciudad-Estado de cierta manera: sus dos últimos grandes teóricos son los grandes filósofos Platón y Aristóteles, que intentaron reformarla en su canto del cisne. El mundo de la filosofía helenística ya marca otro ritmo más allá de la vieja *polis* y de la educación relacionada con esta, por lo que no es de extrañar que dé un giro radical. Y es que hay una clara conexión entre los cambios materiales de la historia y el avance de las ideas en un mundo, como el de Epicuro, en el que el individuo se ve sometido a intensas incertezas y experimenta el sentimiento básico de estar a merced de grandes fuerzas que están más allá de su control; por tanto, se encuentra en un escenario que no puede cambiar mediante su propia acción. El espacio sociopolítico es un escenario turbulento que se vertebra a través de unas instituciones lejos de su alcance, más allá de la vieja *polis*. Las escuelas de filosofía, básicamente epicúreos y estoicos, proponen dos vías de solución. Los epicúreos se alejarán de la vida política como átomos que giran lejos de un núcleo que no pueden controlar, aunque la ética les permite el libre albedrío y también el intento de autoorganizarse de la mejor manera. Por otra parte, los estoicos optan por la reacción contraria y, ya que nada está bajo su control en la sociedad o la política, aceptan formar parte voluntariamente de lo que toque vivir en cada momento según la providencia y el hado. De ahí el proverbial rechazo de los epicúreos a la política y la implicación estoica en esta, aunque siempre matizadas por la búsqueda de la serenidad tanto en el plano individual como colectivo. La física epicúrea, basada en su atomismo materialista, los lleva a concebir una sociedad compuesta de abajo arriba en la que lo que importa es construir pequeñas parcelas de libertad y que

responda a un pacto de justicia y amistad. Por eso, es frecuente la analogía con otras situaciones de *impasse* en el devenir histórico.

Entra en crisis la ciudad, azacaneada por turbulencias, guerras y conquistas —como le sucede a la propia Atenas— y se prefiere hablar de la *ecúmene* («el mundo habitado») como horizonte. También la educación clásica o *paideia* se ve impugnada en la búsqueda de un nuevo modelo, como se observa en estas escuelas helenísticas, que rechazan la educación tradicional e intentan un nuevo ímpetu cultural que se adapte a los tiempos. No hay un rechazo en bloque a los grandes avances de la cultura y de la llamada *paideia*, sino que más bien se objeta una suerte de conglomerado ideológico heredado, a modo de normas de conducta y de valores convencionales, que los epicúreos ven necesario desmontar por ser contraproducentes respecto de la búsqueda de una felicidad individual (García Gual 1981, 64).

El pensamiento epicúreo —pero también, a su modo, Zenón y sus secuaces estoicos— buscaba, así, dar sentido al ser humano en un marco global, en una nueva cosmópolis regida por fuerzas fuera de nuestro control: el ciudadano del mundo no podía ya refugiarse en su pequeña ciudad, en su marco tranquilizador, pues se encontraba solo ante el vértigo de un universo cambiante y al albur de la siempre caprichosa fortuna, la *Tyche* helenística. Los ciudadanos de la época se sienten esclavizados por azares más allá de su previsión, en unos amplios horizontes como los del propio mundo helenístico —que abarca desde las estribaciones del Indo hasta el Nilo— muy lejos de los estrechos horizontes de la antigua *polis* griega. Y ante ello se ofrecerán diversas respuestas culturales y espirituales, en la literatura, en las artes, en la sociedad, la religión y la política: se puede pensar en cada campo, sin ánimo exhaustivo, en el nuevo estilo de las artes plásticas, la transformación de los géneros literarios (desde la épica novelesca a la comedia nueva o la poesía bucólica), el éxito de las cofradías dionisíacas ambulantes o de figuras taumatúrgicas, en el mestizaje en otras latitudes, hasta llegar a los reinos indo-griegos, por poner algunos ejemplos. Y, por supuesto, la filosofía no podrá permanecer ajena a esta metamorfosis histórica de todos los paradigmas del mundo clásico.

Tal es, en suma, el ámbito y el contexto en el que nace la filosofía de Epicuro.

## BREVE VIDA DE EPICURO

Pero resumamos ahora brevemente los datos básicos de la vida de nuestro filósofo. Hijo de Neocles y de Queréstrata, de estirpe ateniense —del demo de Gargeto y de la familia de los Filaidas—, nació en el año 341 a. C. en la isla de Samos, famosa en la historia de la filosofía por ser también el lugar de nacimiento de Pitágoras. Tras su crianza en esa isla viajó a Atenas en su primera juventud para regularizar su situación jurídica —al ser ciudadano ateniense—, con dieciocho años, en 323-322 a. C. Su llegada a Atenas coincide, como se ha comentado, con los turbulentos años de la muerte de Alejandro y sus inmediatas postrimerías. Epicuro habrá de dejar en breve la ciudad de Atenas y se marchará con su padre a Colofón en el año 321, donde se inicia en la filosofía.

Su dedicación al pensamiento parece que nace en su juventud después del desengaño que sufre por parte de sus maestros de literatura y retórica. Cuenta Diógenes Laercio (X 2) que los abandonó cuando se demostraron incapaces de explicarle un concepto que despertaba su curiosidad: el sentido del «Caos» en el poeta Hesíodo (*Teog.* 116). Sexto Empírico (*Adv. Mat.* X 18), médico y filósofo posterior, amplía la información sobre el descubrimiento de la vocación de Epicuro: al preguntar, de joven, a su maestro de letras cuál era el significado de ese verso sobre el caos, este le respondió que eso no se lo podía explicar él, sino los llamados «filósofos». Epicuro entonces replicó: «Pues bien, en ese caso me tendré que marchar con ellos, si es que saben la verdad sobre las cosas reales». Diógenes Laercio ofrece una segunda versión sobre su «conversión» a la filosofía: se dice que al principio Epicuro era maestro de escuela pero que luego descubrió los libros de Demócrito y quedó tan deslumbrado por ellos que cambió su vocación. No es ocioso hablar de «conversión», como se ha dicho, si tenemos en

cuenta que emprender el camino del conocimiento implicaba realmente, en la Antigüedad, tomar un modo de vida particular y una elección de una práctica vital completa.

El maestro de sus primeros años de aprendizaje fue Pánfilo, un platónico que lo inició en el pensamiento. Más tarde, pasa a estudiar bajo el magisterio de Nausífanes, un escéptico seguidor de Demócrito, que le influyó en sus primeros años y lo marcaría, a buen seguro, en su idea de imperturbabilidad. Pese a las dudas sobre su biografía, pero en todo caso en el plano simbólico, no hay que desdeñar estas informaciones de que su primer maestro fuera platónico y que luego se dedicara a Demócrito él solo, o bien a través de sus lecturas o bien guiado por otro profesor. A partir del contraste entre Platón y Demócrito es claro que se quiere indicar cómo Epicuro fue elaborando su propio camino. Al fin, abandonó a su segundo maestro, el citado atomista Nausífanes, y a los treinta y dos años funda su primera escuela de filosofía. Primero la basa en Mitilene, en la isla de Lesbos, donde habita unos años. Después en Lámpsaco y, finalmente, en Atenas, en torno al año 307 a. C., donde fundó su famosa escuela. Allí se quedará ya, dedicado a la enseñanza y a sus escritos, hasta su muerte en el año 270 a. C.

Cuando llega por segunda vez a Atenas, con una posición económica seguramente desahogada, se hace con una hermosa casa con jardín y comienza a sentar las bases de su círculo filosófico, arraigado en las ideas de amistad y libertad. Se reúne con sus alumnos en ese lugar, que recibirá precisamente el nombre de «el Jardín» (*tokepos*). Allí enseña sus doctrinas en una comunidad de conocimiento y camaradería, que, para sorpresa y escándalo de muchos en su tiempo, incluía a mujeres y esclavos. Pensemos en la oposición a la escuela rival: mientras que Epicuro da sus charlas amistosas en un espacio privado y tranquilo, el estoicismo de Zenón, fundado justo hacia esa época, en torno al año 301 a. C., se situará en medio del bullicio de la ciudad, en la *Stoa poikile* o «Pórtico pintado» de Atenas, de cara al público. La elección de un huerto filosófico en lugar de la plaza pública —así como la renuncia a hacer política, que aparece entre sus máximas— es una característica clave que delata el amor de Epicuro por la vida sencilla y retirada, entre

un círculo de amigos y familiares, lo que creará en su momento, y también en el imaginario posterior, una especie de *locus amoenus* de la filosofía lejos del mundanal ruido: se puede recordar la larga sombra de esta elección con motivos epicúreos en el transcurso de toda la Antigüedad, como el célebre *lathe biosas* («vive de forma oculta»), que recuperarán con posterioridad el *beatus ille* del romano Horacio o la adaptación de nuestro Fray Luis de León. Pero también las no pocas críticas que se hicieron —y aún hoy se hacen— al epicureísmo como falto de compromiso con la sociedad. Nada más injusto, si uno repara, como haremos más adelante, en la esencial filantropía y el carácter humanista y equitativo del movimiento.

Fue en ese contexto en el que el *beatus Epicurus* escribió su magna obra, de más de trescientos rollos de papiro, envejeciendo entre graves dolencias del aparato digestivo que le acarrearon crecientes dolores en su edad anciana. Epicuro fue de un talante extraordinariamente humano y filantrópico, como se ve en su testamento, en el que hace provisiones para los hijos de sus amigos y nombra a un sucesor para su escuela. Un duro golpe para él fue la muerte de su discípulo favorito, su gran amigo Metrodoro, al que había designado heredero para la dirección de la escuela. A la muerte en el año 270 a. C. de Epicuro, a la edad de unos setenta años, se establece la ya citada fiesta del día 20 de cada mes. Es famosa su última carta, en la que afirma ser feliz pese a los terribles padecimientos que sufría al final de su larga enfermedad (trance que será objeto de larga discusión entre estoicos y epicúreos, y Cicerón tercia sobre ello algo crítico en un famoso pasaje del *De finibus* II 96-97: *Beatus sibi videtur esse moriens*, «Se consideraba feliz incluso mientras moría»). Ha quedado para la posteridad su imagen de sabio feliz y humanista, en un jardín retirado de los afanes del mundo. De este modo, su vida y su figura se convierten en míticas, casi en un modelo de filósofo para generaciones posteriores.

Su legado perdurará enormemente —una de las cosas más notables en el epicureísmo es la fidelidad de sus discípulos— en un movimiento que lo extendió por todo el mundo antiguo, desde Atenas al Oriente helenizado y a Roma, donde causará sensación. Uno de los autores esenciales para entender el epicureísmo en esa

*longue durée*, Salvador Mas, nos da algunas claves de este éxito a partir de la propia personalidad y biografía de Epicuro. En primer lugar, su bonhomía proverbial: «En comparación con cualquier otra, y por su bondad y autarquía, la vida de Epicuro debe ser considerada un *mythos* (*Sent*. *Vat*. 36). Los epicúreos, en efecto, mitificaron a Epicuro, no por idolatría y menos por superstición, sino por amor a la humanidad» (Mas 2018, 33). Otra señal de gran simbolismo ante la fascinación que se sintió por su figura son sus abundantes retratos junto a los de otros epicúreos, estudiados, como los de otras tantas escuelas filosóficas, por Paul Zanker (1995). En contraste con los demás pensadores, y en especial con los estoicos, es importante recordar que Epicuro es el filósofo más retratado de toda la Antigüedad y, sobre todo, con una efigie que emanaba un aura de serenidad sobrehumana (Mas 2018, 37): autores como Cicerón o Plinio el Viejo acreditan el culto de epicúreos por su maestro a través de todo tipo de retratos y *memorabilia* que les servían de inspiración. Como se ha transmitido de modo proverbial, Epicuro fue realmente «un dios entre los hombres» (Hadot 2006, 203).

## CLAVES DEL PENSAMIENTO EPICÚREO

Tras su vida y sus escritos (o falta de ellos), y la larga estela de sus ideas, conviene ahora desarrollar un tanto la explicación del sistema filosófico de Epicuro, debido a la lejanía de algunos de sus postulados para un lector moderno —desde la física a la ética y de esta a la política—, que conocemos tanto por los fragmentos de sus obras como por sus seguidores, en especial Lucrecio. Ante todo, y como prevención preliminar a la hora de abordar toda filosofía antigua, hay que recordar que, como apuntan Pierre Hadot (2006, 225) o Carlos García Gual (1981, 58), el pensamiento de esta época es más una práctica vital o una actitud personal que una mera disciplina teórica científica: su misión es aniquilar la angustia existencial y procurar la tranquilidad de ánimo. Esta manera de vivir,

para Epicuro, en palabras de Hadot, sería la de «un sabio que sabe disfrutar de la paz del alma» o, para García Gual, «un hombre dichoso... en el terreno de lo práctico». Como se cuenta de él, «decía que la filosofía es una actividad que con palabras y razonamientos proporciona una vida feliz» (frag. 219 Us.). Una vida feliz compartida, añadiría yo, en ese jardín que conforma una república de amistad y libertad en nuestro mundo, sin miedo al abismo con el que nos amenazan desde el otro lado.

Pese a su gran variedad, su filosofía gira en torno a cuatro puntos o direcciones esenciales, que se exponen brevemente en la célebre fórmula del «tetrafármaco» o cuádruple remedio. En una obra de Filodemo, descubierta entre los rollos de papiro carbonizados de Herculano (PH 1005), se recoge esta síntesis que resume la doctrina epicúrea en cuatro líneas sencillas:

> No temas a los dioses.
> No te preocupes por la muerte.
> Lo que es bueno es fácil de conseguir.
> Lo que es terrible es fácil de soportar.

En efecto, en primer lugar, la divinidad no se debe temer, pues no hay dioses que estén pendientes del ser humano para premiarlo o castigarlo. En segundo lugar, no hay que tener miedo a la muerte, porque no sentiremos nada tras ella, pues no es más que una insensible disolución de átomos que no admite la sensación posterior. En tercer lugar, el bien y el placer para una vida buena o feliz (*eudaimonía-eu zen*) son fáciles de conseguir, es decir, es sencillo tener una buena vida alternando los bienes frugales que están al alcance de la mano y el control de nuestros deseos, restringiéndolos a lo necesario. En cuarto lugar, el mal y el sufrimiento son fáciles de mitigar y se puede soportar el dolor de forma sencilla, modulando el umbral de este, ya que nunca un sufrimiento intenso se prolonga en el tiempo.

Sin duda, como se ha adelantado ya, y precisamente por esa vertiente práctica, fue la ética epicúrea lo más singular y lo que más eco dejó de su filosofía. Epicuro se centra en la finalidad de la vida humana, que localiza en una felicidad producida por la ausencia de

dolor físico y de perturbaciones mentales. Según lo que se ha dicho, Epicuro considera que el miedo a la muerte y al castigo por parte de los dioses constituían los principales motivos de turbación entre nosotros, así como el anhelo de deseos más allá de los naturales y necesarios, como la nutrición o la búsqueda de condiciones climáticas para la supervivencia. Entonces, su propuesta era sencillamente eliminar el miedo y cancelar los deseos para liberar a las personas de forma que puedan buscar los placeres naturales, tanto físicos como mentales, a los que el ser humano está atraído por naturaleza. Y estos placeres, que conducen a la serena felicidad (*eudaimonía*), se estructuran en una escala ascendente que va desde lo más básico (comer pan y beber agua) hasta lo más elevado (el estudio y la comprensión de la naturaleza). Aunque no se garantiza si el sabio que llegue a esta vida libre e independiente, dedicada a la sencilla consecución de los placeres básicos y tendiendo al saber, al final, conseguirá la dicha y la paz mental. Niega, además, Epicuro la trascendencia del alma y la vida ultraterrena y que los dioses, que existen como parte del cosmos, deban ser temidos pues no se ocupan de nosotros.

La felicidad está, por tanto, en el aquí y el ahora, en una ética fundamentada en el presente: como se ha dicho, la muerte no es temible porque es solo una disolución de átomos que no nos afectará. «La muerte no es nada para nosotros: pues lo que se ha disuelto no posee sensación y lo carente de sensación no es nada para nosotros.» En referencia a esta postura se ha transmitido un célebre epitafio en latín que se usó en algunas tumbas de epicúreos en la Antigüedad romana y que reza: «*Non fui, fui, non sum, non curo*» («No existía; existí; no existo; no me importa»). Algunas veces se resume con las siglas NFFNSNC. En otras se añade el «recuerdo» como parte de ese proceso entre la composición atómica hacia la vida y la disolución en la muerte: «*Non fui, fui, memini, non sum, non curo*» («No existía; existí; me acuerdo; no existo; no me importa»). En todo caso, esta medicina filosófica de los epicúreos trataba de erradicar para siempre el miedo a la muerte con la idea de que es la privación de toda sensación y memoria. Y, por supuesto, de dolor.

Queda, pues, la lucha contra el dolor: en esta vida, el sufrimiento tampoco es temible ya que no puede durar mucho. Por ello es posible para nosotros aspirar a la felicidad que se atribuía a los dioses incluso en condiciones adversas. Pero Epicuro también posee una teoría del conocimiento que analiza las sensaciones, a partir de la percepción del placer y del dolor, y una física materialista basada en el atomismo y en una teoría evolutiva desde la formación del universo hasta la aparición de la humanidad. La historia de la humanidad, desde sus primeros estadios hasta la civilización actual, es estudiada también como el desarrollo de un contrato social que tiende a la justicia y que, frente a los animales, se basa en el pacto de no hacer daño para no sufrir daño, como base de la sociedad, el derecho y el Estado. Todo ello, ciertamente, encuentra sus bases teóricas en la física y en las conjunciones de átomos y sus inclinaciones o desviaciones libres, que buscan la mejor manera de convivir. Por ello, aunque es conocido aquello de que «el sabio se abstendrá de entrar en política», es evidente que las relaciones sociales y políticas y la justicia colectiva también fueron objeto de interés para el epicureísmo.

Se ocupó asimismo Epicuro de diversos fenómenos meteorológicos y astronómicos, de la gravedad y el magnetismo. En general, su física se aplica asimismo a sus principales objetivos éticos. Prescinde, como se ha dicho, de la metafísica y de la teología, y se enfrenta con énfasis a los platónicos que hablan del demiurgo y de la inmortalidad del alma. Llama la atención la notable aplicación del atomismo a otros ámbitos, desde la ética de la libertad del sabio, hasta el derecho con el pacto social o la consideración de los universos paralelos y la teoría sobre su funcionamiento. Se puede decir que, siguiendo el modelo holístico de Aristóteles, el epicureísmo también trata de construir un paradigma sistemático y coherente basado en el atomismo. En suma, una filosofía impactante para su tiempo, que deja larga huella, pero cuya consideración va más allá de lo que entendemos hoy por un sistema de pensamiento pues se dirige a una práctica vital intensa.

Epicuro, por tanto, fue percibido, ya en vida y después de esta, por sus seguidores como una figura casi providencial por su cercanía

y utilidad para la humanidad: en ese sentido resulta muy productiva la comparación de la filosofía con la medicina, de raigambre socrática (el cuidado del alma como *therapeia*): es acaso el pensador que más refina la idea de la filosofía como terapia y medicina (Hadot 2006, 27-28). Epicuro, como sus compañeros de generación, intenta pasar página y marchar hacia un nuevo paradigma filosófico que proporcione algunas certezas, ante un panorama turbulento e inseguro en todos los ámbitos, y una serenidad siempre anhelada en este mismo contexto. En primer lugar, es preciso entender el cosmos. Por eso la primera gran ocupación de Epicuro es la física, en el empeño en entender cómo funciona la naturaleza, desde los átomos a los fenómenos atmosféricos, en un escenario sin dioses creadores. En segundo lugar, esa investigación sobre la naturaleza (*physiología*) da carta de naturaleza a una cosmovisión propia y relacionada con la ética de un nuevo ser humano, libre de miedos e independiente. Claramente esto va ligado con la autarquía del ideal del sabio autosuficiente en el marco de una cosmópolis que ya no tiene la ciudad, la sociedad o la educación tradicionales como referencias. Como los cínicos, su aproximación conlleva una impugnación de las convenciones, y en común con los estoicos tiene la idea de no depender de las cosas externas (así se ve en la número 34 de las Doctrinas principales de Epicuro, una colección de máximas de la que luego se hablará). Y como los estoicos, por otro lado, asumen un nuevo papel en un universo que no está bajo su control, interconectado en una *sympatheia* y regido por una providencia y un destino inexorables, por lo que también reaccionan ante la tradición educativa de la *polis*.

La clave del pensamiento de Epicuro es unir la física y la ética, como pasa, por cierto, en el budismo: se identifica la naturaleza de los fenómenos en un continuo de materia y conciencia, forma y vacuidad, y se trabaja el control de los deseos para alcanzar la serenidad. Es claro que no todos los deseos deben ser desechados pues los hay que son naturales y necesarios —por ejemplo, la sed—, otros naturales y no necesarios —el sexo— y otros ni naturales ni necesarios, sino que resultan de una vana opinión (seguro que los lectores tienen a mano una larga lista personalizada). Pues bien, el

epicureísmo defiende que hay que alejarse como sea de estos últimos: y no enfadarse, sino sonreír, puesto que no hay tiempo para otra cosa. El sabio, a diferencia de lo que pensaban estoicos y platónicos, no deseará tampoco el aplauso de sus semejantes —por ende, ni hará política ni estará pendiente de lo que piensa la multitud—, pues esto conlleva una vida de cuidados contrarios a la quietud. Por ello, satisfacer los deseos naturales y necesarios, en general, era visto como algo bueno y saludable, aunque sin ceder al impulso que demandan, si su satisfacción puede ser fuente de males peores que su insatisfacción.

Sin embargo, hay que decir también que la fama de Epicuro —buena y mala— se debe especialmente a su tratamiento del placer. Este es entendido como el fin último de la existencia humana, lo que lo lleva a conseguir la felicidad o *eudaimonía.*[1] Pero, obviamente, como en el asunto del deseo, la búsqueda del placer ha de estar regida por la sensatez y la moderación, alejada del hedonismo superficial de Aristipo y su escuela, a los que se opone el epicureísmo. El placer sencillo de Epicuro, relacionado con aquellos deseos naturales y necesarios, es comienzo y fundamento de los placeres posteriores, que van en gradación y encuentran culminación y término (*telos*) en la felicidad serena. Nada que ver, pues, con un egocentrismo hedonista, como destacó nuestro Quevedo, que, en su *Defensa de Epicuro* (1635-1636), comenta la injusticia de considerarlo así: «Epicuro con razón desechó la dialéctica sofística y [...] con la verdad indignó contra sí todos los filósofos, que valiéndose de la palabra *deleite*, en que ponía la felicidad, callando la virtud en que decía consistir el deleite, difamaron al filósofo más sobrio y severo».

Así, la sencilla regla de buscar el placer y evitar su contrario, el dolor, resume una ética muy ligada a la biología, en la que se ve la huella del aristotelismo. También establece que los placeres se diferencian en diversos tipos. El placer que defienden los epicúreos no es el momentáneo o físico sino el «catastemático» o estable, que supone un equilibrio entre lo físico y lo mental a la vez y que al fin otorga la felicidad. El mal físico es una carencia del organismo, del

cuerpo y del alma, un desequilibrio, lo que, de alguna manera, trae a la memoria también la medicina hipocrática, con su equilibrio de los humores. La carencia es ajena al cuerpo, como la turbación al alma, y por eso hay que tender a un equilibrio sereno. El dolor del cuerpo proviene de la enfermedad y el del alma está producido por las malas opiniones, el miedo a los dioses, la angustia por la muerte y la desviación de los deseos. En suma, al igual que la medicina hace al curar el cuerpo, una manera de pensar correcta ayuda a sanarlo. Entre la búsqueda del placer y la aversión al dolor, en síntesis, las modulaciones pueden conducir a la ataraxia como bien supremo, tras eliminar el miedo a la muerte, a los dioses, al futuro, a lo irracional y, en resumen, a la esclavitud de lo aparente. Frugalidad y vida sencilla son claves en esta senda del sabio epicúreo, lo que no se contradice con el disfrute de la vida sin fiar nada al más allá.

## LA RADICALIDAD DE EPICURO

El pensamiento de Epicuro presentaba algunas intersecciones con otras escuelas, como el atomismo, el hedonismo cirenaico, el empirismo aristotélico o la imperturbabilidad escéptica. Como quiera que sea, ambas en conjunción (o precisamente por su conjunción), ética y física, dejaron una huella indeleble en la Antigüedad. Los escritos de Epicuro estaban concebidos, como más tarde los de algunos estoicos, como manual de urgencia para nuestro caos cotidiano y exhortación a la filosofía como única salvación del ser humano, y su sombra es alargada a través de toda la Antigüedad. Epicuro predicó la necesidad de usar el pensamiento como medicina en un mundo caótico y alienado, en la creencia de que solo esto podría procurar una vida feliz y a salvo de toda dolencia del alma, que compartieron sus fieles propagandistas a lo largo y ancho del mundo grecorromano de esa edad en la que los dioses «se habían marchado», recordando las palabras de Flaubert y de Hölderlin.

Es evidente la radicalidad de las propuestas de Epicuro, que nunca quiso gustar a nadie («jamás pretendí agradar a la muchedumbre»,

fr. 187 Usener). Él predicaba una autarquía ajena a lo que las convenciones sociales dictaban, al poder, al dinero o a la gloria, porque «quien presta atención a la naturaleza y no a las vanas opiniones es autosuficiente en cualquier circunstancia. Pues en relación con lo que por naturaleza es suficiente toda adquisición es riqueza, pero en relación con los deseos ilimitados la mayor riqueza es pobreza» (fr. 202 U). La clave es pensar que «la autosuficiencia es la mayor de las riquezas» (fr. 476 U). El control de los deseos y las opiniones comunes lo hermana con los estoicos, con un punto de partida anterior en la ética aristotélica, mientras que la propuesta de reformular la educación tiene larga raigambre en la filosofía griega, desde Platón a los cínicos.

En el caso de Epicuro, su materialismo, su defensa del placer y su posición contraria a la religión lo hicieron muy mal visto por las autoridades grecorromanas, influidas por platónicos y estoicos, y luego por las cristianas. Hay que recordar que la filosofía epicúrea sufrirá una larga condena por parte de la Iglesia, como se constata en el hecho de que los epicúreos aparecen en el sexto círculo del *Inferno* de Dante por haber negado la inmortalidad del alma («*Suo cimitero da questa parte hanno / con Epicuro tutti suoi seguaci, / che l'anima col corpo morta fanno*», X 13-15). Sin embargo, en el Renacimiento, Erasmo intentará defender un epicureísmo cristianizado —lo tendrán más fácil, él y Lipsio, con el estoicismo— en una tentativa que refleja en su diálogo tardío *El Epicúreo*: allí reinterpreta la doctrina para vincularla con el cristianismo en pos de una ataraxia espiritual a través de la fe que conlleva un placer supremo. Este intento, por lo demás difundido en los siglos XVI y XVII, tanto en el catolicismo como en el protestantismo, de cristianizar filósofos clásicos, llega al maravilloso texto de nuestro Quevedo, autor de una vibrante *Defensa de Epicuro contra la común opinión*, aparecida en Madrid en 1635, en la que ensalzaba a Epicuro por su vida virtuosa, honesta y moderada, defendiéndole de «censores avinagrados» y «envidiosos», con argumentos de autoridad extraídos de Cicerón, Séneca o Montaigne.

Veamos algún ejemplo de esta radicalidad revolucionaria en los asertos sobre el placer: «Escupo sobre lo bello moral y sobre los que

vanamente lo admiran cuando no produce ningún placer» (fr. 512 U); «Debemos apreciar lo bello, las virtudes y las cosas por el estilo si producen placer; pero, si no, mandarlas a paseo» (fr. 70 U), o «Principio y fin de todo bien es el placer del vientre, pues todo lo sabio y todo lo elevado tienen su referencia en este» (fr. 409 U). Se han de leer en el contexto de lo que transmite, en la primera parte de la presente obra, Diógenes Laercio sobre los placeres (X 128-132). Ahí vemos la moderación que también marca el acercamiento epicúreo al placer. Especialmente interesante es esta última y controvertida cita sobre el «placer del vientre» (fr. 409 U). Hay que pensar en la idea de poner en el centro el aparato digestivo —de nuevo, un recuerdo a la medicina hipocrática y a su régimen de vida —, una parte del cuerpo de la que, por cierto, sufría el propio Epicuro sobremanera en sus años de madurez.

La alimentación, la dieta y el proceso de nutrición introducen en nosotros los átomos con la energía del universo, transmitiéndola para el cuerpo y también para la mente. Epicuro quizá pensaba en esto cuando centraba su atención primera en los placeres básicos de la alimentación y en los deseos naturales y necesarios de saciar la sed con agua y el hambre con pan. Y es que la regulación de la digestión es clave como fundamento del placer estable, o catástasis, y una base de todo el proceso posterior hasta llegar a otros placeres cuando elevamos el intelecto al conocimiento de la naturaleza. Es un placer, este del «vientre», simbolizado por el pan y el agua, que proporciona la base para todos los demás (Diógenes Laercio X 131), como se ve en otro fragmento que dice «reboso de placer en el cuerpo cuando dispongo de pan y agua. Y escupo a los placeres de coste y lujo no por ellos mismos sino por las molestias que los acompañan luego» (fr. 181 U). El placer más elevado, con todo, será el de comprender el universo a través del estudio de la naturaleza o *physiología*: por eso a la ética antecede una física que va relacionada con esta de forma indisoluble. El placer total es el estado de salud integral, del cuerpo y el alma, pero por encima de todo el entendimiento del estado y funcionamiento del cosmos con sus átomos. Esta enseñanza epicúrea la transmite claramente Lucrecio:

«Nada es más agradable que ocupar los templos serenos, bien reforzados con la doctrina enseñada de los sabios» (II.7 ss.).

En efecto, los conocimientos adquiridos a través de la filosofía preparan el terreno para llegar al placer estable de la imperturbabilidad, sobre la base de un modelo de conducta en el ideal del sabio. En su vertiente social, esto se amplía también en el énfasis sobre la justicia y la amistad, y en un principio de no agresión del ser humano para no dañar y evitar el daño. Otras máximas éticas procedentes de fragmentos hablan del bienestar a partir de su ideal ético: «Es mejor soportar algunos pesares a fin de gozar de placeres mayores. Y conviene privarse de determinados placeres a fin de no sufrir dolores más penosos» (fr. 442 U); «Yo exhorto a placeres continuos y no a virtudes vacías y necias que conllevan inciertas esperanzas de fruto» (fr. 116 U), y «Las virtudes se eligen precisamente por el placer, no por sí mismas, como la medicina por la salud» (fr. 504 U).

El rechazo de la religión tradicional como espantajo que atemoriza al ser humano —y que, en su vertiente supersticiosa, es utilizada por los poderosos para mantenerle en la ignorancia— es también consustancial a esa radicalidad epicúrea que conllevó mala fama y censura por parte de las autoridades. Recordemos el elogio a Epicuro con el que Lucrecio emprende su célebre poema *De rerum natura*: «Cuando la vida humana yacía a la vista de todos torpemente postrada en tierra, abrumada bajo el peso de la religión, que mostraba su cabeza desde las regiones del cielo, amenazando a los mortales con aspecto temible desde lo alto, por primera vez un griego se atrevió a levantar contra ella sus ojos mortales y a rebelarse en su contra» (I.62-67). A partir de Epicuro, queda claro que solo en el conocimiento cabe cifrar la salvación del ser humano del terror, el error y las tinieblas: «No los rayos del sol ni los lúcidos dardos del día, sino la contemplación de la naturaleza y la ciencia» (I.147-148).

En fin, estos retales sueltos de su pensamiento, en citas conservadas de otros autores, permiten calibrar la enorme dimensión y la tremenda cesura en la historia del pensamiento que supone la propuesta epicúrea. Además de estas, luego

constataremos su coherencia a través de las colecciones de máximas que se han conservado a modo de breve «manual» epicúreo para tener a mano —como querían los estoicos con el *encheiridion*—, las Doctrinas principales (transmitidas por Diógenes Laercio) además de las llamadas «Sentencias Vaticanas» (conservadas en un manuscrito de la biblioteca del mismo nombre). Pero no hay que olvidar que la parte primordial de la obra que conservamos de Epicuro está compuesta por epístolas a amigos, muy en sintonía con el espíritu de su Jardín. Las principales condensan su física y su ética, como la de Heródoto y Meneceo, respectivamente (más adelante se presentará un *conspectus* de las obras completas de Epicuro que se incluyen en esta edición). También está la carta a Pitocles, que versa sobre fenómenos astronómicos y que, como las anteriores, fue transmitida por Diógenes Laercio, como la mayoría de los textos supervivientes de Epicuro. Y hay restos de una «Carta a su madre», que poseemos gracias a Diógenes de Enoanda, el otro gran transmisor del legado del «hijo de Neocles», como le llama. Esto nos lleva a la compleja cuestión de un legado filosófico que hoy hemos de componer a partir de retazos.

## LAS FUENTES DEL EPICUREÍSMO Y SU TRANSMISIÓN: UN LOGOS VIVO

Como se ha visto, el punto de partida para la labor filosófica de Epicuro, después de abandonar la literatura y la poesía, fue el magisterio de un filósofo platónico y otro escéptico y atomista y, especialmente, la obra de Demócrito. Esto nos recuerda que el epicureísmo no surgió de la nada, sino que, como es natural, partió de las filosofías anteriores para elaborar un sistema particular. De Demócrito y Leucipo, Epicuro tomó la teoría general acerca de los átomos y la que se refiere a la formación del universo a través de los cuerpos y el vacío. También de Leucipo seguramente adaptó la teoría del conocimiento y de la sensación, así como el movimiento de los átomos y la existencia de mundos infinitos. Le debe mucho a

Platón y Aristóteles, pero también a Anaxágoras, por ejemplo, en cuanto a la eternidad de la materia y la idea de la unión y la disolución de los elementos, aunque no le resta un ápice de mérito a su sistema. Epicuro fue un pensador original que trenzó, a partir de estos mimbres, una filosofía propia, coherente y muy efectivamente interrelacionada, como se ve en la teoría del átomo, que ponían en común la física con el fin último del ser humano, que es la felicidad en el gozo de la comprensión. Su innovación con respecto a los atomistas, la llamada «teoría del *clinamen*», es muy significativa al respecto: Epicuro postulaba una desviación espontánea del átomo de su trayectoria, que provocaba diversos efectos y mejoraba el sistema de Demócrito, al superar el determinismo de los atomistas. Este concepto procedente de la física le sirve para la ética como solución al problema del libre albedrío, sin tener que postular un dios que conceda la libertad. Desarrollará la idea Lucrecio en el *De rerum natura* y es interesante pensar que otro materialista muy posterior, Karl Marx, dedicó su tesis a las diferencias entre Demócrito y Epicuro: sugerente por cuanto tiene de relación entre el mundo físico, la ética y la felicidad individual y colectiva del ser humano.

Hoy no reparamos lo suficiente en la gran revolución que supuso el atomismo. Puede parecer que el epicureísmo es una corriente de pensamiento inexistente en la actualidad, pero no es así: de hecho, como se ha argumentado más arriba, es la clave del giro que da pie a la modernidad. Pensemos que el atomismo y el materialismo epicúreos fueron escandalosos en una época eminentemente platónica. Vincular el interés de Epicuro por la física atomista de Demócrito con sus ideales éticos es fundamental: de ahí sale, frente a platónicos y estoicos, la conformación de una ética sin el recurso a lo divino, esencialmente moderna, pero también una perspectiva sociopolítica sustentada en los derechos del individuo, también fundamental para los humanistas modernos. El materialismo epicúreo es, como defiende Wilson (2020, 187-193), «una buena base para la acción política ilustrada y humana», aunque su aplicación haya dado pie a soluciones muy diversas. Para ello no hay más que recordar, como hace esta autora, a tres materialistas epicúreos que cambiaron su tiempo sobre la base del nuevo pacto

social que defendía Epicuro, pero interpretado de forma muy diferente: Hobbes postulando un poder central para evitar los abusos de los nobles y la discordia civil; Rousseau retornando al mundo áureo de la edad arcaica para descentralizar el poder en comunidades pequeñas, y el citado Marx, como es bien sabido, intentando que los beneficios del trabajo revirtieran directamente en los trabajadores. La base de todos ellos está en ideas epicúreas, que tienen un poder innegable y que revolucionaron no solo el mundo antiguo sino, como vemos en estos ejemplos, la modernidad industrial. Pero más allá de sus influencias, se ha de hablar ahora de cómo su filosofía se plasmó en una obra escrita, perdida en su mayor parte, y, sobre todo, de cómo se transmitió su pensamiento pese a todo.

Hagamos un alto en el camino para reflexionar acerca de la manera en la que hemos accedido al pensamiento de Epicuro, mediante un hilo tenue —que a veces ha corrido el riesgo de perderse— pero persistente en la historia que pasa a través de la veneración que le profesaron sus discípulos. De algún modo, contra todas las vicisitudes de la historia, un grupo de fieles fascinados se empeñaron en perpetuar su legado, que quizá hubiera pervivido igualmente. Es un fenómeno común a varias tradiciones sapienciales. Podemos preguntarnos qué hubiera pasado con las enseñanzas de Sócrates si no hubiera existido Platón, con las de Cristo sin sus evangelistas y su antiguo perseguidor, y luego apologista, Pablo o con las del Buda si sus discípulos no hubieran reunido el Tripitaka o si no hubieran vivido filósofos como Nagarjuna o Shantideva. Ahí está, de nuevo, la idea de la filosofía como práctica vital, que recordaba Pierre Hadot: por ello, seguramente y, contra lo que puede pensarse, incluso sin estos discípulos fieles las doctrinas no hubieran perecido, sino que su revolucionario pensamiento habría trascendido y perdurado por otras vías, más allá de los textos escritos. Y es que la oralidad no significaba otra cosa que, a diferencia de hoy día y siguiendo a Hadot (2006), entender la filosofía como un ejercicio espiritual, en el que estudiar una doctrina era menos importante que vivirla y transmitirla con el ejemplo, la actualización y la discusión. Si el epicureísmo ha sobrevivido a tantas

vicisitudes a lo largo de los siglos es porque tiene una dirección práctica que se encarnaba en quienes lo han integrado, practicado y transmitido hasta nuestros días. Y ello porque el *logos* es, por decirlo con Platón, una especie de semilla inmortal que sobrevive en las personas que van pasándose su testigo. Mucho se parece la difusión de las enseñanzas básicas de las diversas tradiciones sapienciales y muy sintomático también es su carácter casi indeleble, como si estuvieran grabadas a fuego en el interior del ser humano. La escritura fue tradicionalmente puesta en tela de juicio, como un fármaco defectuoso para la memoria, por algunos sabios como Platón, en su célebre mito del *Fedro*. Consignar el *logos* sobre papiro, piedra, papel o formato digital no garantiza nada si no se mantiene vivo de generación en generación con experiencias, enseñanzas y memorias que son obras vivientes, como es evidente en el caso del epicureísmo. Por eso, a los que nos consuela pensar que materia y conciencia están indisolublemente unidas y que hay la misma cantidad de materia desde la cosmogonía, también nos complace la idea de que el *logos* se transmitirá siempre, aunque los sabios —o sus discípulos— no hayan escrito nada o, como en el caso de Epicuro, se hayan perdido sus libros casi en su totalidad.

El epicureísmo es, en ese sentido, otra prueba sumaria de la pertinaz pervivencia de esa semilla inmortal de la sabiduría. El fundador del Jardín, que promueve la buena vida a través del conocimiento como camino hacia la felicidad (*eudaimonía*), escribió mucho —en su etapa postsocrática muchos filósofos escribieron largas obras—, abundantes rollos de papiro de los que se ha perdido casi todo rastro.Tenemos testimonios (cf. Diógenes Laercio X 27) sobre la inmensa y variada cantidad de escritos de su autoría, de índole física, ética, astronómica y de un interés inusitado por la naturaleza del cosmos y del ser humano. Pero sus ideas perviven gracias a un grupo de incondicionales epicúreos. Para ellos el conocimiento no proporcionaba el gozo en sí, pero prepara las condiciones de posibilidad para alcanzar la imperturbabilidad y la libertad del sabio, en un celebrado modelo de conducta.

El proverbial buen ánimo de Epicuro fue clave en una ética ligada a la física atomista, que para el lector moderno puede parecer

ardua, pero que resulta fundamental para entender el legado epicúreo. La autonomía ética irreductible del individuo en busca de su libertad, sin un más allá o un rey que temer, fue admirada por fieles secuaces que lo tomaron como inspirador de un nuevo evangelio de libertad y verdad, que habría que buscar con serenidad y una sonrisa en los labios. Estos felices compañeros del Jardín, tanto en su época helenística como en la posterior romana, creyeron que en la difusión de su mensaje residía la clave de la salvación del género humano. Larga es la nómina de estos epicúreos, que bien puede encabezar el ya citado poeta romano Lucrecio, que escribe su magnífico poema *De rerum natura*, al que deben los humanistas haber señalado el camino para superar la Edad Media y acuñar el Renacimiento. También poetas como Virgilio u Horacio difundieron el credo epicúreo de una vida frugal de placeres intelectuales y camaradería: hay que recordar los perdurables lemas horacianos, la *aurea mediocritas*, el *carpe diem* o el *beatus ille* como máximas de un feliz y sencillo epicureísmo.

Pero entre los seguidores aventajados de Epicuro cabe citar a varios escritores griegos de época romana; de los romanos, además de los poetas, cabría hablar largo y tendido, aunque prefiero remitir al citado libro de Salvador Mas (2018). Entre los griegos, solo hay que pensar, en primer lugar, en Filodemo de Gadara, el sirio, del siglo I a. C., cuya biblioteca tenemos en la «Villa de los papiros» de Herculano que, como sabemos, quedó sumergida por la lava del Vesubio. Filodemo, filósofo epicúreo además de poeta, con obra conservada en la *Antología griega*, es notable porque los rollos de papiro rescatados de Herculano, desde su descubrimiento en el siglo XVIII, han ido sacando a la luz algunos de sus libros, que versan sobre materias muy dispares, desde la gramática a la ética y la poesía. Filodemo, tras su formación en el Jardín, llegó a Roma en la época de esplendor de la literatura tardorrepublicana, la de Cicerón, donde se dice que ejerció su magisterio sobre Virgilio y Horacio. Dejó una huella indeleble de epicureísmo en la poesía romana, que, como sabemos, estaba presente ya desde el siglo anterior a aquel, con la figura imprescindible de Lucrecio. La biblioteca de Herculano que contiene parte de su obra —y que ahora se está rescatando de

forma trabajosa, al tiempo que se analizan los papiros carbonizados por la lava del Vesubio también con modernos medios informáticos— se encontraba en una lujosa villa, presumiblemente del rico Calpurnio Pisón, en la que vivía y trabajaba Filodemo. Los poemas y fragmentos filosóficos que tenemos dan una buena idea de su propuesta de conjunción entre poesía y filosofía epicúrea (véase el libro que le dedica Mas en 2021).

Posteriormente, en otra edad prodigiosa de la literatura clásica, el siglo II, veremos un desarrollo ulterior del epicureísmo también en el movimiento literario llamado «segunda sofística» al que debemos figuras y obras memorables. Escritores griegos de este siglo, entre Adriano y Marco Aurelio, como Luciano o Elio Aristides, recuperarán el ímpetu de la literatura en esta lengua. Me interesa el fantástico Luciano, un sofista clave para entender el espíritu de una época. Luciano (125-181) nace en la siria Samósata y fue orador y abogado en Antioquía. Vivió una vida de aprendizaje, viajes y experiencias a través del Mediterráneo, en la época del emperador Marco Aurelio. Fue alumno de un filósofo platónico en Roma, aunque tuvo simpatías especialmente por los epicúreos. Luego marchó de nuevo a Antioquía y acabó domiciliado en Atenas, desde donde inició una carrera imparable de orador ambulante y exitoso, dando conferencias por toda Grecia e Italia, que le proporcionaron fama y fortuna. Suponemos que su afilada oratoria y su literatura le granjearon no pocos enemigos. Le perdemos la pista al final del siglo y quizá muriera en alguna ciudad con cátedra de retórica justo al acabar este.

Crítico fino y escéptico de los valores imperantes en la sociedad —parece que Voltaire lo adoraba—, se dedicó con predilección a la filosofía. Hay que recordar obras suyas en las que se ríe de la tradición mitológica o literaria de manera inteligente y mordaz —como los *Diálogos de las cortesanas* o los *Diálogos de los dioses*—, divertidos viajes a la Luna o al más allá, y aventuras filosóficas de toda índole que muestran sus simpatías y antipatías por cada escuela. Una de estas obras, *Alejandro o el falso profeta,* está dedicada a Alejandro de Abonutico, un personaje inclasificable que representa lo peor de los impostores y embaucadores de todas las

épocas. Este es «el falso profeta» por excelencia, que se inventa un culto misterioso y serpentino para ganar reputación y fortuna. Este farsante fue denunciado, curiosamente, por dos grandes grupos que intentaron poner de manifiesto sus engaños: por un lado, los epicúreos y, por otro, los cristianos. El odio del timador Alejandro contra los epicúreos llegó al punto de que cogió las máximas de Epicuro y las quemó en la plaza pública, como si estuviera quemando al propio Epicuro, como dice Luciano. Para Luciano, Epicuro fue «un hombre auténticamente de naturaleza sagrada y divina, el único que ha llegado a conocer lo bueno de verdad y lo ha transmitido y ha resultado ser liberador de quienes han estado en compañía suya» (*Alej.* 61).

Finalmente, destacaré también, en lugar de excepción y por separado, a dos entusiastas epicúreos, un millonario y un erudito, los dos Diógenes que muestran el éxito de su mensaje a lo largo de la Antigüedad, pues se empeñaron en difundirlo en la creencia de que era la clave para la felicidad del género humano. Por un lado, Diógenes de Enoanda, un millonario del siglo II —esa época inolvidable en la que están en su cénit romano el estoicismo y el epicureísmo—, quiso costear de su bolsillo una enorme inscripción con lecciones epicúreas con miras a la salvación de sus compatriotas. El otro Diógenes, llamado Laercio, también será evangelista de nuestro Epicuro ya en el siglo III o IV: aunque no conocemos casi nada de su biografía, su obra lo perfila como un erudito bienhumorado. Sus fantásticas *Vidas y opiniones de filósofos ilustres* son un compendio delicioso de filosofía y anecdotario: deleitan y enseñan, delatando a la vez sus simpatías por una u otra escuela. No oculta, al cierre de su obra en el libro X, su preferencia por el epicureísmo con la loa a la vida y la obra de nuestro pensador. Volveremos sobre los dos Diógenes, cuya obra constituye el núcleo documental de este libro, en sendas presentaciones de sus textos traducidos y brevemente comentados.

En suma, podemos decir, Epicuro sembró la semilla inmortal del *logos* en unos discípulos que se encargaron de que lo esencial de su pensamiento perviviera. Seguramente, pese al naufragio de su obra, sus ideas habrían trascendido de cualquier manera: es en cierto

modo paradójico pensar que, después de un ejemplo vital tan señalado y admirado en su día, la humanidad hubiera corrido otros derroteros. Fue la suya una manera de pensar que rompió moldes en su era, así como hicieron otros «maestros de verdad» —por utilizar la afortunada expresión de Marcel Detienne— que no escribieron nada o cuya obra se perdió, y que perduró pese a todo, acaso porque contiene claves inextinguibles que nos ayudan a vivir de forma más acorde con la naturaleza del ser humano y más cerca de la plenitud.

## SOBRE ESTA EDICIÓN

Para concluir, queda consignar algunos datos sobre la presente edición de los textos de Epicuro, a partir de las fuentes citadas más relevantes que los han conservado. Este volumen publica por primera vez en conjunto todos los fragmentos epicúreos de importancia, los transmitidos por Diógenes de Enoanda y los que recoge Diógenes Laercio. Ambos textos habían sido publicados por separado en las pioneras traducciones al castellano de García Gual (2007 y 2014), que he leído con aprovechamiento y que sigo de cerca en muchas ocasiones, aunque basándome para mi traducción en una edición más reciente. Sin embargo, para este libro, se ha optado por publicarlos por primera vez de forma conjunta en una renovada traducción con notas. Los dos Diógenes, con su colección de fragmentos y dichos epicúreos, constituyen, pues, las dos partes fundamentales del libro. Además, y para completar el panorama, se incluye a modo de interludio entre los dos Diógenes la colección de las 81 Sentencias Vaticanas de Epicuro. Con esto se aspira a ofrecer al lector las obras completas con entidad atribuidas al filósofo: se deja de lado la pléyade de otros fragmentos menores citados en otros autores, las referencias y las citas secundarias, un material compilado con esmero filológico por Usener (1887).

# AGRADECIMIENTOS

No resta más que el capítulo de agradecimientos. Ante todo, como es de rigor, hay que dar las gracias por el magisterio de todos los que me han precedido en estos temas y reconocer, en concreto, la deuda contraída con Carlos García Gual y Salvador Mas, maestros y amigos no solo en los libros sino en amistosas y muy epicúreas charlas de sobremesa. Este libro, en segundo lugar, no habría sido posible sin la concesión de un año sabático de investigación, con un proyecto sobre filosofía y literatura griega, por parte de la Universidad Complutense: vaya mi gratitud a esta y, en concreto, a mis compañeros del Departamento de Filología Clásica. En tercer lugar, agradezco la paciencia de mi familia más cercana, a la que he privado ya de demasiado tiempo por causa de este libro. En conclusión, y ya que vuelvo a terminar una traducción de filosofía helenística en el fantástico *kepos* familiar de Navacerrada, de legendaria hospitalidad, mis palabras finales van dirigidas a mis tíos Juan Emilio, simposiarca de este jardín, Fernando y Karen, y Beatriz. La sombra pensativa de la Maliciosa y la hospitalidad de la Torre de la Barranca deben ser también mencionadas. En fin, la conjunción de familia, banquete y filosofía, en el hermoso marco de la naturaleza montaraz, confirma más que nunca ese dicho epicúreo que reza: «La amistad baila en torno al mundo habitado anunciándonos a todos que hemos de despertar a la felicidad absoluta» (SV 52).

# PRIMERA PARTE

# Vida, obra y textos esenciales de Epicuro según Diógenes Laercio

Al final de la Antigüedad un simpático erudito de nombre Diógenes Laercio se convirtió en el último gran apóstol del epicureísmo, con el evidente homenaje al maestro del Jardín que supone concluir su magna obra con un libro dedicado a la vida, obra y textos esenciales extractados de Epicuro. Esta obra esencial constituye por derecho propio la primera parte de este volumen en torno a las obras y fragmentos epicúreos. La razón obvia es que este Diógenes tiene el enorme mérito de haber transmitido las pocas y breves obras completas, *ipsissima verba* del maestro, que hemos conservado de Epicuro. Este feliz y tardío epicúreo vivió en una época muy lejana a la helenística, casi al final del mundo antiguo, cuando la tradición cultural griega se fundía ya con el mundo romano y oriental en una nueva síntesis. En ese panorama vivió Diógenes Laercio, apasionado estudioso de la historia de la filosofía que manejó una enorme biblioteca (que hoy nos encantaría tener) y fue hilando a lo largo de diez largos libros de papiro sus *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, que reúnen todas las tradiciones sobre los sistemas y las cronologías, las obras y las biografías y, sobre todo, la personalidad y las anécdotas de los más grandes pensadores de la Antigüedad. Su obra, pese a no entrar en un comentario profundo, supone un claro y útil resumen de las doctrinas de cada escuela de pensamiento en la línea de la tradición doxográfica.

En un orden no cronológico, sino sistemático, Diógenes traza en sus *Vidas* un gran árbol genealógico de la filosofía antigua en dos ramas principales, una que remonta a Tales (y que pasa por Aristóteles) y otra que inicia en Pitágoras (y desemboca en Platón): de ahí en adelante va desgranando cada escuela filosófica desde los llamados presocráticos hasta las escuelas helenísticas. Seguramente, Diógenes vivió ya en una época marcada por el ascenso del cristianismo, en ese siglo III, o incluso algo más adelante. Nada sabemos de su vida: lo único a ciencia cierta es que era un devoto de Epicuro, con el que elige concluir su gran proyecto, cerrando con la exposición de la vida, obra y pensamiento del maestro del Jardín, en el libro X de sus *Vidas*, su personal historia de la filosofía griega. Acaso consideraba el epicureísmo el producto más elaborado y perfecto de la historia del pensamiento. No es casual que acabe con Epicuro su historia de la filosofía griega: siglos antes, Aristóteles, en la *Metafísica*, en un alarde de poca modestia, se había considerado el punto final y culminante de su pequeña historia de la ontología

griega. De forma más humilde, y ciertamente epicúrea, Diógenes coloca simbólicamente a Epicuro como conclusión y perfección de toda la filosofía antigua.

En efecto, salta a la vista de forma continua en su obra la enorme simpatía que Diógenes siente por su maestro espiritual, Epicuro, al que elogia abiertamente en contraste con otras escuelas. Se nota esto en los comentarios y apreciaciones, algunas en primera persona, acerca de este filósofo y también en el contraste con el tratamiento de los demás. Gracias a Diógenes Laercio, como se ha dicho, poseemos algo de los escritos originales de Epicuro que se han preservado. Es una parte mínima del aquel todo que escribió, desde luego, pero hoy nos resulta vital —en combinación con lo que cuentan otros epicúreos— para entender su legado en la ética y la física antes de que casi toda la obra del maestro del Jardín se perdiera en las arenas del tiempo.

Por eso he optado por traducir y comentar aquí íntegro el libro X de las *Vidas* de Diógenes Laercio dedicado a Epicuro, porque en él se incluyen siete textos clave de su pensamiento que transmiten sus palabras literales:[1] se trata, entre otros, de las Cartas a Meneceo, Heródoto y Pitocles y las Máximas capitales, lo que constituye su herencia doctrinal más condensada. Pero antes Diógenes esboza una interesante biografía del maestro, desde su nacimiento y educación hasta su muerte. Así comienzan los primeros parágrafos dedicados a Epicuro, con su genealogía, su biografía y las noticias ciertas y falsas sobre su actividad filosófica, que Diógenes se complace en comentar, discutir o desmitificar. Luego, al hilo de la vida y muerte de Epicuro, nuestro texto recoge su Testamento (par. 16-21) y una primera obra transmitida, la breve Carta a Idomeneo (22), que supone una despedida de la vida del filósofo, una suerte de *famous last words* [últimas palabras célebres]. Es el primer texto literal del filósofo transmitido en esta obra. Tras unos párrafos dedicados a los sucesores de Epicuro y sus obras (23-26), Diógenes recoge el catálogo y títulos de las obras del maestro (27-28).

Seguidamente se exponen los puntos de vista básicos sobre la clasificación de la filosofía según Epicuro (29-30), sumándose luego una segunda y tercera obras originales: el Epítome o Resumen a Heródoto (31-34), a modo de introducción a su filosofía, y la Carta a Heródoto (35-83), con un tratamiento de las cuestiones físicas según su filosofía. Esta carta de Epicuro a su amigo Heródoto se puede dividir a su vez en tres partes: una primera presentación de los principios básicos de la física; una segunda con los conglomerados que se forman a partir de los movimientos de los átomos en el vacío, y la tercera con la finalidad del estudio de la naturaleza. Hoy nos resulta algo ardua la física de Epicuro y un lector moderno encontrará muy lejanos algunos de sus desarrollos. Y, sin embargo, hay que recordar la enorme importancia de la adaptación del atomismo por parte del pensamiento epicúreo para luego elaborar una ética, una antropología y una política. El mundo de los átomos, sus inclinaciones, el vacío y la multitud de mundos, entre otros temas, conectan perfectamente con las posteriores

consideraciones sobre los deseos, los placeres y la buena vida. Sin solución de continuidad se presenta la Carta a Pitocles (84-116), cuarto de los textos del filósofo transmitidos aquí, que contiene un tratamiento de los fenómenos meteorológicos y astronómicos. No es, desde luego, un texto fácil para lectores actuales, habida cuenta de que muchas explicaciones son ingenuas, poéticas, gráficas o incluso absurdas. Pero no hay que dejar de lado, de nuevo, la enorme relación simbólica, metafórica o literal con la finalidad ética de la serenidad del sabio, y una cosmología epicúrea, que incluye las estrellas, el Sol y la Luna, y que se aleja de la teología y la mitología tradicional de los dioses griegos. Es todo un acto de desmitificación el que intenta Epicuro y ha de leerse como una suerte de primer racionalismo abarcador e integrador, que también tiene consecuencias éticas o sociopolíticas.

Acto seguido, viene la parte crucial sobre la ética, entre los parágrafos 117 y 121, que incluye apuntes «sobre el sabio», donde Diógenes sistematiza sus opiniones sobre la mejor manera de vivir. No es un texto literal de Epicuro, pero contiene un útil resumen por parte de Diógenes, muy ajustado a su pensamiento y seguramente con paráfrasis literales de obras de Epicuro. Seguidamente, y también en el plano ético, tenemos la imprescindible Carta a Meneceo (122-135), quinto texto original de Epicuro en la obra aquí traducida. Contiene un útil resumen de sus enseñanzas éticas que trata la cuestión del deseo y sus tipos y la manera de elegir un camino de vida para alcanzar el placer sereno. Nadie puede olvidar su hermosa incitación a la filosofía, a cualquier edad, concebida como salvación y medicina del alma. Después de esta carta se dedican algunos párrafos a la cuestión del placer en el epicureísmo y a deslindar su doctrina de otras, como la cirenaica, que también teorizaban sobre este tema.

Finalmente, el libro epicúreo de las *Vidas* de Diógenes concluye con las famosas *Kyriai Doxai*, Doctrinas principales o Máximas capitales de Epicuro (139-154): esta es la ya citada colección de cuarenta aforismos que se remontan al filósofo de Samos y que desgranan su ética. Las cuatro primeras constituyen el famoso tetrafármaco epicúreo y el resto están organizadas por temas y sin desarrollo, seguramente pensadas para ser comentadas en grupos y desarrolladas por los estudiantes de la escuela epicúrea. La temática de las máximas es variada y resume la filosofía de Epicuro en varios ámbitos. Las máximas X-XIII, por ejemplo, hablan de ciencia y fenómenos celestes, pero con perspectiva ética, mientras que de la XVIII a la XXI se tratan los límites de los deseos y del tiempo. Los criterios de verdad según el canon epicúreo son abordados en los aforismos XXII a XXV, mientras que del XXXI al XXXVIII se presentan las ideas sobre la justicia y el contrato social y, del XXXIX al XL, ideas epicúreas sobre la amistad. Hay que recordar que Diógenes Laercio concluye con estas máximas todo su espléndido tratado sobre las vidas y doctrinas de los filósofos, un gran compendio de doxografía tras el que no se oculta su predilección por la filosofía de Epicuro.

Diógenes, en suma, elige incluir como colofón de sus *Vidas* esta colección de textos epicúreos que, sin duda, circulaban como material para la reflexión

filosófica. En esa práctica vital o ejercicio espiritual continuo que era la vida filosófica de la Antigüedad, se ha señalado acertadamente que estas sentencias y cartas de Epicuro transmitidas por Diógenes eran textos clave que se recogían en diversas antologías para que los alumnos se dedicasen a la meditación sobre su base (Hadot 2006, 207). Son prueba de pervivencia y vivacidad del epicureísmo, pese a todas las dificultades. Como se ha visto en el ensayo preliminar, este sabio tardío nos recuerda la larga vigencia de Epicuro en la cultura y cómo sus devotos discípulos fueron los encargados de preservar su doctrina salvífica. Esto sucede en una línea interrumpida que, antes de él, pasó por Lucrecio y Horacio, como hemos visto, y luego irá a parar a Montaigne y a los enciclopedistas. Más tarde, aunque Hegel desprecie a Epicuro, hemos visto que dos titanes filosóficos de la modernidad, como Marx y Nietzsche, reivindicarán a Epicuro. Curiosamente, Nietzsche también trabajó de cerca sobre Diógenes Laercio y llegó a firmar alguna carta amistosa como «Hijo de Laercio».

## NOTA SOBRE LA EDICIÓN

La traducción se hace sobre la base de la edición de Marcovich (1999), que no ha sido utilizada anteriormente en ediciones en castellano. Reconozco la deuda contraída con la excelente traducción de García Gual (2007), la primera moderna al castellano tras la de Ortiz y Sanz (1792), y a la que sigo de cerca en no pocos pasajes problemáticos. Además, me ha sido de enorme utilidad la traducción italiana con comentario de Reale (2005). Aclaro que he preferido basarme en Marcovich y Reale, más que en los más recientes trabajos de Dorandi y Mensch, por afinidades personales con sus tesis en cuanto a Diógenes.

# *Vida y doctrinas de Epicuro*

DIÓGENES LAERCIO

**libronera.com**

# Genealogía, bibliografía y noticias ciertas y falsas sobre su filosofía

Epicuro, hijo de Neocles y Queréstrata, era ateniense, del demo de Gargeto y de la estirpe de los Filaidas, según cuenta Metrodoro en su obra *Sobre las familias nobles*. Cuentan de él, entre otros, y también Heráclides en su *Epítome de Soción*, que fue criado en Samos, al repartirse allí los atenienses una colonia, y que llegó a Atenas con dieciocho años, cuando Jenócrates estaba en la Academia y Aristóteles en Calcis. Al morir Alejandro de Macedonia y ser expulsados los atenienses por Pérdicas, se trasladó a Colofón para vivir con su padre.

Después de haber pasado allí algún tiempo y de haber reunido algunos discípulos, volvió de nuevo a Atenas en tiempos de Anaxícrates.[1] Hasta cierto punto se dice que filosofó allí en común con otros pensadores y que luego fundó por su cuenta la escuela que se llama como él.

Él mismo dice que cuando tenía catorce años empezó a tener contacto con la filosofía. Apolodoro el epicúreo dice en el primer libro de su *Vida de Epicuro* que llegó a la filosofía por prejuicio hacia los maestros de escuela, ya que no habían podido explicarle lo que quería decir el caos al que refiere Hesíodo. Hermipo dice, en cambio, que él mismo fue maestro de una escuela, pero que luego, como se encontró por casualidad con los libros de Demócrito, corrió hacia la filosofía.

Por esta razón es por lo que Timón iba diciendo de él que era: «El último y a la par el más desvergonzado de los fisiólogos, procedente

de Samos, de estirpe de maestros de escuela, el peor educado de cuantos viven».

Practicaban la filosofía junto con él sus tres hermanos, a los que él animó a ello, Neocles, Queredemo y Aristóbulo, según cuenta Filodemo el epicúreo en el libro décimo de su *Ordenación de los filósofos*. Pero también había un esclavo, de nombre Mus, según afirma Mironiano en sus *Capítulos históricos paralelos*.[2] El estoico Diotimo, que sentía gran enemistad por él, lo calumnió muy duramente al transmitir cincuenta cartas escandalosas como si fueran de Epicuro. Asimismo hubo quien atribuyó a Epicuro las cartas que se piensa que son de Crisipo.[3]

Pero también los discípulos de Posidonio el estoico, y Nicolao y Soción, en el libro duodécimo de la obra titulada *Refutaciones diocleas*, que tiene veinticuatro libros, y Dionisio de Halicarnaso. Se dice, por ejemplo, que rondaba con su madre por las casas miserables, recitando conjuros de purificación, y que junto con su padre enseñaba a leer y a escribir a cambio de un salario miserable. Se cuenta además que habría prostituido a uno de sus hermanos y que vivía con la hetera Leontio. Que se habría apropiado como si fueran suyas de las teorías de Demócrito sobre los átomos y la de Aristipo sobre el placer. Que no habría obtenido la ciudadanía de un modo legítimo, como dicen Timócrates y Heródoto en la obra *Sobre la efebía de Epicuro*. Y que habría adulado vergonzosamente a Mitras, lugarteniente de Lisímaco, llamándolo «Salvador» y «Soberano» en sus cartas.

Asimismo, que habría alabado y adulado a Idomeneo, Heródoto y Timócrates, que divulgaron sus doctrinas secretas descubriéndolas, por esto mismo.

En sus cartas a Leontio, dice así: «Por el soberano Peán, querida Leontina mía, ¡qué algarabía ha provocado entre nosotros la lectura de tu carta!». Y a Temista, la esposa de Leonteo, le decía: «Si no venís a verme, soy capaz de impulsarme a triple velocidad hacia donde quiera que vosotros y Temista me llaméis». Y a Pitocles, cuando estaba en plena sazón, le dice: «Me plantaré aquí a esperar tu deseada aparición, semejante a un dios». De nuevo, como cuenta

Teodoro en el libro cuarto de su *Contra Epicuro*, se habría dirigido a Temista por carta pensando en embriagarse con ella.

Se habría carteado con otras varias heteras, especialmente con Leontio, de la que se enamoró Metrodoro.[4] En su libro *Sobre el fin* escribe así: «Pues yo al menos no puedo imaginar el bien si elimino los placeres de los sabores, si elimino los del sexo, los de las melodías y los de la plástica». Y en la carta a Pitocles escribe: «Zarpando a toda vela escapa, oh feliz, de toda erudición». Epicteto lo llama obsceno y lo calumnia especialmente. Y también, por cierto, Timócrates, en su escrito *Asuntos placenteros* —el que era hermano de Metrodoro y que fue discípulo suyo, pero que luego dejó de frecuentar su escuela—, refiere que Epicuro vomitaba dos veces al día por gula y explica que a duras penas él mismo pudo escapar de aquellas reuniones nocturnas de filosofía y aquella sociedad de iniciados.

Cuenta además que Epicuro ignoraba muchos asuntos del saber y aún más los de la vida común; que su disposición corporal era penosa, de modo que durante muchos años no pudo levantarse de su lecho portátil; que gastaba una mina al día en comida, como escribe él mismo en su carta a Leontio y en la que mandó a los filósofos de Mitilene; que convivía con él y con Metrodoro esa y otras heteras, como Mamario, Hedia, Erotio y Nicidio. Y en los treinta y siete libros de su obra *Sobre la naturaleza* en la mayor parte de las cosas habla de lo mismo y ataca constantemente a otros escritores, sobre todo a Nausífanes, y utiliza su mismo modo de hablar cuando dice: «Pero si algún otro mostraba aquella presunción sofística de su boca tal y como hacen otros muchos serviles, a aquel no le faltaba, sino que, tras las contracciones, la paría de su boca».[5]

Se cuenta que el propio Epicuro decía en sus cartas acerca de Nausífanes: «Estas cosas las llevó a un disparate tal que me insultaba y se iba llamando maestro de escuela». Lo motejaba de «babosa, ignorante, bribón, embaucador y puta». A los seguidores de Platón los llamaba «aduladores de Dionisio»; al propio Platón, «áureo», y a Aristóteles, «un desahuciado», y que, tras haber devorado el patrimonio de su padre, se enroló en el ejército y vendía

drogas. A Protágoras, «mozo de carga», «escriba de Demócrito», y sostenía que enseñaba a escribir en las aldeas. A Heráclito le decía «liante»; a Demócrito, «Basurócrito»;[6] a Antidoro, «Polladoro»;[7] a los cínicos,[8] «enemigos de Grecia»; a los dialécticos, «corroídos de envidia», y a Pirrón, «inculto» e «ignorante».

Pero estos ciertamente deliran, pues en favor de nuestro hombre hay testigos suficientes de su insuperable bonhomía hacia todos, tanto hacia su patria, que le distinguió con estatuas de bronce, como hacia sus amigos, que son tantos que su cantidad no podría medirse ni en ciudades enteras. Todos los que conocieron sus doctrinas se sintieron atrapados por ellas como por cantos de sirenas, excepto Metrodoro de Estratonicea, que lo abandonó para seguir a Carnéades, acaso sobrepasado por la insuperable nobleza de Epicuro. La tradición de la escuela se mantiene aún, mientras casi todas las demás se han disuelto, y su mando ha pasado incontables veces de un discípulo a otro.

10 También están su agradecimiento hacia sus padres; su generosidad para con sus hermanos, y su amabilidad hacia sus esclavos domésticos, que queda evidente según sus disposiciones testamentarias y el hecho de que estos filosofaban junto con él, de los cuales el más famoso fue el ya citado Mus. Y, en general, su filantropía hacia todos. Pues, ciertamente, su piedad hacia los dioses y su amor a la patria son de índole indescriptible. La verdad es que, por su honradez hiperbólica, se abstuvo de la política. Y pese a que Grecia entonces pasaba por momentos muy difíciles, insistía en habitar en ella, salvo dos o tres veces que viajó hacia las regiones de Jonia para ver a sus amigos. Estos, a la sazón, acudían de todas partes para verlo a él y convivían con él en su Jardín[9] que, co-mo refiere Apolodoro, parece que había comprado por ochenta minas.

11 Diocles, en el tercer libro de su *Sumario*, afirma que allí llevaban un régimen de vida extremadamente frugal y sencillo. «Pues les bastaba solamente —dice— un cuartillo de vino, aunque el agua era su bebida en todo momento.» Epicuro no estimó apropiado poner los bienes propios en común, como hizo Pitágoras, que solía decir que los bienes de los amigos son comunes.[10] Pues tal cosa era señal

de desconfianza y en la desconfianza no hay amistad. Él mismo sostiene en sus cartas que se contentaba solo con agua y un simple pedazo de pan. «Mándame una tarrina de queso para que, cuando me plazca, pueda darme un festín.» Tal era quien teorizó sobre el placer como el fin de la vida, a quien Ateneo canta en un epigrama[11] que dice así:

12 *Gentes, sufrís por cosas de poca importancia y por un provecho*
*que no sacia comenzáis disputas y guerras.*
*Mas natura dio a la riqueza un breve límite,*
*mientras los juicios vanos son un camino sin fin.*
*Tal fue lo que el sagaz hijo de Neocles de las Musas*
*escuchó o acaso de los sagrados trípodes de Pitón.*

Mejor lo entenderemos al avanzar desde sus doctrinas y sus propias palabras. Pues dice Diocles que de entre los antiguos filósofos le gustaba sobre todo Anaxágoras, incluso si discrepaba de él en algunos asuntos, y Arquelao, maestro de Sócrates. Ejercitaba, según afirma, a sus discípulos en retener de memoria sus propios escritos.

3 De él dice Apolodoro en sus *Crónicas* que asistió a clases de Nausífanes y de Praxífanes. Pero él mismo decía en la *Carta a Euríloco* que no, que solo fue alumno de sí mismo. Y afirma tanto él como Hermarco que no existió ningún filósofo de nombre Leucipo, el que algunos, como Apolodoro el epicúreo, dicen que fue maestro de Demócrito. Demetrio de Magnesia dice a su vez que Epicuro atendió también las lecciones de Jenócrates.

Utilizó un estilo preciso al exponer sus doctrinas, que Aristófanes el gramático tacha de ser excesivamente particular. Era tan certero que en su obra *Sobre la retórica* no estima digno exigir nada más sino la claridad.

4 Incluso en sus cartas, en lugar de la fórmula «salud»,[12] escribe «pásalo bien» y «vive con dignidad».[13] Pero Aristón dice en su *Vida de Epicuro* que escribió su *Canon* a partir del *Trípode* de Nausífanes, cuyas clases sostiene que frecuentó, como también las del platónico Pánfilo en Samos. Cuenta además que comenzó a filosofar a los

doce años y que estableció su escuela a los treinta y dos. Como refiere Apolodoro en sus *Crónicas*, nació en el tercer año de la Olimpiada número ciento nueve, durante el arcontado de Sosígenes, el séptimo día del mes de Gamelión, siete años tras la muerte de Platón.[14]

5 A la edad de treinta y dos años fundó una escuela por primera vez en Mitilene y en Lámpsaco, que duró cinco años. Después se trasladó a Atenas, donde murió en el segundo año de la Olimpiada ciento veintisiete, durante el arcontado de Pitárato, tras haber vivido una vida de setenta y dos años. Al frente de su escuela le sucedió Hermarco de Mitilene, hijo de Agemorto. Epicuro murió de un cálculo renal, como cuenta Hermarco en sus *Cartas*, tras una enfermedad de catorce días. También narra Hermipo que justo entonces se metió en una bañera de bronce llena de agua caliente y pidió un trago de vino sin mezclar.

6 Tras recomendar a sus amigos que se acordaran de sus doctrinas, falleció. Le he dedicado unos versos[15] sobre él que dicen así:

*Tened salud y recordad mis doctrinas.*

Estas fueron las últimas palabras que Epicuro dijo a sus amigos al morir. Luego se dio un baño caliente y sorbió vino sin mezclar, y enseguida le atravesó el frío del Hades.

Esa fue la vida del hombre y esta fue su muerte. Dictó testamento de esta forma:

## EPICURO: TESTAMENTO

«Según estas disposiciones lego todos mis bienes a Aminómaco, hijo de Filócrates, habitante del demo de Bate, y a Timócrates, hijo de Demetria, del demo de Pótamo, por donación a uno y al otro que se inscribió en el Metroon.

7 Esto a condición de que dejen el Jardín y todas sus dependencias a Hermarco, hijo de Agemorto, procedente de Mitilene, y a los que

filosofan en su compañía, a fin de que a ellos Hermarco les pueda dejar a su vez como sus sucesores en la escuela filosófica, para que puedan vivir según esta filosofía. Para siempre lo dejo en testamento a quienes filosofen según nuestras doctrinas, a fin de que conserven, en lo posible, junto con Aminómaco y Timócrates, la vida en común en el Jardín, y también en acuerdo con sus herederos, para que de este modo quede asegurada la continuidad; y que también estos cuiden del Jardín, tal y como lo harán aquellos a los que nuestros sucesores en esta filosofía lo encomienden. En cuanto a la casa en Melita, que Aminómaco y Timócrates se la dejen a Hermarco y a quienes filosofan junto a él para que la habiten durante el tiempo que Hermarco viva.

3 De las rentas que se obtengan de cuanto hemos dejado a Aminómaco y a Timócrates que se reparta en lotes, de acuerdo con Hermarco, a fin de proveer las ofrendas fúnebres en honor de mi padre, de mi madre y de mis hermanos, y de costear la celebración habitual del día de mi cumpleaños anualmente, el diez de Gamelión, y también la reunión que se celebra los días veinte de cada mes de cuantos filosofan junto a nosotros en memoria mía y de Metrodoro.[16] Que se festeje de forma conjunta el día de mis hermanos en el mes de Poseidón y que se festeje igualmente de forma conjunta el de Polieno, en el mes de Metagitnión, como solíamos hacer nosotros.

9 Que tomen a su cargo también Aminómaco y Timócrates a Epicuro, el hijo de Metrodoro, y al hijo de Polieno, mientras estos continúen practicando la filosofía y convivan con Hermarco. Y, asimismo, que tengan cuidado de la hija de Metrodoro, y que, cuando llegue a la edad apropiada, le procuren un matrimonio con aquel que Hermarco elija de entre quienes filosofan en su compañía, siempre que ella conserve su buena disposición y obediencia a Hermarco. Que le entreguen Aminómaco y Timócrates, con vistas a su manutención, la parte de nuestras rentas que les parezca oportuna, tras consultarlo con Hermarco.

10 Que otorguen junto a estos a Hermarco un derecho total para decidir sobre las rentas, para que no se haga nada sin el visto bueno

de quien ha envejecido a nuestro lado en la filosofía y ha quedado como decano de nuestros compañeros en el filosofar conjunto. En lo que a la dote de la muchacha se refiere, cuando llegue a la edad conveniente, que la establezcan Aminómaco y Timócrates en la cantidad que convenga tomándola de los recursos que haya y de acuerdo con la opinión de Hermarco. Que se ocupen también de Nicanor, tal y como lo solíamos hacer nosotros, de modo que ninguno de aquellos compañeros en la filosofía que nos apoyaron en lo particular y mostraron una total familiaridad con nosotros al elegir envejecer a nuestro lado en la filosofía se encuentren privados de las cosas necesarias en lo que nuestra capacidad permita.

1 Que se le den todos los libros que nos pertenecen a Hermarco. Pero si alguna de las contingencias humanas le sucede a Hermarco[17] antes de que los hijos de Metrodoro lleguen a la edad adulta, que Aminómaco y Timócrates les doten suficientemente como para cubrir todas sus necesidades, siempre que mantengan su buena disposición y que los recursos que dejamos lo posibiliten. Que, en la medida de lo posible, se cumplan todas las otras disposiciones que hemos acordado. Otorgo la libertad a mis esclavos Mus, Nicias y Licón. Concedo igualmente la libertad a Fedrión.»

2 Y, ya cuando estaba muriendo, le escribió a Idomeneo esta carta:

## EPICURO: CARTA A IDOMENEO

«Mientras pasa este feliz y último día de mi vida te escribo esta carta. Todavía me acompañan los dolores de la vejiga y del vientre, tan excesivos que no permiten pasar a mayores extremos. Pero los contrarresta a todos ellos el placer del alma, que se basa en el recuerdo de los diálogos que hemos mantenido en el pasado. Tú, en digna correspondencia con tu comportamiento desde que eras muchacho hacia mí y hacia la filosofía, toma a tu cuidado a los hijos de Metrodoro.»[18]

Y así fue su testamento.

Tuvo muchos discípulos, pero los más célebres fueron Metrodoro,[19] Ateneo, Timócrates y Sande de Lámpsaco, quien, desde que conoció a Epicuro, no se alejó de él excepto durante seis meses que pasó en su patria, tras los cuales regresó.

3 Este era buena persona en todos los sentidos, según testimonia el propio Epicuro en los prefacios que le hizo y en el tercer libro de su *Timócrates*. Como fuera de tal carácter entregó a su hermana Batide como esposa a Idomeneo y tras acoger a Leontio, una hetera ateniense, la aceptó como mujer. Se mantuvo impasible ante los sufrimientos y ante la muerte, como dice Epicuro en el libro primero de su *Metrodoro*. Dicen que murió siete años antes que él, a sus cincuenta y tres años, y el mismo Epicuro, en su antedicho testamento, como él ya había muerto, proveyó acerca del cuidado de sus hijos. Tuvo también como discípulo a otro hermano de Metrodoro, Timócrates, ya mencionado, un tipo desnortado.

4 Los libros de Metrodoro son los siguientes:

*Contra los médicos*, en tres libros.
*Sobre las sensaciones.*
*A Timócrates.*
*Sobre la magnanimidad.*
*Sobre la enfermedad de Epicuro.*
*Contra los dialécticos.*
*Contra los sofistas*, en nueve libros.
*Acerca del camino hacia la sabiduría.*
*Sobre el cambio.*
*Sobre la riqueza.*
*Contra Demócrito.*
*Sobre la nobleza de nacimiento.*

Fue también su discípulo Polieno de Lámpsaco, hijo de Atenodoro, honesto y amigable, como cuentan los discípulos de Filodemo. Y el que le sucedió en la escuela, Hermarco, hijo de Agemorto, de Mitilene, era hijo de un hombre sin recursos y que, en sus orígenes, se dedicó a estudios de retórica. Se han transmitido también magníficos libros de este como los siguientes:

5 *Epístolas sobre Empédocles*, en veintidós libros.

*Sobre las lecciones.*
*Contra Platón.*
*Contra Aristóteles.*

Murió de parálisis, tras haberse convertido en una persona de gran valía.

De igual manera fueron sus discípulos como Leonteo de Lámpsaco y su esposa Temista, a la que Epicuro dejó escritos. También Colotes e Idomeneo, ambos igualmente de Lámpsaco. También estos fueron los muy notables y aparte Polístrato, el que sucedió a Hermarco. Y sucedió a este Dionisio, y a este Basilides a su vez. Apolodoro, «el tirano del Jardín», se hizo célebre, quien escribió más de cuatrocientos libros. Y los dos Ptolomeos de Alejandría, uno llamado Blanco y otro Negro. Y Zenón el sidonio, alumno de Apolodoro, un polígrafo.

6 Y Demetrio, llamado Laconio. Y Diógenes de Tarso, que compuso las *Sesiones selectas*. Y Orión y otros a los que los epicúreos estrictos llaman con el apelativo de «sofistas».

Había también otros tres Epicuros: el hijo de Leonteo y Temista; otro de Magnesia, y un cuarto que fue maestro de armas.

Epicuro fue el escritor más prolífico, superando a todos en la multitud de sus libros. Pues se cuentan cerca de trescientos rollos de él. Están escritos sin ninguna cita ajena incluida en ellos, sino que son las palabras del propio Epicuro. Lo emuló en su poligrafía Crisipo, según afirma también Carneádes, que lo llama con el apodo de «parásito de sus libros». Y es que, si Epicuro escribía cualquier cosa, en ello rivalizaba Crisipo escribiendo otro tanto sobre lo mismo.[20]

7 Por esta causa ha escrito a menudo sobre las mismas cosas y lo que le venía en mente y, por las prisas, dejó muchas obras sin corregir. Pero sus citaciones son tantas que solo de ellas están repletos sus libros, como se puede encontrar también en Zenón y en Aristóteles. Las obras de Epicuro son tantas y tan magníficas,[21] y de entre ellas las mejores son las siguientes:

*Sobre la naturaleza*, en treinta y siete libros.

*Sobre los átomos y el vacío.*
*Sobre el amor.*
*Epítome de las objeciones a los fisiólogos.*
*Contra los megáricos.*
*Problemas.*
*Doctrinas principales.*
*Sobre las elecciones y las aversiones.*
*Sobre el fin.*
*Sobre el criterio o Canon.*
*Queredemo.*
*Sobre los dioses.*
*Sobre la piedad.*

3 *Hegesianacte.*

*Sobre los modos de vida*, cuatro libros.
*Sobre las acciones justas*.
*Neocles*, para Temista.
*Banquete*.
*Euríloco*, para Metrodoro.
*Sobre la visión.*
*Sobre el ángulo en el átomo.*
*Sobre el tacto.*
*Sobre el destino.*
*Doctrina sobre las sensaciones contra Timócrates.*
*Pronóstico.*
*Protréptico.*
*Sobre los simulacros.*
*Sobre la representación.*
*Aristóbulo.*
*Sobre la música.*
*Sobre la justicia y otras virtudes.*
*Acerca de los regalos y el agradecimiento.*
*Polimedes.*
*Timócrates,* en tres libros.
*Metrodora*, en cinco libros.
*Antidoro,* en dos libros.
*Doctrina sobre enfermedades,* para Mitres.
*Calístolas.*
*Sobre la monarquía.*
*Anaxímenes.*
*Cartas.*

Cuantas doctrinas defiende en estas obras intentaré exponerlas yo aquí reproduciendo tres cartas suyas en las que ha compendiado toda su filosofía.

9 Presentaremos también sus Doctrinas principales y lo que nos pareció que está expresado de un modo digno de ser seleccionado, de forma que tú puedas conocer del todo a este hombre desde todos los puntos de vista y tener conocimiento para juzgarlo.[22] La primera carta la escribe para Heródoto y trata sobre física. La segunda está dirigida a Pitocles y versa sobre fenómenos meteorológicos. La tercera va para Meneceo y en ella se trata sobre la existencia. Ha de empezarse por la primera, tras decir algo de forma preliminar acerca de la división de la filosofía según su doctrina. Se divide, pues, en tres partes: Canónica, Física y Ética.

0 La Canónica consiste en la introducción al sistema filosófico, y está en un único libro, titulado *Canon*. La Física versa de toda la teoría acerca de la naturaleza, y está en los treinta y siete libros de *Sobre la naturaleza*, y, en lo elemental, en las *Cartas*. La Ética trata de lo que respecta a elección y aversión; y se halla en los libros *Sobre los modos de vida*, en las *Cartas* y en el *Sobre el fin*. Sin embargo, se suele ordenar la Canónica junto con la Física, y a esta parte la llaman «sobre el criterio y el principio», y «los elementos». La Física trata sobre la generación y la corrupción y acerca de la naturaleza; la Ética sobre elecciones y aversiones, sobre modos de vida y sobre el fin moral.

1 En cambio, se deja de lado la dialéctica como si fuera algo adicional, pues se estima que basta con que los físicos avancen de acuerdo con los sonidos que se refieren a las cosas. Ciertamente, en el *Canon*, Epicuro sostiene que los criterios de la verdad son las sensaciones, las anticipaciones mentales y las afecciones, pero los epicúreos dicen que también son las proyecciones representativas del discurrir. Lo afirma también en su Epítome dirigido a Heródoto y en las Doctrinas principales.

## EPICURO: EPÍTOME A HERÓDOTO

«Pues toda sensación —dice— es irracional y no admite en absoluto la memoria. Y es que, como no es capaz de moverse por sí misma ni por otro, no puede añadir ni quitar nada. Nada hay, igualmente, que pueda refutarlas.

2 Y ello porque ni la sensación de igual clase refuta a otra como ella por su fuerza semejante ni la sensación de una diferente clase la de que es diferente, por no juzgar sobre las mismas cosas. Tampoco lo puede hacer un razonamiento, porque todo razonamiento parte de las sensaciones. Ni de una sensación a otra, pues atendemos por igual a todas. Y el hecho de que haya percepciones efectivas confirma la verdad de las sensaciones, pues cierto es que existe un ver y un oír como que existe un sentir dolor. De donde se desprende que también es necesario que nuestras inferencias sobre las cosas que no se manifiestan se signifiquen desde las que sí se muestran. Y así todas las nociones se producen a partir de las sensaciones y se forman por impresión, por analogía, por semejanza y por composición, coincidiendo también en algo con el razonamiento. Incluso las visiones de los que deliran y las que producen los sueños son verdaderas, porque producen un impulso, y lo inexistente no puede mover a impulsos.

3 En cuanto a la anticipación mental,[23] se habla de ella como de una percepción real o como de una opinión correcta o una intuición o concepción universal que reside en nosotros, es decir, como una memoria de lo que muchas veces se le ha mostrado desde el exterior. Por ejemplo, se dice que «tal cosa es una persona». Porque tan pronto como se dice la palabra «persona», al momento, según la anticipación, el molde de tal cosa es concebido mentalmente, tras introducirlo previamente los sentidos. Por eso resulta evidente lo que bajo cada nombre queda clasificado en primer lugar. Nunca podríamos investigar sobre el objeto de investigación si no lo conociéramos ya de antemano. Como, por ejemplo, en la proposición «lo que está allí es un caballo o un toro», es necesario que tengamos conocimiento de algún modo, por anticipación mental, de la forma del caballo y del toro. Pues no habríamos dado nombre a algo antes de conocer su figura mediante la anticipación mental. Por

ello las anticipaciones son evidentes. También el contenido de una opinión depende de algo que se tiene por evidente en un momento anterior, a lo que lo referimos cuando decimos, por ejemplo, «¿a partir de qué sabemos si esto es una persona?».

4 A la opinión la llaman suposición y afirman que puede ser verdadera y falsa. Cuando está basada en testimonios o no hay ninguno en contra, es verdadera. Pero si no está basada en testimonios o los tiene en contra, será falsa. De ahí que introdujeran el concepto de «en expectativa», por ejemplo, estar «en expectativa» de acercarse a una torre y averiguar cómo se ve de cerca. Dicen que existen dos afecciones, placer y dolor, que se presentan para todo ser vivo. Uno es connatural y el otro ajeno y a través de uno y otro se realiza el juicio acerca de nuestras elecciones y aversiones. Y, de entre las investigaciones, unas tratan los hechos y otras sobre las simples palabras.»

Esto queda dicho, de forma elemental, en cuanto a la división de la filosofía y el criterio.

Pero hemos de pasar ahora a la carta.

## EPICURO: CARTA A HERÓDOTO

«Epicuro saluda a Heródoto.

5 Para quienes no pueden, ¡oh Heródoto!, analizar con precisión cada una de las obras que hemos escrito sobre la naturaleza, ni la mayor parte de los libros que las constituyen, yo mismo he confeccionado un resumen de la exposición entera, para que por lo menos puedan retener en la memoria de forma suficiente los principios más importantes, de modo que sean capaces de ayudarse a sí mismos en cualquier ocasión con las reglas principales en caso de que se dediquen a la teoría de la naturaleza. E incluso quienes han avanzado bastante en la comprensión de la totalidad conviene que memoricen el esquema elemental de todo el asunto en sus

elementos esenciales. Y es que a menudo necesitamos una visión de conjunto y no igualmente la de detalle.

[6] Ciertamente hay que exponer aquellos principios con frecuencia y hay que lograr que se fijen en la memoria, de modo que se obtenga la aprehensión de lo más principal de los temas y entonces también se podrá hallar toda exactitud en el detalle, tras haber captado de forma conveniente y haber memorizado los esquemas más generales. Por lo demás, incluso para quien ha logrado el abordaje más perfecto esto resulta de lo más importante para toda precisión: el ser capaz de acudir velozmente a la aprehensión, reuniéndola con elementos y vocablos simples.[24] Pues no es posible conocer la urdimbre del tratamiento continuo del conjunto si uno no puede resumir en breves expresiones en sí mismo cada cosa que se ha precisado en el detalle.

[7] De aquí se desprende que este método es de total utilidad para los que frecuentan el estudio de la naturaleza, por lo que yo, que aconsejo el trabajo continuo sobre esta disciplina, y que disfruto especialmente la serenidad de vida que se consigue a través de ello, he querido componer este compendio y la recapitulación de estas doctrinas.

En primer lugar, conviene darse cuenta, ¡oh Heródoto!, de lo que subyace tras las palabras, de modo que, en los temas sobre los que hemos de opinar, investigar o debatir, seamos capaces de emitir juicios con referencia a las mismas cosas y que, cuando haya que realizar una demostración, no caiga todo sin juicio en la indeterminación ni obtengamos solamente palabras vacías.

[8] Así pues, es necesario que evidenciemos en cada palabra su sentido principal, el que no precise de explicación, si hemos de obtener algo a lo que referirnos sobre lo que vamos a investigar, debatir u opinar. Y, aún más, conviene conservar en todo caso las sensaciones y las aprehensiones presentes, sencillamente como son, ya del intelecto o de cualquier otro de los criterios, y de la misma manera en cuanto a las emociones existentes, de modo que podamos significar tanto lo que está en expectativa de confirmación como lo que no es evidente a los sentidos. Cuando hayamos captado

estas cosas conviene ya contemplar lo que no es evidente. En primer lugar, hay que pensar que nada llega a ser a partir del no ser. Pues entonces cualquier cosa podría llegar a ser a partir de cualquier cosa, sin necesidad de semilla alguna.

39 Pero si lo que es destruido, en realidad, desapareciera en el no ser, todas las cosas habrían sido aniquiladas al no existir aquello en lo cual se habrían disuelto. Ciertamente, el todo siempre fue así como es ahora y siempre será así, pues no hay nada en lo que vaya a transformarse. Aparte del todo, en efecto, no existe nada en lo que pudiera derivar en su transformación. Pero es que también [esto lo dice en su *Gran Epítome*, al principio, y en el libro primero de *Sobre la naturaleza*] el todo consiste en cuerpos y vacío.[25] El hecho de que existan cuerpos testimonia la sensación en cuanto a que esta es necesaria al entendimiento para conjeturar lo imperceptible, como ya antes he dicho.

40 Por otro lado, si no existiera lo que llamamos vacío, espacio y naturaleza intangible, no tendrían los cuerpos dónde estar ni por dónde moverse, cuando de hecho aparecen moviéndose. Además de esto, no es posible pensar nada ni a través de la percepción ni de la analogía con lo percibido, en cuanto suponga una naturaleza universal y no como predicado o accidente de las cosas. Y, ciertamente, además, de los cuerpos los unos son compuestos y los otros se dan como partes de las que se hacen los compuestos.

41 Estos son indivisibles[26] e inmutables pues, si no, todo se corrompería en el no ser. En cambio, se han de mantener sólidos incluso en las disoluciones de los compuestos, porque son por naturaleza compactos, de modo que no tienen dónde ni cómo disolverse. De manera que es necesario que los principios sean los componentes naturales indivisibles de los cuerpos.

Pero, además, el universo es ilimitado,[27] porque todo lo limitado tiene un extremo y este extremo se contempla junto a otra cosa. [Pues no se contempla nada al margen del universo.][28] e modo que, si no tiene borde, no tiene límite, y si no tiene límite, ha de ser ilimitado y no limitado. Y por cierto que lo es por la multitud de los cuerpos y por la extensión del vacío.

2 De hecho, si el vacío fuera ilimitado y los cuerpos estuvieran delimitados, los cuerpos no permanecerían en ninguna parte, sino que serían llevados por el vacío ilimitado y quedarían dispersos sin tener nada que les sirviera como soporte y los impulsara por el rebote de la colisión. Pero si el vacío fuera delimitado, no tendrían los cuerpos ilimitados lugar en el que colocarse. Además de estas razones [y esto lo afirma también en el libro primero de *Sobre la naturaleza* y en los libros catorce y quince, y en el *Gran Epítome*],[29] los átomos compactos de los cuerpos, a partir de los cuales se generan los compuestos y en los cuales se disuelven, son indeterminables en las diferencias de sus patrones. Y no sería posible que se presentaran tantas diferencias a partir de las mismas formas de forma circunscrita. Cada una de las formaciones semejantes es de número sencillamente ilimitado, mientras que la diferencia no es que sea sencillamente ilimitada, sino que es indeterminable.

3 [Pues, como dice más abajo, la división puede tender a lo ilimitado. Y afirma también que esto es porque sus cualidades se transforman, a no ser que uno pretenda proyectar estas hasta lo ilimitado, en los tamaños de los átomos.][30] Los átomos se mueven sin cesar [y dice más abajo que se mueven a la misma velocidad, porque el vacío deja pasar de semejante manera tanto al más ligero como al más pesado][31] urante toda la eternidad. Pero mientras que algunos [...][32] se distancian cada vez más unos de otros, otros, a su vez, retienen su impulso propio donde están, cuando se da que están encerrados en una trama o cuando quedan envueltos por aquellos que resultan entrelazados con otros.

4 La naturaleza del vacío que los separa a cada cual es la que causa esto, no siendo capaz de mostrar resistencia. En cambio, la solidez que poseen causa la repercusión tras el choque, porque el entramado permite el retroceso después de la colisión. Y no hay un principio para tales procesos, porque los átomos y el vacío son eternos. [Añade más adelante que no hay cualidad alguna en los átomos salvo la figura, el tamaño y el peso. Que el color cambia según la colocación de los átomos lo dice en los *Doce elementos*.

Pero no llegan a alcanzar todo tamaño, ya que un átomo no se puede nunca captar al menos por la vista.]

5 Una exposición como esta de todos esos recordatorios para memorizar proporciona un esquema suficiente para figurarse la naturaleza de los entes. Pero ciertamente también los mundos son ilimitados, tanto los semejantes a este y como los desemejantes. Pues los átomos, que son ilimitados, como se acaba de demostrar, se trasladan siempre lo más lejos posible. No se gastan los átomos de tal tipo, a partir de los cuales podría generarse un mundo o con los cuales se podría componer uno, ni en uno solo ni en un número limitado de mundos, ni en los que se parecen al nuestro ni en los que son diferentes. De manera que nada hay que obstaculice el carácter ilimitado de los mundos.

6 Además, existen imágenes[33] con el mismo patrón que los sólidos pero que se diferencian enormemente, en cuanto a sutileza, de los fenómenos perceptibles. De hecho, no es imposible que en su espacio envolvente se produzcan estas emanaciones y tampoco figuraciones que puedan reproducir sus superficies cóncavas o planas, ni efluvios que conserven la disposición y el movimiento que presentaban en sus volúmenes sólidos. A estas imágenes las denominamos «simulacros».[34] En todo caso, el impulso que se da a través del vacío sin ningún encuentro con impulsos contrarios se realiza en cualquier distancia sensible en una duración concebible. Pues la lentitud y la rapidez conforman la apariencia que resulta de la resistencia y falta de resistencia.

7 Ciertamente el cuerpo mismo que es transportado, según los tiempos calculados por la mente, llega a la vez a numerosos lugares (ya que es inconcebible de otra manera) y este que llega juntamente en un tiempo sensible a cualquier lugar de lo ilimitado no habrá partido desde el lugar desde donde captamos su movimiento. Habrá, entonces, algo parecido a un rebote, y hasta este lugar dejamos aparte la velocidad del movimiento sin impulso contrario. Pues es útil conservar este punto elemental. Mas luego ninguno de los fenómenos perceptibles contradice el hecho de que los simulacros estén formados por sutilezas insuperables. De donde se desprende

que tienen también una velocidad insuperable, pues encuentran cualquier paso apropiado para que nada o poco choque con su fluir, aunque algo se oponga a los numerosos e infinitos átomos.

[3] Además, el nacimiento de los simulacros coincide a la par con el pensamiento. Pues el flujo desde la superficie de los cuerpos es continuo, sin que se evidencie una disminución de estos a causa de la reposición continua de la materia, que preserva la disposición del sólido y el orden de los átomos durante mucho tiempo, si bien en ocasiones el flujo puede derramarse. Estas concentraciones se dan rápidamente en el espacio que las contiene porque no es necesario que la conformación se produzca en profundidad, y hay otras maneras en que las naturalezas pueden ser creadas. En efecto, ninguna de estas cosas testifica en contra de las sensaciones, si se mira al modo en que se pueden transferir desde fuera a nosotros mismos las evidencias y las correspondencias.

[9] Se ha de considerar igualmente que la visión de las formas y el pensamiento son algo que se introduce en nosotros procedente de los objetos exteriores, pues las cosas externas no podrían imprimir en nosotros el color y la forma que poseen por naturaleza a través del aire que hay entre nosotros y ellas, ni siquiera mediante rayos o cualquier tipo de corrientes que se dieran desde ellos hacia nosotros, tal y como sucede, por el contrario, con ciertas imágenes[35] que penetran en nosotros desde objetos de su mismo color y de su misma forma, según tamaño proporcionado para nuestra visión y pensamiento, que fluyen a gran velocidad en sus impulsos.

[10] Conque, por esta causa, transmiten la representación de unidad y continuidad de los emisores y conservan las afecciones conjuntas del objeto del que proceden según la medida vibración desde el impulso de los átomos en el objeto sólido en toda su profundidad. Y si captamos una representación por proyección con el entendimiento o mediante de los órganos sensibles, ya sea de la forma o de los accidentes, es la propia forma del sólido, ya que se genera a partir de la densidad continua del simulacro o de algún resto suyo. El engaño o el error se producen siempre en aquello que los agregados de la opinión a lo que aún está «en expectativa» de testimonio en

confirmación o de no contradicción, mientras no sea confirmado por un testimonio o reciba contradicción [según cierta tendencia que reside en nosotros de acuerdo con la aprehensión representativa, que sin embargo es distinta de ella, por la que se produce el error o el engaño].[36]

1 Así pues, la semejanza de las representaciones con las cosas que llamamos reales y verdaderas —como ocurre con las percibidas en una pintura, las producidas en sueños, por algunas otras aprehensiones del entendimiento o de los demás criterios— no podría darse si no existieran algunos objetos de tal clase a los que dirigimos esa percepción. Mas el error tampoco se podría darse si no surgiese en nosotros mismos también cierto otro movimiento relacionado «con la aprehensión imaginativa», pero que posee diferencia. De acuerdo con esta [aprehensión imaginativa relacionada, que posee diferencia], si no recibe confirmación por testimonio o si recibe contradicción, se genera el error. Pero si recibe confirmación por testimonio o no recibe contradicción, la verdad.

2 Por lo tanto, es necesario a toda costa mantener esta doctrina para que no se destruyan los criterios fundados en la evidencia y que el error, una vez asegurado según estos criterios, no lo confunda todo. Pero también la percepción auditiva se origina a partir de cierta corriente de aire que es llevada desde lo que habla, resuena o retumba o que produce, de alguna manera, la experiencia acústica. Y tal corriente se dispersa en partículas del mismo género, que a la vez conservan las afecciones conjuntas unas con otras y una particular unidad que se extiende entre el emisor y la percepción que se produce, en la mayoría de los casos orientada hacia él y, si no, que solo manifiesta su exterioridad.

3 Pues sin una afección conjunta que se refiera desde ahí no podría producir una sensación parecida; por ello, no conviene considerar que el aire, desde la voz proferida o a partir de otros impulsos semejantes, pueda asumir una determinada forma (porque tendría mucha necesidad si tuviera afección por aquella), sino que, directamente, todas las veces que se produce en nosotros un sonido cuando dejamos salir la voz, se crea la compresión de ciertas

partículas que constituyen la corriente aérea, la cual nos proporciona la percepción auditiva. E igualmente respecto del olfato, tal y como en el caso del oído, se debe creer que no se daría ninguna afección si no existieran ciertas partículas que son emitidas desde el objeto, capaces de mover hacia tal el órgano sensorial, unas a través de una manera turbada y ajena, otras de modo sereno y familiar.

4 Ciertamente se debe pensar que los átomos no producen ninguna cualidad de los objetos que se manifiestan, salvo figura, peso y tamaño y todo aquello que por necesidad está en conexión con la figura. De hecho, cualquier cualidad se transforma. Pero los átomos no se transforman en nada, ya que, en las disoluciones de los compuestos, debe subsistir algo firme e indisoluble, que impida las transformaciones en el no ser y también desde el no ser; pero se dan solamente por trasposición y, en algunos casos, por añadidos y disminuciones. De ahí se desprende que es necesario que lo que se traspone sea incorruptible y no tenga la naturaleza de lo que se transforma, pero que tenga masa y figura propias. Pues es necesidad que eso permanezca.

5 Entonces, en los objetos que transforman su figura ante nosotros por sustracción, se ve que la forma persiste a través del proceso, pero las cualidades no persisten en el objeto que se transforma, de manera que, mientras aquella subsiste como un resto, estas desaparecen de todo su cuerpo. Y lo que permanece es bastante como para producir las diferencias entre los compuestos, puesto que es necesidad que algo quede y que no se destruya todo en el no ser. Mas ciertamente tampoco conviene creer que los átomos puedan ser de cualquier tamaño, para que lo que se manifiesta por los sentidos no contradigan esto. Es preciso creer que hay algunas diferencias de tamaño, pues, admitiendo esto, quedarán mejor razonados los procesos de las afecciones y sensaciones.

6 Pero pensar que pueden tener cualquier tamaño ni siquiera es útil para entender las diferencias de las cualidades; a la vez, esto haría necesario creer que ciertos átomos podrían llegar a ser visibles, lo que no se observa que suceda ni es concebible pensar que un átomo podría llegar a ser visible. Además de esto, no se puede considerar que en un cuerpo delimitado haya partículas ilimitadas ni de

cualquier tamaño. Conque no solo se debe negar la subdivisión hasta lo ilimitado en partes cada vez más pequeñas, a fin de no volver inconsistentes todas las cosas y no vernos obligados en nuestras concepciones de los agregados a descomponer los objetos aniquilándolos hasta el no ser, sino que igualmente no hay que pensar, en cuanto a las cosas finitas, que se da un progreso hacia lo ilimitado ni tampoco hacia lo mínimo.

7 Y es que, si alguien dijera alguna vez que las partículas de un objeto son ilimitadas o de cualquier tamaño, ¿cómo es posible figurarse que este estaría limitado en un tamaño concreto? Es obvio que las partículas ilimitadas han de tener una extensión determinada y que, si tuvieran una medida cualquiera, entonces ilimitado sería el tamaño del objeto. Y si un cuerpo delimitado tiene un extremo identificable, aunque no sea observable por sí mismo, no es posible no pensar que también lo contiguo será de igual manera y, progresando así hacia lo que es sucesivamente contiguo, se llegaría con el pensamiento a lo ilimitado.

8 Hay que pensar también que lo mínimo percibido en la sensación no es igual que lo que admite transformaciones ni tampoco totalmente diferente en cualquier aspecto, sino que posee una cierta comunidad con lo que está sujeto a transformación, pero que no tiene una distinción en partes. Mas cuando, por efecto de la semejanza derivada de su comunidad, creemos distinguir alguna parte del conjunto, una por aquí y otra por allá, hemos de pensar en un mínimo semejante. Observamos estas cosas empezando a partir de la primera y no ocupando el mismo lugar, ni unos miembros en contacto con otros, sino capaces, por su particularidad, de medir su tamaño, mayor en los más numerosos y menor en los menos. Con tal analogía se ha de pensar que debe tratarse igualmente lo mínimo en el átomo.

9 De hecho, es evidente que, por su pequeñez, este difiere del objeto que es observado por la percepción, pero vale usar la misma analogía. Así, cuando se dice, según la analogía que se acaba de utilizar, que el átomo tiene un tamaño, se ha enunciado solo trasladando la escala de lo pequeño a lo grande. Más adelante es necesario considerar aún estos elementos extremadamente

pequeños y sin mezclar como límites de las dimensiones que, a partir de sí mismos, ofrecen un criterio de medida para los cuerpos mayores y los menores, según el método racional apropiado para estudiar las cosas invisibles. Pues la comunidad que tienen con las cosas no sujetas a cambios basta para concluir lo que se ha dicho hasta ahora. Pero no es posible que los mínimos estén provistos de movimiento ni que se produzca su confluencia.

10 En lo que a lo ilimitado se refiere, no se ha de enunciar lo alto y lo bajo como si fuera un punto más alto y otro más bajo. Sabemos, con todo, que si prolongamos el espacio que hay por encima de nuestra cabeza hasta lo ilimitado desde allá donde estemos, o si lo hacemos desde un lugar establecido hacia abajo hasta lo ilimitado, nunca se nos mostrará a la vez arriba y abajo con relación al mismo punto. Pues ello, en efecto, es imposible pensarlo. De manera que es posible imaginar una dirección sola de movimiento hacia lo ilimitado, ya la pensemos por arriba o ya por abajo, incluso si diez mil veces lo que se mueve desde nosotros hacia los espacios situados por encima de nuestra cabeza hubiera de llegar ante los pies de los que están arriba, o bien lo que se mueva hacia abajo a la cabeza de los que están abajo. En efecto, todo el movimiento, no menos en una dirección que en la opuesta, habrá de ser imaginado hasta lo ilimitado.

11 Asimismo, es necesario que los átomos se muevan a una misma velocidad cuando se desplazan a través del vacío, siempre que no encuentren obstáculos. Pues no será concebible que los pesados se muevan más aprisa que los [pequeños y] ligeros, cuando, en efecto, nada se encuentre con ellos. Ni los pequeños más que los grandes, siempre que todos hallen una vía de medida semejante y no haya nada que les presente una resistencia. Ni tampoco el movimiento, causado por las colisiones, hacia arriba ni el de través, o el de caída hacia abajo, debido a los propios pesos. De hecho, en cuanto que uno u otro resista, en otro tanto mostrará un movimiento tan veloz como un pensamiento hasta que se vea frenado por algo que le presente resistencia desde fuera o por el peso propio contrario a la fuerza del choque.

2 En otro orden de cosas, ciertamente, se afirmará que, en los compuestos, uno se desplaza más deprisa que otro, aunque los átomos sean de igual velocidad. En efecto, los átomos son llevados hacia una única dirección en los cuerpos agregados y durante la más escasa continuidad de tiempo, incluso si, de acuerdo con una duración solo apreciable por el entendimiento, no se muevan de esta manera. Pero entrechocan constantemente unos con otros hasta que a la percepción le parece un movimiento continuo. Pues lo añadido por la opinión respecto de lo invisible —o sea que también los tiempos apreciables por el entendimiento deben mostrar la continuidad del movimiento— no es verdadero en estos casos. En efecto, solo es verdadero lo que se observa y lo que se capta según el discernimiento.

3 Después de estos aspectos conviene considerar, refiriéndolo a las percepciones y a las afecciones —pues así será nuestra creencia más firme—, que el alma es un cuerpo que se compone de partes sutiles y esparcido por todo el organismo agregado, extremadamente parecido a un soplo que posee cierta mezcla de calor, y, en algunos casos, cercana a aquello y en parte a esto. Hay igualmente una parte que se distingue enormemente de estas por la sutileza de sus partículas, y que por eso mismo está mucho más estrechamente conectada con el resto del organismo agregado. Y todo esto lo hacen manifiesto las facultades del alma, las emociones, la facilidad de movimiento y los pensamientos, de los que somos privados al morir. Ciertamente es preciso dar por cierto que el alma posee la causa fundamental de la percepción.

4 Pues de cierto que esta no la poseería si no estuviese de alguna manera revestida por el resto del organismo. Y el resto de ese organismo agregado, aunque le permite esta causa, participa igualmente de esa propiedad por efecto precisamente de ella, aunque no adquiere todo lo que ella posee. Por eso, una vez que el alma se ha desprendido, carece de sensación, pues aquel no había adquirido en sí mismo esta capacidad, sino que le era proporcionada por parte de otro, que convivía con él desde el nacimiento. El alma, mediante el cumplimiento en sí misma de esta facultad a través del

movimiento, posee capacidad de sensación y la cede directamente al organismo según su vecindad y compenetración con él, como dije.

5 Por esto, mientras el alma persiste unida a este, nunca quedará sin sensación, aunque alguna otra parte de él se desprenda. Pero, en cuanto que algo de ella pueda ser destruido a la vez al quedar disuelto en parte de lo que la recubre, siempre que el resto perdure, conservará percepción. Por el contrario, aunque el resto del organismo perdure, ya sea todo o ya en parte, no conservará la sensación una vez que ella se haya desprendido, independientemente de la cantidad de átomos que cohesiona la naturaleza del alma. Y, ciertamente, cuando se disuelve todo el organismo agregado, el alma se dispersa y ya no conserva las mismas capacidades ni se mueve, de manera que tampoco adquiere sensación.

6 Así pues, no es posible concebirla como dotada de sensaciones que no estando en este sistema utilice sus movimientos, cuando lo que la cubre y envuelve ya tiene las mismas condiciones, en las que, mientras existe, se mantiene en esos movimientos. Pero también [dice en otros pasajes que a partir de átomos muy livianos y redondos se compone el alma, que se diferencian en mucho a los del fuego. Y que una de sus partes es irracional, aquella que está diseminada por todo el cuerpo, mientras que la otra, la racional, se sitúa dentro del pecho, como se puede notar ante los temores y las alegrías. Y dice que el sueño se genera cuando las partes del alma, dispersas por todo el organismo compuesto, quedan retenidas en un punto o son desperdigadas, y luego caen unas sobre otras colisionando. Y que el esperma se produce a partir del cuerpo entero].

7 Además, es preciso reflexionar sobre esto: lo «incorpóreo», en el sentido más común del término, se dice de algo que puede ser pensado como existente por sí mismo. En cambio, como existencia por sí mismo no es posible pensar acerca de lo incorpóreo excepto en el caso del vacío. Pero el vacío no puede actuar ni experimentar, sino que solamente ofrece a los cuerpos el movimiento a través de él. De manera que quienes dicen que el alma es incorpórea han

enloquecido, pues no podría actuar ni experimentar nada si fuera tal. Mas en verdad ambas características claramente pertenecen al alma.

83 Conque si alguien relaciona todos estos razonamientos acerca del alma con las emociones y las percepciones, recordando lo que se ha dicho al principio, observará que están suficientemente tratados de forma global en los esquemas como para precisarlos ahora también por partes a partir de ellos de forma segura. Por otra parte, tanto las figuras como los colores, los tamaños, los pesos, y todas las demás cosas que se predican de un cuerpo en cuanto que las acompaña —a todos los cuerpos o de los visibles— y que son cognoscibles según nuestra percepción sensible, no hace falta creer que sean naturalezas que existen por sí mismas, pues no es posible concebirlo.

84 Pero tampoco que no existan en absoluto ni tampoco como otras realidades incorpóreas que subsisten en algo, ni como partes de eso, sino como que el cuerpo tiene en su totalidad una naturaleza propia y permanente a partir de todas esas cosas, pero no porque haya de ser un compuesto —como cuando a partir de volúmenes independientes se compone un agregado más voluminoso, ya sean elementales, ya de cualquier tamaño menor que el compuesto total —, sino solamente, como digo, que a partir de todos esos rasgos tenga su naturaleza estable. Y todas esas cosas son susceptibles de intuiciones y aprehensiones, mas, siempre, en conexión con el conjunto y de ninguna manera separadas de este, sino que según la visión de conjunto el cuerpo obtiene tal noción.

85 Lo cierto es que con los cuerpos coinciden muchas veces accidentes que no los acompañan de forma permanente [...],[37] y tampoco en las cosas invisibles ni en las incorpóreas. De manera que, usando el vocablo en su sentido más común, dejemos manifiesto que los accidentes[38] no tienen ni la naturaleza del conjunto —aquello que nosotros, al captar el conjunto como un conglomerado, llamamos cuerpo— ni siquiera la de sus propiedadesestables, sin las cuales no es posible que sea pensado tal cuerpo. Atendiendo a ciertas percepciones del agregado corporal que las sigue, cada propiedad es designada.

1 Pero siempre y cuando se contemplen cada una según concurran, ya que los accidentes no se siguen siempre. No hace falta eliminar de lo real esta evidencia: que no tiene la naturaleza del todo en que concurren, eso a lo que damos el nombre de «cuerpo», ni tampoco la de sus propiedades estables, pero tampoco hay que considerarlas por sí mismas —eso, de hecho, no ha de pensarse ni de ellos ni de las propiedades permanentes— sino que, como es evidente, debe admitirse que todos esos accidentes en cuanto a los cuerpos, aunque no los sigan continuamente o tengan por sí mismos la categoría de su naturaleza, son más bien concebidos de la forma en que la misma sensación determina su aspecto.

2 Además, conviene meditar detenidamente sobre es-to: que el tiempo no debe ser investigado como las demás cosas que investigamos sobre un sujeto, refiriendo las prenociones que vemos en nosotros mismos, sino en referencia a esa evidencia misma, según la cual, por ejemplo, decimos «mucho» o «poco tiempo», refiriendo una mayor o menor duración, por analogía, como si esto fuera congénito a él. Pero tampoco es preciso alterar los modos de hablar buscando otras mejores, sino que hemos de utilizar las que ya existen sobre él, ni se ha de predicar del tiempo otra cosa que lo que le es propio, como si contuviera la misma esencia que esta denominación —pues algunos hacen esto—, sino que más bien hay que reflexionar bien sobre aquello con lo que conectamos esto y medimos su carácter.

3 Esto no necesita demostración sino reflexión posterior: que lo conectamos con los días y las noches, y con sus partes, e igualmente hacemos con las pasiones y con la impasibilidad, y con los movimientos y quietudes, y que, pensando que es un accidente particular, lo atribuimos a ellos como si fuese el mismo siempre, por lo que podemos denominarlo «tiempo». [Dice esto también en el libro segundo de *Sobre la naturaleza* y en el *Gran Compendio*.][39]

Sobre lo que ya se ha dicho conviene pensar que los mundos y cualquier compuesto delimitado, que tenga la misma forma que los que observamos normalmente, han nacido de lo ilimitado, al haber sido separados todos sus agregados, los mayores y los menores.

Y que, de nuevo, todos se disuelven, unos más velozmente, otros más despacio, unos por este proceso, otros por otros. [Es evidente, así, que afirma que los mundos son corruptibles, en cuanto sus partes se alteran; y también, en otro lugar, que la tierra está sostenida por el aire.]

4 Aun sobre los mundos no es preciso pensar que tengan por necesidad una sola forma [...].[40] [Por otro lado, en el libro doce de *Sobre la naturaleza*, afirma que hay unos que son esféricos, otros ovoidales y otros con otras formas. No obstante, no son de cualquier forma. Ni son seres vivos separados de lo ilimitado.] Nadie podría demostrar que en un mundo determinado no se encuentren comprendidas tales semillas que, a partir de ellas, se puedan formar los seres vivos, las plantas y todo lo demás que vemos, y que en otro de tal forma no podrían existir. [Así, también, para su crianza. Y lo mismo hay que creer también para lo que ocurre sobre la tierra.]

5 Pero ciertamente hay que concebir que la naturaleza hubo de aprender muy bien y de muchas maneras a través de los hechos mismos y que se vio obligada por ellos. Y también, luego, que el razonamiento perfeccionó los objetos que se le presentan y que hizo más descubrimientos, en algunos casos más velozmente y en otros con mayor lentitud, en ciertos periodos y tiempos [haciendo mayores progresos][41] y en otros con uno menor. De lo cual se desprende que los nombres no se generaron desde un principio por convención, sino que las propias naturalezas de los hombres en cada una de las naciones, al sentir emociones privadas y recibir determinadas representaciones, emitían el aire de modo particular bajo el impulso de todas y cada una de esas emociones e imaginaciones, acaso según la diferencia entre los lugares que habitaban estas naciones.

6 Después, y de común acuerdo, cada una de las naciones instituyó sus sonidos propios para que los significados fueran menos ambiguos entre sí y las expresiones más breves. Y al introducir ciertos conceptos no visibles los expertos recomendaron ciertos vocablos para ellos, obligados a nombrarlos con un sonido, o bien

eligiéndolos por un razonamiento de acuerdo con la causa más apropiada para interpretarlos.

Además, sobre los fenómenos celestes, en lo que se refiere a la traslación, los solsticios, los eclipses, el orto y el ocaso de los astros, y en cuanto a los fenómenos de este tipo, es preciso pensar que se producen sin necesidad de que los distribuya alguien, los ordene ahora o los vaya a ordenar luego, y sin que aquel posea a la par la felicidad perfecta unida a la incorruptibilidad.

7 (Pues no concuerdan nada bien con la felicidad las ocupaciones, las preocupaciones, las iras y los favores, sino que se generan más bien en la debilidad, el temor y la necesidad de auxilio del prójimo.) Ni tampoco lo es que, al consistir aquellos en fuego concentrado, hayan adquirido a la par la felicidad de emprender a su arbitrio estos movimientos.

Por el contrario, conviene preservar toda la solemnidad en cada uno de los vocablos al aplicarlos a tales concepciones, de modo que no surjan de ellos opiniones contrarias a su dignidad. Si no es así, el propio contraste producirá la mayor confusión en las almas. De ahí se desprende que es preciso opinar que el carácter cíclico y periódico de esos fenómenos ocurre como consecuencia del origen de los propios aglomerados desde el principio del universo.

8 Además, es preciso considerar que es labor de la investigación sobre la naturaleza el indagar con exactitud sobre las causas de los fenómenos más importantes, y que la felicidad relacionada con el conocimiento de los fenómenos celestes reside precisamente en esto, en averiguar qué naturalezas son las que observamos en esos objetos celestes y en poseer un exacto conocimiento de este asunto. Por lo demás, en estos casos no es posible aceptar una pluralidad de causas ni la posibilidad de que pudiera ser de otra manera, sino que, simplemente, que en la naturaleza incorruptible y feliz no cabe nada de lo que comporta conflicto o turbación. Y que esto es así es posible captarlo con el entendimiento sin más.

9 En cuanto a lo que es susceptible de investigación, sobre el orto y el ocaso, el solsticio, el eclipse y cuantas cosas emparentadas con estas existen, nada hay que tienda a la felicidad que se asocia a su conocimiento, sino que, los que conocen bien estas cosas, pero

desconocen la naturaleza de los fenómenos celestes y sus causas fundamentales, están sujetos a temores igual que si no conocieran tales cosas. Es más, con toda seguridad experimenten más temores, ya que el asombro derivado de sus investigaciones sobre el particular no será capaz de proporcionarles la solución y la administración de los primeros principios. Por esta razón, si encontrásemos diversas causas para los solsticios, los ocasos, los ortos, los eclipses, y de los fenómenos semejantes, de la misma [80] forma también si descendemos a los detalles, no es preciso pensar que el estudio sobre estos temas no tenga la exactitud suficiente para tender a nuestra imperturbabilidad y felicidad. Por ello, al considerar de cuántas formas se da entre nosotros un hecho parecido, es conveniente buscar las causas de los fenómenos celestes y de todo lo que no está manifiesto a los sentidos, despreciando a cuantos desconocen lo que es o lo que deviene por una única causa y lo que se sucede por varias causas, a los que pasan por alto la representación de los objetos lejanos y a los que ignoran en qué circunstancias no se puede permanecer imperturbable. Conque, si creemos que algo ocurre de un modo determinado e igualmente en qué circunstancias puede permanecer imperturbable, aceptando que puede suceder de varios modos, permaneceremos imperturbables como si supiéramos que sucede efectivamente así.

1 Aparte de todas estas cosas conviene considerar también lo siguiente, que la principal turbación de las almas humanas se produce en la creencia de que esos cuerpos son felices e incorruptibles, y que, no obstante, tienen deseos, acciones y motivos contrarios a esas características. Y esta turbación reside en el temor a algún tormento eterno, o en la sospecha de que tal cosa exista, según los mitos, o bien en el miedo a la falta de sensación que implica la muerte, como si esta fuera algo para nosotros. Y también en el hecho de que no padecemos estas cosas sobre la base de nuestras opiniones, sino por causa de cierta actitud irracional, de forma que, sin que se pueda definir ante qué se tienen temores, se afligen por la misma y extendida turbación que quien hubiera formulado opiniones sobre ello.

2 La imperturbabilidad,[42] por el contrario, consiste en quedar liberado de todas estas cosas y en el recuerdo constante de las doctrinas generales y más importantes. De ahí que se debe prestar atención a las afecciones presentes y a las sensaciones, según lo común para las cosas comunes y según lo particular en las particulares, y a todo tipo de evidencia que se presente según cada uno de los criterios de claridad. Si prestamos atención a estas cosas hallaremos correctamente las causas a partir de las que se generan la perturbación y el temor y nos liberaremos, explicando las causas de los fenómenos celestes y de las otras cosas que nos suceden constantemente, de cuantas cosas aterrorizan a los demás de modo extremo.

Estos son, oh, Heródoto, los principios fundamentales, compendiados en un resumen, de la naturaleza [83] del universo, de modo que este discurso pueda ser suficiente para retenerlo con exactitud, según creo, aunque no se adentre uno a los detalles en todos los temas, será capaz de ofrecer por sí sola una seguridad incomparable y sólida a quien la estudie, frente a las demás personas. Pues podrá por sí mismo hacer claras muchas cosas que quiera investigar al detalle, según el tratamiento completo que hemos hecho, y, teniendo estas mismas cosas en la memoria, le ayudarán continuamente. Y estas son de tal clase que incluso aquellos que ya las han investigado en detalle con precisión según sus partes, de forma suficiente o perfectamente, serán capaces de realizar un gran número de investigaciones sobre la naturaleza en su conjunto, volviéndose hacia las concepciones teóricas. Y, por su parte, aquellos que no han llegado por su cuenta a un estadio tan avanzado de perfección podrán abarcar velozmente con el pensamiento, sobre la base de estos principios y sin necesidad de lecciones orales, las doctrinas más principales para la serenidad.»

Y así es su carta sobre la Física. La siguiente carta aborda los fenómenos celestes.

# TEXTO V: CARTA A PITOCLES

«Epicuro saluda a Pitocles:

84 Me trajo Cleón una carta de tu parte en la cual seguías mostrándote muy benevolente con respecto a nosotros, de manera digna según nuestros cuidados hacia ti, y en la que intentabas, no falto de persuasión, rememorar los razonamientos que tienden a la vida feliz. Además, me solicitabas que te enviase un resumen, breve y descriptivo, sobre mis doctrinas de los fenómenos celestes, a fin de poder memorizarlo más fácilmente. Pues lo que hemos escrito sobre el particular en otros lugares resulta difícil de aprender de memoria, aunque, como decías, te sirves de ello continuamente. Nosotros, en efecto, hemos acogido de buen grado tu solicitud y nos hemos llenado de gratas esperanzas.

85 Así, tras haber escrito todo el resto de los tratados, hemos cumplido lo que nos pedías en la creencia de que estos razonamientos serán útiles también para otros, sobre todo para aquellos que solo hace poco han gustado de la auténtica investigación sobre la naturaleza y para los que están demasiado inmersos en trabajos sobre alguna de las disciplinas generales. Por eso, domina bien estas cosas y, guardándolas en la memoria, recuérdalas a menudo junto con las demás doctrinas que hemos enviado en el *Pequeño epítome* a Heródoto. En primer lugar, entonces, es preciso pensar que no existe ninguna otra finalidad en el conocimiento de los fenómenos celestes, bien tratados en relación con otros temas o bien de forma independiente, más que la imperturbabilidad[43] y la convicción segura, así como en los demás temas.

86 No se debe buscar por la fuerza lo imposible ni sostener en todos los casos la aplicación de una misma teoría, bien sea en los tratamientos de los géneros de vida o en las clarificaciones que versan sobre los demás problemas naturales, como, por ejemplo, lo de que todo está compuesto de cuerpo y de naturaleza intangible, o que los elementos fundamentales son indivisibles[44] o todas las otras cosas semejantes, cuyos fenómenos implican una explicación

unívoca. Y eso es, precisamente, lo que no ocurre con los fenómenos celestes, ya que estos implican una causa múltiple tanto para su generación como múltiples definiciones para su esencia, según a nuestras sensaciones.

No se ha de investigar la naturaleza según axiomas vacíos y leyes por convención, sino de acuerdo con lo que los fenómenos reclaman.

87 Y es que nuestra vida no tiene necesidad de insensatez y vacua opinión, sino más bien de que vivamos sin perturbaciones. Pues todo queda resuelto sin duda alguna al ser aclarado de acuerdo con explicaciones múltiples según los fenómenos, cuando alguien, como es necesario, deja un argumento convincente sobre estos mismos. Pero cuando alguien acepta uno y rechaza otro argumento, siendo igualmente adecuado al fenómeno, es evidente que uno cae fuera de toda investigación acerca de la naturaleza y se desliza hacia el campo del mito.

Las señales de lo que ocurre entre los cuerpos celestes llegan a través de los fenómenos que se manifiestan ante nosotros, los cuales se observa cómo suceden, pero no lo que sucede en los propios fenómenos celestes. Pues estos pueden darse de múltiples maneras.

88 Sin embargo, se debe considerar la aparición de cada uno y distinguirlo sobre la base de lo que está conectado con ello, lo que no testimonia en contra de las cosas que ocurren de varios modos según nuestra experiencia. Un mundo es una cierta parte del cielo, que incluye las estrellas, la tierra y todos los fenómenos, que está seccionado frente a lo ilimitado, y que termina en un límite que puede ser etéreo o espeso [y que cuando se disuelva traerá la mezcla de todo lo que hay dentro de él], y [que termina] en movimiento circular o en quietud, con figura redonda o triangular o teniendo cualquier otra forma, puesto que admite cualquier modalidad, ya que ninguno de los fenómenos testimonia en contra de un mundo cuya terminación no pueda concebirse.

89 Que mundos de tal clase son ilimitados en número es posible concebirlo y también lo es que pueda existir un mundo de tal clase y

un entremundo,[45] que es como llamamos a la extensión que hay entre mundos, en un espacio muy vacío, mas no en un espacio grande y vacío en exceso, como dicen algunos, al formarse por la conjunción de algunas semillas apropiadas a partir de un único mundo o de un entremundo, o de varios mundos, que gradualmente van realizando adiciones, articulaciones y trasposiciones hacia otro lugar, según los casos, y también agregados de sus componentes oportunamente hasta llegar a un cumplimiento y a una permanencia según la cual se puedan asentar los cimientos de su composición material.

90 Pues no es preciso solamente que se forme una agregación o un torbellino en el vacío en el que se debe generar un mundo, según la apariencia a partir de la necesidad, y que luego aumente hasta colisionar con otro, como dice alguno de los llamados filósofos de la naturaleza. Pues esto está en conflicto con los fenómenos. El Sol y la Luna y el resto de los astros no se generaron por sí mismos y luego fueron envueltos por el mundo [como todo lo que en él se conserva], sino que desde el comienzo fueron moldeados directamente y adquirieron su crecimiento [a la vez que la tierra y el mar] por agregación y remolinos de algunas partículas ligeras de las naturalezas, ya fueran algunas con forma de soplo o de fuego o de ambas maneras, porque nuestra experiencia sugiere tales cosas.

91 La grandeza del Sol [y de la Luna] y de los otros astros, en lo que a nosotros respecta, es tal cual se nos muestra. [Esto lo dice también en el libro XI de *Sobre la naturaleza*: «pues si la grandeza quedara disminuida por la distancia, mucho más lo estaría en cuanto al color, porque ninguna otra distancia habría más apropiada a eso»];[46] y en cuanto a sí misma puede ser mayor de lo que se observa o algo menor o igual [no a la par]. Pues asimismo los fuegos que hay a nuestro alrededor, cuando son contemplados según cierta distancia, lo son según nuestra sensación. Y toda objeción con respecto a esta parte fácilmente será rebatida si uno presta atención a las evidencias, como hemos mostrado en nuestros libros *Sobre de la naturaleza*.

2 El amanecer y el ocaso del Sol, de la Luna y de los demás astros pueden darse según su encenderse y su apagarse, si concurren las circunstancias propias en uno y en otro espacio, de manera que se cumplan las cosas mencionadas. Pues no hay ninguno de los fenómenos naturales que dé testimonio en contra. Pero también por su aparición sobre la tierra y, de nuevo, por su sucesivo ocultamiento, podría cumplirse lo mencionado. Pues ninguno de los fenómenos muestra evidencias en contra. En lo que hace a movimientos de estos, no es imposible que se den por la rotación de todo el firmamento, o bien, en el caso de su inmovilidad, por la rotación de los cuerpos celestes según la necesidad que se origina con el principio del universo en su amanecer.

3 [...].[47] Y también por un calentamiento extremadamente fuerte [o también] según cierta difusión continua del fuego, que avanza sobre los espacios vecinos. Las revoluciones del Sol y de la Luna se dan por la curvatura del firmamento, al verse obligado a ella en ciertos momentos. Y de igual manera por la resistencia al aire, o por el continuo consumirse en llamas de una materia apropiada y luego por su carencia. O porque, a partir del comienzo, tal girar semejante ha sido impreso en estos astros de modo que se muevan con una especie de movimiento helicoidal. Conque todas estas cosas, y las que son semejantes a ellas, en nada disienten de las evidencias, si uno sigue manteniéndose atento a sus partes y puede ponerlas en relación cada una sin temer la servil artificiosidad de los astrónomos.

4 Las sucesivas fases de vaciamiento y plenitud de la Luna podrían darse por una rotación de este cuerpo y por una composición semejante del aire, ya sea por ocultación o de muchas otras maneras, según nos pueden sugerir los fenómenos que ocurren entre nosotros en cuanto a las alteraciones de la figura, a no ser que uno, seducido por la idea de una explicación única, deje de lado vanamente todas las demás, sin observar lo que es posible teorizar para el ser humano y lo que imposible, y por eso desee teorizar sobre lo imposible de hacerlo. Aún más, la Luna puede que tenga luz por sí misma, o puede que la reciba del Sol.

5 De hecho, también a nuestro alrededor se ven muchas cosas que tienen luz por sí mismas, y muchas que la reciben de otras cosas. Y ninguno de los fenómenos celestes es un obstáculo para ello, si uno tiene siempre en mente el modo de explicación múltiple, y se teoriza de forma conjunta con hipótesis y consecuencias de acuerdo con las causas, y no insistiendo en los aspectos que no tienen consecuencias sin darles un peso excesivo y desembocar de una u otra manera en el modo de explicación única. La aparición de la cara que vemos en la Luna puede producirse por la disparidad de sus partes y por su superposición, y en cuanto a todas las otras teorías que parezcan derivarse de los fenómenos.

6 No debe uno desviarse nunca de esto para la indagación de cualquier fenómeno celeste, pues si uno lucha contra las evidencias, jamás será capaz de alcanzar la auténtica serenidad.[48]

El eclipse de Sol y el de Luna puede darse por un apagarse, justo como se observa que esto sucede entre nosotros. Y también por interposición de otros cuerpos, o de la Tierra, [o de la Luna] o del cielo o de algo semejante. De la misma manera hay que teorizar a la par sobre los procesos que están emparentados unos a otros, y que el hecho de que se produzcan confluencias a la par de ciertos objetos no es algo imposible. [En el libro XI de *Acerca de la naturaleza* afirma estas cosas y también que el Sol se eclipsa cuando le proyecta sombra la Luna y la Luna por la sombra de la Tierra, pero también al retirarse esta misma.

7 Esto también lo dice Diógenes el Epicúreo en el libro I de las *Elecciones*.] Aún más, el orden de los periodos ha de tomarse como lo que sucede en algunos casos que ocurren también entre nosotros. Y la naturaleza divina ante estas cosas que de ninguna manera sea aducida, sino que debe ser mantenida como y en una total beatitud. Si no se obra así, cualquier causalidad sobre los fenómenos celestes será vana, como de hecho ya les sucedió a algunos que, por no haber usado este modo posible de indagación, cayeron en la vacuidad porque siempre creían en el modo de explicación única y rechazaban todas las otras maneras según lo admisible, acabando por ser arrastrados a la irracionalidad, al no ser capaces de teorizar

conjuntamente sobre los fenómenos que es preciso aceptar como signos.

3 La duración de los días y las noches puede depender de los movimientos del Sol en su velocidad o su lentitud sobre la Tierra, que pueden variar más o menos tiempo según la diferente longitud de los espacios o el recorrido más veloz o lento por los lugares, como observamos también entre nosotros con algunos fenómenos de acuerdo con los cuales se debe explicar los que ocurren en el cielo. Pero quienes toman una única explicación luchan con los fenómenos y caen en el error en cuanto a lo que es posible teorizar para el ser humano.

Los pronósticos atmosféricos pueden hacerse por una coincidencia de circunstancias, como sucede en los animales que se ven entre nosotros, o bien por alteraciones y transformaciones. Pues ambas cosas no se contradicen con los fenómenos.

9 Mas en qué casos esto es contra lo dicho o es su causa no es posible saberlo. Las nubes pueden generarse y conformarse ya sea por una condensación del aire, a causa de la presión de los soplos, ya por las mezclas entretejidas unas con otras de átomos diversos y adecuados para producir esto, ya por una densificación del fluir de la Tierra y las aguas. Y no es imposible que se cumplan esas aglomeraciones de otras muchas maneras. Ya sea que de esas mismas [nubes], porque sean comprimidas o transformadas, puedan producirse las lluvias.

10 Y, aún más, porque son llevadas por los vientos, cuando surgen de lugares adecuados y se mueven por el aire. Pero producen una alteración más violenta a partir de algunos aglomerados que son apropiados para causar tales precipitaciones. Los truenos pueden producirse al encauzarse el viento en las cavidades de las nubes, como pasa en nuestros cántaros, ya sea por el retumbar que causa el fuego mezclado con el viento en su interior, ya por desgarros y laceraciones de las nubes, o por la quiebra de las nubes o su ruptura, tras haber tomado la solidez del cristal. Todo sumado, también en este caso particular, los fenómenos nos invitan a decir que esto puede darse de muchas formas.

) También los relámpagos se producen, de la misma manera, mediante muchos modos. En efecto, por el roce y el choque de las nubes, la configuración de átomos que produce el fuego, al deslizarse hacia fuera, genera el relámpago. O también se puede producir por el desgarro a partir de las nubes y por la acción de los vientos, de cuerpos de tal clase que provocan este resplandor. Y asimismo por el estallido que se da por la compresión de las nubes, bien una contra otra o bien por los vientos. Y también porque la luminosidad que se esparce a partir de las estrellas resulta impulsada conjuntamente por el movimiento de las nubes y de los vientos, cayendo luego a través de las nubes. O acaso por la filtración a través de las nubes de la luminosidad más sutil, o porque las nubes son prendidas por fuego y entonces se producen también los truenos [y] por el movimiento de este. Y por la combustión del viento, que es causada por la fuerza de [102] su movimiento y de su violenta rotación. Y según el desgarro de las nubes a causa del viento y la caída de los átomos de fuego que resultan de ello y que producen la visión del relámpago.

Se podrá ver fácilmente de otras muchas maneras lo que ocurre siempre que uno se atenga a los fenómenos y pueda comprender lo que es semejante a ellos. Antecede el relámpago al trueno en parecida situación a la de las nubes porque, al caer a la par con el viento este es expulsado por la forma que causa el relámpago, y después el soplo del viento, al elevarse, produce ese sonido retumbante. Y cuando ocurren a la vez las dos cosas, con una velocidad más rápida llega a nosotros el relámpago, [103] mientras que el trueno se retrasa, como sucede en algunos fenómenos que se observan desde cierta distancia y cuando se producen ciertos choques.

Se admite que los rayos se generan a partir de las combinaciones de muchos vientos y su fuerte opresión y combustión por su rápido empuje y por el desprendimiento de algunas partes y la caída de la parte más fuerte de ella hacia los lugares inferiores, produciéndose ese desgarramiento hacia los lugares más espesos por la compresión de las nubes. Asimismo, pueden conformarse por la caída del fuego, lo que también se acepta que le sucede al trueno, al crecer e

hincharse con viento más fuertemente y romper la nube, por no poder resistir lo siguiente, el hecho de que sucede el amontonamiento de unas sobre otras [muchas veces hacia algún monte alto, en el que especialmente caen los rayos].

Por lo demás puede admitirse que los rayos se producen de otras muchas maneras. Solo se ha de rechazar el mito. Y se rechazará si uno observa correctamente los fenómenos deduciendo indicios sobre las cosas que no son visibles.

Los ciclones pueden darse por el descenso de una nube hacia los espacios inferiores en forma de columna por el empuje de un viento reunido y que es sostenido en un soplo abundante, a la vez que la nube es desplazada de través por un viento desde fuera. Pero también por causa de la reunión del viento en círculo, con cierto aire que es empujado de arriba abajo o por producirse una gran afluencia de vientos que no puede transitar de través por la compresión del aire alrededor.

Y mientras el ciclón cae sobre la tierra se forman los remolinos y se producen según el movimiento de los vientos. Pero cuando cae sobre el mar, se forman las trombas marinas.

Los terremotos, por su parte, se admite que pueden causarse a partir del encierro de un viento en la tierra y por la interposición de porciones pequeñas de esta y un movimiento continuo, lo que provoca un temblor en la tierra. Y ese viento, la tierra lo recibe del exterior y lo encierra [o] bien es causado por el hundimiento [hacia] el suelo hacia lugares con forma cavernosa en la tierra, que expelen el aire comprimido en ellos. [Y] también se admite que se producen terremotos por la propagación del movimiento a partir de numerosos hundimientos de terreno y, de nuevo, su repercusión cuando se encuentran con una mayor densidad de la tierra.

Igualmente de otros modos numerosos pueden darse esos movimientos de la tierra. [Ocurre que [estos] vientos se generan por ciertos periodos de tiempo al introducirse un elemento extraño continuamente y poco a poco, y también por acumulación de agua abundante. Y los restantes vientos nacen [...] cuando caen unos pocos elementos en las grandes cavidades, al producirse la difusión que resulta de ellos.]

El granizo se forma por una muy fuerte congelación, por la reunión de ciertos elementos ventosos desde todas partes y por su diseminación. Y también [por] la congelación más moderada de ciertos elementos acuosos, [e] igualmente, a la par, la ruptura y la reunión de estos, causando el congelamiento de un parte o del conjunto.[49]

Y su forma redonda no es imposible que tenga que ver con que por todas partes sus extremos se acortan y después en su reunión desde todas partes, según se dice, en parte de los elementos, ya sean acuosos o ya ventosos, que los rodean de manera uniforme.

La nieve puede conformarse a partir de un agua sutil que se derrama desde las nubes a través de conductos simétricos por la presión de nubes apropiadas y siempre bajo un fuerte viento. Pero también por el congelamiento de esta agua, al encontrarse en su desplazamiento a través de una fuerte reunión por los lugares de más abajo de las nubes, con la frialdad de las nubes. Asimismo, la congelación de las nubes que tienen una densidad escasa y regular podría generar una nevada, cuando los elementos acuosos dispuestos que se encuentran unos al lado de los otros en las nubes se comprimen, y estos elementos comprimidos acaban generando una suerte de granizo, lo que sucede sobre todo en la primavera.

Y también por el roce de las nubes que han sufrido un congelamiento podría darse la concentración de la nieve. E, igualmente, se admite que puede formarse la nieve de otras formas.

El rocío se forma por la reunión, a partir del aire, de unas partículas con otras, tales que producen elementos resultantes de cierta humedad. También, por otra parte, por el impulso que procede de lugares húmedos o que han recibido aguas, en los cuales especialmente se forma el rocío, y después por afluencia de esos elementos en un mismo punto, lo que resulta en humedad y de nuevo en un impulso hacia los lugares inferiores, de manera parecida a lo que entre nosotros la [109]mayoría de las veces [se observa. Y la escarcha] se forma como [cierta] congelación de estos rocíos que se produce por circundarles cierto aire frío.

El hielo se forma o bien por la expulsión de la figura redonda del agua, y la adición de elementos escalenos y agudos que hay en ella, o bien por la condensación desde fuera de elementos homogéneos que consiguen la congelación del agua, emitiendo hacia fuera una cierta cantidad de partículas redondas.

El arcoíris es causado por el resplandor del Sol sobre el aire de forma acuosa, o bien por una particular adición natural de luz y de aire que forma las tonalidades especiales de estos colores, ya sea juntamente o por separado, por la que, al brillar de nuevo los espacios del aire que se ven juntos, adoptan esos colores que contemplamos por el resplandor de cada parte.

1 La forma redondeada de esta visión está causada porque la distancia siempre parece igual desde todas partes desde donde es contemplada, o porque los átomos que hay en el aire o en las nubes, llevados por el aire mismo [o transportados hacia la Luna], se mezclan entre sí y se unen de cierta forma circular.[50]

El halo en torno a la Luna se forma cuando el aire es llevado [según] desde todas partes hacia la Luna, o cuando las corrientes que vienen desde ella, empujadas de modo uniforme, se disponen en círculo alrededor de manera semejante a unas nubes que no se disipan en absoluto; o porque el aire que está en torno a ella queda comprimido por otro aire de modo simétrico desde todas partes, hasta formar alrededor una composición densa que la circunda.

1 Esto se produce solo en ciertas partes o porque afluye de manera forzada desde fuera alguna corriente o porque el calentamiento invade algunos conductos apropiados por los que se causa este fenómeno.

Los cometas son estrellas que se forman o cuando el fuego se desarrolla en ciertos espacios durante determinados periodos de tiempo y en ciertas condiciones, o bien por cierto movimiento particular que posee el cielo que hay sobre nosotros durante ciertos periodos, de manera que se muestran astros de tal tipo, o bien porque en ciertos periodos de tiempo surgen por alguna circunstancia y llegan a lugares cercanos a nosotros y se hacen

visibles. En cuanto a su desaparición, se produce por las causas contrarias a estas.

1 Algunos astros dan vueltas en un mismo lugar, lo que sucede no solo porque esa parte del universo está quieta y el resto gira en derredor, según dicen algunos, sino también porque en torno a estos puede fijarse dando vueltas un remolino de aire que se convierte en un obstáculo para que se muevan en círculo como los otros cuerpos celestes; o porque en los lugares contiguos no existe una materia apropiada para ellos, pero sí está disponible en el lugar en donde los vemos yacer. Y asimismo es posible que esto se cumpla de otras muchas maneras, si alguien puede deducir un razonamiento de acuerdo con los fenómenos.

Ciertos astros se mueven errantes, tanto si sucede que se adaptan a esos movimientos, y otros no [se mueven].

1 Se admite esto porque desde el principio fueron obligados [a moverse] contra el movimiento circular, de modo que algunos son llevados en el remolino que tiene regularidad, y otros, a la vez, en otro que les presenta irregularidades. Pero también se admite que en esos espacios por los que son llevados los astros existan en algunos puntos extensiones de aire constantes que los impulsan de forma regular en pos del espacio contiguo, que los prendan regularmente, y que otras veces sean irregulares, de modo que se produzcan las alteraciones que observamos. Por ello, lo de dar una única explicación de estos temas, mientras que los fenómenos nos invitan a varias, es delirante y supone una actividad inapropiada típica de quienes se entregan a vanas astrologías y explican causas vacías, toda vez que no liberan de ningún modo a la naturaleza divina de tales servidumbres.

1 El hecho de que se observe que algunas estrellas son dejadas atrás por otras sucede porque son llevadas más lentamente, aunque giran en la misma órbita, porque se mueven en sentido contrario, llevadas hacia atrás por el mismo torbellino, y porque algunas giran en un espacio mayor y otros en uno menor, pese a que todos se mueven en una misma órbita circular. Pero empeñarse en una demostración sencilla acerca de esto es apropiado solo para quienes desean engañar a la mayoría.

Las estrellas llamadas fugaces pueden producirse en parte por roce de unas con otras y por la caída que se genera en un vendaval, como decíamos a propósito de los relámpagos.

1 Y también por una reunión de átomos que pueda resultar en fuego, siempre que se produzca afinidad para que se prenda, y [según] el movimiento cuyo ímpetu ha llevado a tal reunión desde el principio. O también por una acumulación de soplos en algunas densificaciones nebulosas y en una ignición a causa de su compresión, seguida de una conflagración a partir de las áreas que los rodean. Y el movimiento desde ahí se da en aquella dirección originaria hacia la que se impulsaba. Además, existen otros modos de explicar esto sin tener que recurrir a los mitos.

Las señales premonitorias del tiempo que se obtienen gracias a ciertos animales se dan a partir de una mezcla de circunstancias. Pues de ninguna manera es posible que los animales puedan determinar el estallido de una tormenta, ni hay naturaleza divina alguna que esté controlando la salida de esos animales para luego producir estas señales.

1 Pues tal estupidez no se le ocurriría a un animal por casualidad, por muy poco dotado que estuviera, conque mucho menos a quien haya adquirido una dicha completa.

Todas estas cosas, Pitocles, recuérdalas. Así en su mayor parte superarás el mito y serás capaz de conocer las cosas de este tipo y las parecidas. Pero especialmente aplícate a la ciencia de los principios y de lo ilimitado y a la teoría sobre las cosas emparentadas con ellas, y aún más a las de los criterios de verdad y a las de las afecciones, y a la razón por la que analizamos estas cosas. Porque precisamente al examinar tales cosas podrás contemplar a la vez con facilidad las razones de los fe-nómenos particulares. Pero, por otro lado, los que no se han afanado en ello ni siquiera entenderán eso bien, ni conseguirán alcanzar aquello por lo que debemos aplicarnos en la teoría.»

1 Esto es lo que pensaba sobre los fenómenos celestes.

Sobre los modos de vida y cómo debemos elegir unas cosas y huir de otras, él escribe así. Primero relataremos por extenso lo que él y

sus discípulos piensan acerca del sabio.

## SOBRE EL SABIO

Los daños que se producen a partir de la gente se dan por odio, por envidia o por desprecio, lo cual vence el sabio con su razonamiento. Además, quien ha llegado una vez a ser sabio no tomará ya más una actitud contraria ni la fingirá de buen grado. Y en sus afecciones se contendrá de algún modo algo más de manera que esto no pueda ser impedimento para la sabiduría. Pero no queda al alcance de cualquier disposición corporal llegar a ser sabio, ni tampoco de cualquier nación.

1 Incluso si fuera torturado, el sabio será feliz. Sin embargo, cuando es torturado, igualmente se lamentará y gritará de dolor.[51] Solamente el sabio guardará un recuerdo agradecido y se comportará con coherencia hacia los seres queridos, tanto presentes como ausentes [...].[52]

No se unirá sexualmente con mujer en los casos en que las leyes lo prohíban, como dice Diógenes en su *Epítome de las doctrinas éticas de Epicuro*. No castigará a los esclavos domésticos, sino que tendrá compasión de ellos y se comportará de forma comprensiva con los que sean cumplidores. Opinan que el sabio no debe enamorarse. Ni debe preocuparse de su propia sepultura. Según ellos tampoco el amor es de origen divino, como dice Diógenes en el *Epítome de las doctrinas éticas de Epicuro*. No practicará la retórica elocuentemente. Creen que las relaciones sexuales nunca son de provecho, pero son agradables si no producen daños.

1 Ciertamente, también el sabio puede casarse y engendrar hijos, según dice Epicuro en sus *Incertidumbres* y en su *Sobre la naturaleza*. En ciertas circunstancias de la vida puede casarse y criar hijos. No se propasará especialmente en la embriaguez, según Epicuro en su *Banquete*.

No hará política, según el libro primero de *Sobre los modos de vida*. No será tirano ni cínico, según el libro segundo de *Sobre los*

*modos de vida*. Ni practicará la mendicidad. Incluso en el caso de que le saquen los ojos seguirá su vida, según dice en el mismo libro.

Pero también el sabio sentirá pena, como dice Diógenes en el libro quinto de sus *Selecciones*.

Podrá acudir a los tribunales. Podrá dejar escritos para la posteridad. Pero no compondrá panegíricos.

2 Se preocupará por sus bienes y por su futuro. Amará el campo. Luchará contra la suerte y no abandonará a ningún amigo. Cuidará de su buena fama solo en cuanto necesita para no ser despreciado. Y se alegrará más que los otros en el estudio teórico.[53]

2 Dedicará estatuas votivas, pero le será indiferente tener él mismo una. Solo el sabio será capaz de disertar correctamente sobre la música o la poesía, pero no compondrá poemas como actividad propia. No puede ser un sabio más sabio que otro. Podrá ganar dinero, pero solamente a partir de su sabiduría, y ello en caso de necesidad. Si la ocasión es oportuna puede estar al servicio de un monarca. Se alegrará con quien sabe hacer una buena corrección. Fundará una escuela, pero que no se pueble de multitudes. Dará clases en público, pero no por propia iniciativa. Formulará principios y no dudará de todo. Incluso entre sueños se mantendrá coherente. Y por un amigo, cuando fuera preciso, morirá. Piensan [los epicúreos] lo siguiente:

2 Las culpas son desiguales. Y la salud para algunos es un bien, pero para otros algo indiferente. El valor no se produce por naturaleza, sino a partir del cálculo de lo más conveniente. La amistad se produce por la utilidad. Sin embargo, conviene que se tenga un inicio —así como sembramos el campo—, pero esta se confirma por la vida en comunidad de los colmados de placeres.

2 Creen que hay dos tipos de felicidad: la más excelsa, que rodea a la divinidad, no conoce aumento de intensidad: la otra, sin embargo, varía con la adquisición y privación de los placeres.

Pero hay que pasar ahora a la carta.

# EPICURO: CARTA A MENECEO

«Epicuro a Meneceo: ¡Salud!

122 Que nadie, aunque sea joven, dude en practicar la filosofía ni que nadie, aunque sea viejo, se canse de practicar la filosofía. Pues nadie está inmaduro ni retrasado para lo que concierne a la salud de su alma. Quien afirma que aún no es el momento oportuno de practicar la filosofía o que este ya ha pasado es como quien dice que no es el momento oportuno de obtener la felicidad o que esta ya no es posible. Conque deben practicar la filosofía tanto el joven como el viejo: el primero para que, envejeciendo, se rejuvenezca en cuanto a los bienes por la gracia de lo que ha pasado, el segundo para ser a la par joven y anciano por falta de miedo ante el futuro. Así, conviene meditar sobre lo que causa la felicidad, ya que cuando esta está presente todo lo poseemos, pero cuando está ausente, todo lo hacemos por poseerla.

123 Las cosas que te he aconsejado continuamente hacer, medítalas y ponlas en práctica, examinando que esos principios son los elementos fundamentales del bien vivir. En primer lugar, considera que la divinidad es un ser vivo incorruptible y dicho, tal y como suscribe el concepto común de la divinidad, y no le atribuyas nada ajeno a la incorruptibilidad o impropio de la dicha, sino guarda la opinión, en cuanto a ella, de todo lo que sea susceptible de preservar la dicha unida a la inmortalidad. Los dioses, de hecho, existen, porque es evidente por el conocimiento que tenemos de ellos. Pero no son tal y como la mayoría cree, pues no los preserva tal cual los conciben. No es impío aquel que niega a los dioses entre la mayoría, sino más bien aquel que atribuye a los dioses las opiniones de la mayoría.

124 Pues las presunciones de la mayoría sobre los dioses no son aprehensiones, sino suposiciones falsas. De ahí que se desprendan de los dioses las causas mayores de los daños y beneficios [para los buenos].[54] Acostumbrados en todo momento a sus propias virtudes acogen a sus semejantes, considerando ajeno todo lo que no es como ellos. Acostumbra a pensar que la muerte no es nada para

nosotros, ya que todo bien y mal residen en la sensación, y la muerte es privación de la sensación. Por eso, el recto conocimiento de que la muerte no es nada para nosotros hace disfrutable la condición mortal de nuestra vida, no porque le añada un tiempo ilimitado, sino porque elimina el anhelo de inmortalidad.

2 Así pues no hay nada temible en el vivir para quien ha comprendido auténticamente que no hay nada temible en el no vivir. De modo que es un necio el que dice que teme a la muerte no porque se aflija cuando está presente sino porque se aflige porque ha de venir. Puesto que no causa molestia al presentarse es vano creer que afligirá en su expectativa. Conque el más terrorífico de los males, la muerte, no es nada para nosotros, puesto que cuando nosotros existimos, la muerte no está presente y cuando la muerte está presente, entonces nosotros no existimos. Así que no es nada para los vivos ni para los muertos, puesto que para estos no existe y los otros no existen ya. No obstante, la mayoría unas veces huye de la muerte como del mayor de los males y otras la acogen como un alivio de los males de la vida.

2 Pero el sabio ni rechaza el vivir ni teme el no vivir, pues no le abruma el vivir ni considera que el no vivir sea mal alguno. Y como sucede en cuanto al alimento, que no elige enteramente lo más abundante sino lo más dulce, así también pasa que obtiene el fruto del tiempo no del más longevo sino del más dulce. Aquel que recomienda al joven vivir bien y al viejo despedirse bien es un tonto, no solo por lo agradable de la vida, sino también porque hay el mismo cuidado en el vivir bien que en el morir bien. Pero mucho peor es el que dice: «Es bueno no haber nacido o, si no, una vez se ha nacido, cruzar cuanto antes las puertas de Hades».[55]

2 Pero si dice eso convencido, ¿cómo es que no se marcha de la vida? Pues ello está a su disposición, si lo ha deliberado con certeza. Pero si lo dice en son de broma, es necio, porque son asuntos en que no se admite tal cosa. Hay que recordar que el futuro no es nuestro ni enteramente no nuestro, para que no esperemos que enteramente lo sea ni perdamos la esperanza de que enteramente no lo sea. Y hay que considerar que, de entre los deseos, los unos

son naturales y los otros vanos; y de entre los naturales, los unos son necesarios, los otros solamente naturales; y de entre los necesarios, unos lo son con vistas a la felicidad, otros para que el cuerpo carezca de molestias y otros aún para el propio hecho de vivir.

2 Una doctrina sin desvíos acerca de los deseos sabe conducir cualquier elección o aversión hacia la salud del cuerpo y la imperturbabilidad[56] el alma, pues tal es el cumplimiento del vivir dichosamente. En virtud de ello, pues, actuamos en todos los asuntos, de modo que no experimentemos ni dolor ni temor. Y, enseguida, una vez se alcanza en nosotros, se disuelve cualquier tempestad del alma, al no tener que marchar el viviente hacia lo que no tiene aún, ni buscar nada más con lo que llevar a realización el bien del alma y del cuerpo. De hecho, tenemos necesidad de placer siempre que experimentamos dolor por no estar presente el placer. Mas una vez que ya no experimentamos dolor, ya no sentimos necesidad de placer. Precisamente por eso decimos que el placer es principio y fin del vivir dichosamente.

2 Pues hemos reconocido esto como el bien primero y connatural y a partir de él emprendemos toda elección y aversión y en él concluimos juzgando todo bien con la sensación como regla. Y como este es el bien primero y connatural, por su mediación no elegimos todo placer, sino que, a veces, pasamos por alto muchos placeres cuando, a raíz de estos, se produce como consecuencia una dificultad más grande para nosotros. Hay en efecto muchos dolores que encontramos preferibles a placeres, siempre que un placer mayor para nosotros le vaya a la zaga tras sufrir largo tiempo tales dolores. Y es que todo placer, como posee una naturaleza familiar, es un bien. Mas en todo caso todo él resulta aceptable. De igual manera, todo dolor es un mal, pero no todo dolor ha de ser siempre evitado.

3 Conque es apropiado valorar en esta medida entonces todas estas cosas en consideración a lo que beneficia y a lo que no beneficia, ya que en ciertas circunstancias usamos algo bueno como un mal y, de forma opuesta, algo malo como un bien.

Entonces consideramos la autosuficiencia un gran bien, no para que la usemos en todo momento en poca medida, sino más bien a fin de que, si no tenemos mucho, nos baste con ese poco en la convicción de que, en verdad, quienes menos necesitan la abundancia disfrutan más ella, y de que todo lo natural es sencillo de obtener, mientras que lo superfluo resulta difícil de obtener. Y los alimentos sencillos proporcionan el mismo placer que una dieta suntuosa una vez que se ha eliminado el daño ligado a su carencia.

3 Y el pan y el agua ofrecen el placer extremo cuando se proporcionan a alguien que los necesita. El estar acostumbrado a un régimen de comidas sencillas y no suntuosas es provechoso para la salud y dispone al hombre animoso hacia las necesidades perentorias de la existencia, nos pone en mejor situación para los intervalos que sobrevienen con lujos y nos prepara para no tener miedo a la suerte.

Así, cuando decimos que el placer supone el fin, no hablamos de los placeres de los libertinos ni de los que consisten en el mero disfrute, como creen algunos ignorantes o que no están de acuerdo o nos malinterpretan, sino más bien de no sufrir dolor en el cuerpo ni quedar turbados en el ánimo.

3 Pues las fiestas para beber o danzar constantemente o los goces con muchachos o mujeres, o los pescados y cuantas cosas procura una mesa lujosa en absoluto generan una vida dulce, sino que más lo logran el sobrio cálculo que investiga las causas de toda elección y aversión y expulsa las opiniones de las que procede la mayor turbación que embarga al alma.

De todas estas cosas, el principio y el mayor bien es la sensatez. Por ello resulta algo incluso más precioso que la filosofía esta sensatez, a partir de la que se engendran las demás virtudes, al instruir en la idea de que no es posible vivir dulcemente sin hacerlo sensata, hermosa y justamente, ni vivir sensata, hermosa y justamente sin vivir dulcemente. Las virtudes, pues, se generan por naturaleza junto al vivir dulcemente, y el vivir dulcemente es inseparable de ellas.

3 De hecho, ¿quién crees tú que es mejor que aquel que acerca de los dioses piensa de forma piadosa, ante la muerte carece

totalmente de miedo y ha reflexionado acerca del fin de la naturaleza? Él, por un lado, comprende que el límite de los bienes es fácil satisfacerlo y procurarlo, mientras que el de los males posee breves tiempos o padecimientos. Y por otro lado, en cuanto al destino, proclamando lo que por algunos es presentado como soberano universal [...],[57] e las cosas que suceden por necesidad, por una parte, mientras que otras lo hacen por azar y otras dependen de nosotros, por el hecho de que la necesidad no conlleva responsabilidad, y el de que el azar es inestable, pero lo que está en nuestras manos no tiene otro dueño, por lo que por naturaleza le acompañan el reproche y su contrario.

3 (En verdad sería mejor atender a los mitos sobre los dioses que ser esclavos del destino que proclaman los físicos. Pues unos trazan una esperanza de aplacar a los dioses mediante su honra, mientras que este contiene una necesidad inexorable.) En lo que hace a la suerte, ni la considera una divinidad, como piensa la mayoría (puesto que la divinidad no hace nada desordenado), ni una causa incierta de todas las cosas (pues no cree que a partir de esta se entregue a los hombres el bien o el mal para un vivir dichosamente, aunque, sin embargo, a partir de ella se aprestan los comienzos de grandes bienes o males).

3 Considera que es preferible ser desafortunados razonando correctamente que tener de buena fortuna sin razonamiento. Pues es mejor que, en las acciones, lo que se ha decidido con corrección no tenga buen éxito, antes que lo tenga gracias a la suerte aquello que no se ha decidido con corrección.

Estas cosas, en fin, y otras del mismo género medítalas en tu interior día y noche contigo mismo y con tu semejante, y nunca jamás, ni despierto ni entre sueños, resultarás turbado, sino que vivirás como un dios entre los humanos. Pues en nada es semejante a un mortal la persona que vive entre bienes inmortales.»

[Epicuro] rechaza todo tipo de adivinación en otras obras, como también en el *Pequeño epítome*, y dice «que la adivinación es insostenible, pero incluso si fuera sostenible, es preciso pensar que

no significa nada para nosotros». Tales son las doctrinas acerca de la existencia. Y aún más por extenso ha disertado sobre ello en otros lugares.

3 Se diferencia Epicuro de los cirenaicos en cuanto al placer. Pues estos no aceptan el placer que se da en reposo, sino solo el que se da en movimiento,[58] mientras que él los acepta ambos, el del alma y el del cuerpo, como afirma en su *Sobre la elección y la aversión* y en *Sobre el fin último*, y en el primer libro de *Sobre los géneros de vida* y en la *Carta a los amigos de Mitilene*. De manera similar hablan también Diógenes en el libro decimosexto de sus *Sesiones selectas* y Metrodoro en su *Timócrates*, en el que teoriza sobre el placer en movimiento y el placer en reposo. Y Epicuro en su *Sobre las elecciones* dice así: «La ausencia de turbación y la ausencia de dolor son placeres en reposo mientras que el gozo y la alegría se observan como placeres en movimiento por su acción».

3 Aún contra los cirenaicos: ellos afirman que los dolores del cuerpo son peores que los del alma, pues, por ejemplo, se castiga a los culpables en su cuerpo. Pero él dice que los del alma son peores, pues, por ejemplo, la carne solo sufre tormento en el presente, pero el alma sufre por el presente, el pasado y el futuro. E igualmente son mayores los placeres del alma. Utiliza como demostración de que el fin natural es el placer, el hecho de que los seres vivos nada más nacer se complacen con él, pero rechazan el dolor espontáneamente y sin razonamiento. De forma instintiva, así pues, rehuimos el dolor. Así que incluso Heracles, cuando es devorado por la túnica,[59] grita:

> Mordido aúlla y en derredor gimen las rocas y los montes de Locros y las colinas ribereñas de Eubea.[60]

3 Por medio del placer incluso son elegidas las virtudes, no por sí mismas. Tal y como sucede con la medicina por medio de la salud, tal y como afirma Diógenes en el libro vigésimo de sus *Sesiones selectas*. Y a la crianza la llama vademécum.[61] Epicuro, por lo demás, dice que la virtud, y solamente ella, es inseparable del placer, y el resto de las cosas, como los alimentos, están separadas.

Pero ahora, en fin, y a modo de colofón, como se podría decir, añadamos ya a toda la obra y la vida del filósofo la exposición de sus Doctrinas principales, cerrando con ellas todo nuestro escrito, de modo que las utilicemos como conclusión coincidiendo con el principio de nuestra dicha:

# EPICURO: DOCTRINAS PRINCIPALES

## I

139

El ser feliz e incorruptible no tiene preocupaciones ni las causa a otro, de modo que no está poseído por iras ni por agradecimientos. Pues todas las cosas de este tipo se dan solo en el ser débil. [En otros escritos dice que los dioses son observables por medio de la razón, los unos al subsistir en número, los otros por una forma semejante a partir del flujo continuo de imágenes parecidas que resultan en el mismo objeto en forma humana.][62]

## II

La muerte no es nada para nosotros: pues lo que se ha disuelto no posee sensación y lo carente de sensación no es nada para nosotros.

## III

El límite de la grandeza de los placeres es la eliminación de todo dolor. Siempre que esté presente el placer, durante el tiempo que exista, no hay ni dolor ni pena ni la mezcla de las dos cosas.

## IV

14

0 El dolor continuo no se prolonga en la carne,[63] sino que el más agudo se prolonga por un tiempo mínimo, y el que supera solo apenas lo placentero de la carne, no dura muchos días. Las enfermedades muy duraderas, en cambio, le dan a la carne más cantidad de placer que de dolor.

## V

No se puede vivir dulcemente sin vivir sensata, hermosa y justamente; ni vivir sensata, hermosa y justamente sin vivir dulcemente. Aquel a quien esto no le resulta esencial no puede vivir dulcemente.

## VI

1
4
1
A fin de tener coraje ante la gente hay bienes según la naturaleza en el mando y en la realeza a partir de los cuales es posible procurarse esa sensación.

## VII

Algunos quisieron hacerse célebres y bien considerados en la creencia de que, de tal forma, conseguirían rodearse de seguridad frente a la gente, de modo que, si resulta segura su vida, consiguen el bien de la naturaleza. Pero, si no es segura, no consiguen aquello por lo que desde el principio se sintieron impulsados, según lo que es lo propio a la naturaleza.

## VIII

Ningún placer es por sí mismo un mal. Pero los elementos constituyentes de algunos placeres conllevan a veces muchas más molestias que placeres.

1
4
2

IX

Si todo placer pudiera concentrarse en un lugar y en un momento y perteneciera al organismo en su totalidad o a las partes principales de su naturaleza, entonces los placeres no podrían diferenciarse unos de otros.

X

Si los elementos constituyentes de los placeres de los disolutos los liberasen de los miedos de su mente con respecto a los fenómenos celestes, a la muerte y al sufrimiento, y, aún más, si les enseñasen los límites de los deseos, entonces no tendríamos nada que reprocharles a ellos, al estar por doquier saciados de placeres y sin tener en ningún momento pesar y dolor, o sea, aquello que constituye el mal.

XI

Si en nada nos molestasen las sospechas ante los fenómenos celestes y en torno a la muerte, es decir, que sea de alguna manera algo para nosotros, y, aún más, el desconocimiento de los límites de dolores y deseos, entonces no necesitaríamos el estudio de la naturaleza.[64]

1
4
3

XII

No sería posible deshacer el temor frente a las principales cuestiones sin conocer bien cuál es la naturaleza del universo, mas sospechando algo de lo que cuentan los mitos. Conque sin el estudio de la naturaleza no sería posible obtener placeres inmaculados.

XIII

No habría ningún provecho en conseguir para uno mismo la seguridad entre las gentes si uno anda azacaneado preguntándose qué hay más arriba y debajo de la tierra y, sencillamente, en cuanto a lo que significa lo ilimitado.

## XIV

Una vez obtenida, en la medida de lo posible, cierta seguridad frente a la gente a través de una buena y sólida disposición de recursos se vuelve más auténtica la seguridad que deriva de la tranquilidad y del apartamiento de la mayoría.



## XV

La riqueza, según la naturaleza, está delimitada y es sencillo conseguirla. Pero la que viene de las vanas opiniones se esparce hasta lo ilimitado.

## XVI

Muy poco que ver con el sabio tiene la fortuna, pues las mayores y más importantes cosas se las proporcionó su razonamiento y continuamente durante su tiempo de su vida se las administra y se las administrará.

## XVII

El justo es imperturbable por excelencia y el injusto está pleno de la mayor turbación.

## XVIII

No aumenta el placer en la carne una vez que se ha eliminado el dolor por alguna carencia, sino que solamente se hace muy variado. En lo que hace al límite impuesto por la mente al placer, este nace de la consideración acerca de estas mismas cosas y las que son semejantes a ellas, que procuran los mayores temores a la mente.

145

## XIX

El tiempo ilimitado y el limitado contienen igual placer si uno mide los límites de este a través del razonamiento.

## XX

La carne, por una parte, recibe los límites del placer como si fueran ilimitados, y un tiempo ilimitado es el que los ofrece. Pero la mente, que ha concebido el fin y el límite de la carne y que ha deshecho los temores a la eternidad, nos proporciona una vida perfecta y ya en nada necesitamos un tiempo ilimitado. Mas tampoco rechaza el placer y ni siquiera cuando las circunstancias hayan dispuesto nuestra salida del vivir como si le hubiera dejado atrás algo para la mejor existencia posible.

146

## XXI

Aquel que es consciente de los límites de la vida sabe qué fácil es obtener aquello que elimina el dolor que deriva de la carencia y aquello que hace una vida entera perfecta. Conque en absoluto requiere cosas que se adquieren a través de la competencia.

## XXII

Conviene considerar el fin que subsiste y toda la evidencia a la que referimos nuestras doctrinas. Y si no lo hacemos todo se nos presentará pleno de incertidumbre y turbación.

## XXIII

Si combates todas las sensaciones, no tendrás siquiera algo a lo que referirte para juzgar las que afirmas que son engañosas.

## XXIV

147

Si rechazas sencillamente cualquier sensación y no distingues lo opinado, lo que espera confirmación y lo que está ya presente en la sensación, y las afecciones y cualquier representación mental del intelecto, perturbarás incluso el resto de las sensaciones con una vana opinión, de modo que acabarás por rechazar cualquier criterio de juicio. Si, por el contrario, afirmas como cierto todo lo que espera confirmación en los juicios fundados sobre opiniones y también lo que no ha recibido aún confirmación, no evitarás seguir engañado, porque estarás manteniendo una total ambigüedad en cualquier juicio sobre lo correcto y lo no correcto.

## XXV

148

Si no refieres en toda sazón cada cosa que haces a la finalidad de la naturaleza, sino que te desvías hacia alguna otra, bien sea para perseguirlo o bien para evitarlo, tus acciones no estarán de acuerdo con tus razones.

## XXVI

De entre los deseos, cuantos no conducen al dolor, si no quedan satisfechos, no serán necesarios, sino que presentan un apetito fácilmente evitable, cuando parecen ser difíciles de conseguir o de efectos dañinos.

## XXVII

De entre las cosas que la sabiduría proporciona para la dicha de la vida entera, la mayor por mucho es la adquisición de la amistad.

## XXVIII

El mismo sentido común que nos ha hecho atrevernos a sostener que no existe nada terrible que sea eterno o muy duradero, nos hace ver que, en los mismos límites, la seguridad obtiene su perfección especialmente a partir de la amistad.

## XXIX

De entre los deseos, unos son naturales y necesarios; otros naturales y no necesarios; y otros aún no son ni naturales ni necesarios, sino que nacen de la vana opinión. [Naturales y necesarios, sostiene Epicuro, son los que eliminan el dolor, como el beber cuando hay sed. Naturales pero no necesarios son los que solo hacen variado el placer, pero no eliminan la dolencia, como, por ejemplo, la comida suntuosa. Ni naturales ni necesarios, por último, serían cosas como la consecución de las coronas y estatuas honoríficas.][65]

## XXX

Entre los deseos naturales que no comportan dolor si no son satisfechos, aquellos a los que los acompaña un intenso esfuerzo, nacen de la vana opinión y no es por su propia naturaleza por lo que no se disuelven, sino más bien por la vanidad de la persona.

## XXXI

Lo justo según natura es un acuerdo de lo que conviene para no dañarse unos a otros ni sufrir daño.

## XXXII

En cuanto a los seres vivos que no pudieron acordar pactos sobre el no hacerse daño unos a otros ni sufrir daño, para ellos nada hay justo o injusto. E igualmente ocurre también en cuanto a todos aquellos pueblos que no pudieron o no quisieron acordar tales pactos sobre el no dañar ni sufrir daño.

## XXXIII

No existe la justicia como algo por sí solo, sino que es una cierta convención sobre las relaciones de unos con otros en cualquier lugar y tiempo con el fin de no hacer daño ni sufrir daño.

## XXXIV

1
5
1

La injusticia no es un mal en sí misma, sino por el temor ante la sospecha de que no le pasará inadvertida a los que han sido nombrados vengadores por acciones como esas.

## XXXV

No es posible para quien ocultamente hace algo contra los pactos mutuos sobre no dañar ni ser dañado tener confianza en tal cosa que pasará inadvertida, aunque lo haya logrado diez mil veces hasta el momento presente. De hecho, es incierto si pasará inadvertida hasta su muerte.

## XXXVI

Desde un punto de vista general, lo justo es lo mismo para todos, es decir, lo que es conveniente para la comunidad de unos con otros.

Pero desde el punto de vista particular de un país y de motivos concretos no para todos se acuerda que lo justo sea lo mismo.

1
5
2

## XXXVII

Aquello que se ha acreditado como conveniente en los usos del trato comunitario entre unos y otros, entre lo considerado justo por ley, ocupa también el lugar de lo justo, tanto si es lo mismo para todos como si no. Pero cuando se establece una ley que no funciona según lo que es útil para el trato comunitario, esta ya no poseerá la naturaleza de lo justo. Y si luego se transforma lo que era útil según la ley y que durante cierto tiempo se correspondía con nuestra prenoción de lo que es justo, no por tal transformación será durante ese tiempo menos justo para los que no se turban por vanas palabras, sino que simplemente observan los hechos.

1
5
3

## XXXVIII

Cuando, sin que hayan aparecido novedades en las circunstancias, sea evidente que lo considerado justo por ley no se adecúe ya a nuestra prenoción de lo que es justo en los propios hechos, es que tal cosa no era justa. Cuando, al contrario, por haber cambiado las circunstancias, ya no resultan convenientes las mismas cosas establecidas como justas, entonces eran justas cuando resultaban convenientes al trato comunitario de los ciudadanos unos con otros, y luego ya no eran justas, cuando no resultaron convenientes.

## XXXIX

El que se halla mejor preparado contra la falta de coraje ante lo que viene de fuera, ese, por un lado, se pertrecha con la afinidad de lo que es posible que la tenga; pero, por otro, también de la no afinidad de lo que no es posible que la tenga. Pero en lo que ni

siquiera esto le es posible, evita mezclarse con ello y encuentra lo que le es provechoso hacer para ello.[66]

## XL

Aquellos que han tenido la capacidad de pertrecharse con el máximo coraje ante las adversidades consiguen pasar así su existencia en comunidad lo más dulcemente posible, manteniendo la más firme confianza, y estos, aún más, disfrutando de la más plena familiaridad, no lamentan la partida prematura del que ha muerto como si fuera algo digno de conmiseración.

**más libros en Libronera.com**

# SEGUNDA PARTE

# Un manuscrito epicúreo perdido y reencontrado

Solo hay dos maneras en las que puede avanzar nuestro conocimiento de la Antigüedad en cualquier asunto y, especialmente, en el caso de un autor como Epicuro, del que tan poca obra conservada se ha preservado: o bien volvemos a leer, traducir, estudiar, editar, glosar y comentar las fuentes primarias y secundarias que ya tenemos de él, es decir, las fuentes que ya están a nuestra disposición (en nuestro caso, los fragmentos, cartas, citas y colecciones de máximas); o bien tenemos la suerte de que aparezca algún material nuevo, ya sea que las arenas del desierto devuelvan algún papiro, que alguna nueva inscripción aparezca o que los esfuerzos de los antiguos copistas y humanistas, y de sus epígonos modernos, codicólogos y paleógrafos, produzcan algún nuevo hallazgo inesperado o que haya pasado hasta ahora inadvertido. No es la primera vez que ocurre tal cosa, de forma más o menos espectacular, y se encuentra algo así en tumbas, depósitos de papiros, bibliotecas medievales, palimpsestos y demás casuística. Y así le sucedió en el año 1888 al erudito austríaco Karl Wotke en la Biblioteca Apostólica Vaticana, cuando encontró, entre los folios de un largo códice griego del siglo XVI, una selección de sentencias epicúreas que, desde entonces, serían conocidas como Sentencias Vaticanas. El códice era el Cod. Vat. gr. 1950, que había llegado a la Biblioteca Vaticana seguramente a finales del siglo XVII con un jugoso contenido filosófico, puesto que incluía una larga serie de obras de Jenofonte —entre otras, las socráticas— y también las *Meditaciones* de Marco Aurelio y un comentario al *Manual* de Epicteto, entre otras muchas cosas.

Wotke se sorprendió al hallar intercaladas en breves páginas estas máximas (o más bien este «pronunciamento», en griego *prosphonesis*) de Epicuro, junto con tanto material estoico. Podemos imaginar la emoción del estudioso al descubrir este texto inserto en un largo manuscrito: no era la primera vez ni sería la última que esto ocurría, también muy cerca de nosotros; pienso en bibliotecas como la de Salamanca o la de El Escorial, cuando un códice griego es releído y alguien encuentra (o echa a faltar) algo importante, para alegría del investigador (o consternación, y denuncia de la sustracción de las páginas, como también ha ocurrido). Curiosamente, Wotke había encontrado este texto solo un año después de que el gran experto alemán en el epicureísmo, el gran Hermann Usener, profesor en Bonn y Berlín, hubiera publicado su monumental edición de las obras y fragmentos de Epicuro. También esto suele ocurrir: se publica la gran obra

supuestamente definitiva acerca de un tema e inmediatamente después queda desfasada (o bien dos estudiosos publican casi a la vez sobre un tema que llevaba siglos durmiendo en el olvido). Sintamos el vuelco que dio el corazón a Usener al saber que había algo de ese «nuevo material» que, como decíamos, podía hacer avanzar el conocimiento del epicureísmo, en un tema que él creía casi agotado.

De estas máximas, doce nos eran conocidas ya por el texto de Diógenes Laercio y unas pocas a partir de sentencias atribuidas al epicúreo Metrodoro, pero el resto era rabiosamente original. Wotke publicó en la revista de estudios clásicos *Wiener Studien* su edición de estas nuevas máximas, con un texto de apoyo del propio Usener, para sensación de todos los nuevos epicúreos. El hallazgo ponía sobre la mesa la autenticidad y la transmisión de las máximas epicúreas. La colección de sentencias, en su mayoría, no nos era conocida anteriormente y a buen seguro procedía de colecciones y epítomes de máximas filosóficas que circulaban en la Antigüedad tardía o primera edad bizantina. Pero, en el caso de Epicuro, cualquier hallazgo nuevo resultaba sensacional, por la escasez de testimonios. Sobre la autenticidad y la historia de estas máximas, tanto las que recoge Diógenes Laercio como este grupo de Sentencias Vaticanas, se ha discutido mucho: tanto, al menos, como sobre los famosos «Versos de oro» de Pitágoras o los «Dichos» (*akousmata*) en clave que se le atribuyen. No resolveremos la cuestión, ni es posible hacerlo aquí, pero ninguna edición que aspire a poner a disposición del lector todo cuando tenemos de Epicuro podía dejar estos textos de lado.

Por todo esto he optado por incluir aquí las Sentencias Vaticanas, a modo de interludio, entre los dos grandes testimonios, los más completos y con más entidad, del epicureísmo antiguo. Tras Diógenes Laercio y antes de Diógenes de Enoanda se presentan estas 81 Sentencias Vaticanas de Epicuro —el llamado *Gnomologium Vaticanum*—, aforismos de condensado contenido ético que, de hecho, reiteran algunas de las máximas ya conocidas, que desarrollan y con las que claramente están relacionadas. Tratan temas como la libertad del sabio, la autosuficiencia, los puntos del tetrafármaco (sobre todo el miedo a los dioses y a la muerte), el control del deseo y del dolor y la amistad epicúrea. Valga este interludio, pues, como una pausa para refrescar lo que realmente sabemos de Epicuro que, aunque no fuese literalmente suyo, sí que ciertamente recogía el espíritu de sus admoniciones y las de su escuela. Este será, a nuestros efectos, el octavo texto original de esta colección completa de obras y fragmentos de entidad atribuidos a Epicuro.

## Nota sobre la edición

He seguido el texto establecido por Wotke y Usener en su publicación original, sumando los avances en la investigación que se recogen en la tesis doctoral de

Alberto Enrique Álvarez (2016). Para más detalles sobre esta colección y un análisis pormenorizado, remito a este estudio.

*Las 81 sentencias vaticanas*

EPICURO

1

Lo bienaventurado e incorruptible no tiene ello mismo ni ocupaciones ni se las procura a otro, ni tampoco incurre en iras o en favores. Pues es en la debilidad donde se dan todo ese tipo de cosas.

2

La muerte no es nada para nosotros, porque lo que se ha disuelto no es capaz de sensaciones y lo que no es capaz de sensaciones no es nada para nosotros.

3

No dura el dolor en la carne, sino que tanto el más agudo como el más leve están presentes cierto tiempo, mientras que el intermedio, que supera al placer en cuanto a la carne, puede durar muchos días. Las enfermedades que duran mucho presentan un placer en la carne superior al dolor.

4

Todo dolor es despreciable, pues el que presenta un sufrimiento intenso es intenso en cuanto a la duración, pero el que se cronifica en la carne presenta un sufrimiento leve.

5

No es posible vivir dulcemente sin hacerlo sabia, bella y justamente. Mas cuando no se da así, no es posible vivir dulcemente.

6

No es posible que quien hace algo a escondidas que se ha acordado mutuamente para no dañar ni ser dañado crea que pasará inadvertido, aunque de mil maneras se intente ocultar en lo presente. Pues hasta la destrucción será incierto si habrá pasado inadvertido.

7

Al que comete injusticia le es difícil pasar inadvertido, pero tener confianza en pasar inadvertido le es imposible.

8

La riqueza de la naturaleza tiene límites y es fácil de procurar, la de las opiniones vacías[1] cae hacia lo indeterminado y es difícil de procurar.

9

La necesidad es un mal, pero no es necesidad vivir según necesidad.

10

Recuerda que, como eres por naturaleza mortal y dispones de un tiempo limitado, ascendiste gracias a las reflexiones sobre la

naturaleza a lo infinito, eterno y contemplaste «lo que es, lo que será y lo que fue».[2]

11

De la mayor parte de las gentes lo que está en reposo se paraliza y lo que se mueve enloquece.

12

La vida justa es la que más libre está de turbaciones. La injusta es la más llena de turbaciones. De estas cosas, la sabiduría queda dispuesta para la felicidad de la vida entera.

13

Lo más grande con mucho es la posesión de la sabiduría.

14

Nacemos una vez, dos veces no es posible nacer. Y no cabe vivir para siempre. Mas tú, que ni siquiera eres dueño del mañana, pospones el placer. La vida se consume en este retraso y cada uno de nosotros perece en sus ocupaciones.

15

En cuanto a las costumbres, así como estimamos las nuestras propias, tanto si las tenemos nobles y somos imitados por las gentes, como si no, del mismo modo también conviene hacer con las del prójimo, si son cabales.

16

Nadie que vea el mal lo elige por sí mismo, sino que, atraído como si fuera un bien hacia un mal mayor que este, es cazado por él.

17

No hay que considerar dichoso al joven, sino al anciano que ha vivido correctamente. Pues el joven, en su florecer a causa de la fortuna, se extravía al perder la cabeza. Pero el anciano, como en un puerto, ha anclado en la vejez aquellos bienes de los que no tenía esperanza al principio, atesorándolos con una alegría segura.

18

Al retirarse la previsión, la compañía y la convivencia se disuelve la pasión amorosa.

19

El que se olvida del bien pasado se hace viejo hoy.

20

De los deseos unos son naturales y necesarios, otros son naturales, pero no necesarios, y otros ni naturales ni necesarios, sino que resultan de la vana opinión.

21

No se debe forzar a la naturaleza, sino persuadirla. Y la persuadiremos si colmamos los deseos necesarios y los naturales, si no son dañinos, rechazando enérgicamente los dañinos.

22

El tiempo ilimitado y el limitado tienen un placer igual, si se miden correctamente los límites del placer a través del razonamiento.

23

Toda amistad es por sí misma elegible, pero ha tomado su origen en la utilidad.

24

Los sueños no participan de una naturaleza divina ni de un poder adivinatorio, sino que se producen por efecto de visiones distorsionadas.

25

La pobreza que se mide según la perfección de la naturaleza es una gran riqueza. Pero la riqueza no limitada es una gran pobreza.

26

Conviene comprender que el discurso largo y el breve tienden a lo mismo.

27

En otras actividades apenas se consigue el fruto cuando se han cumplido. Pero en la filosofía, el gozo corre parejo con el conocimiento. Pues después del aprendizaje no se da el disfrute, sino que el aprendizaje y el disfrute se dan a la vez.

28

Ni hay que probar ni a los fácilmente dispuestos a la amistad ni a los retraídos. Conviene incluso arriesgar el disfrute por la amistad.

29

Con la libertad de palabra propia de un estudioso de la naturaleza, al menos yo preferiría profetizar cosas útiles a todos los hombres, aunque nadie vaya a comprenderlas, antes que disfrutar del elogio de la mayoría que sucede a menudo si me conformo a sus opiniones.

30

Se preparan para sí algunos a lo largo de la vida las cosas necesarias para la existencia sin darse cuenta de que a todos se nos ha suministrado el fármaco de la generación, que es letal.

31

Ante las otras cosas es posible proveerse de seguridad, pero en lo que a la muerte se refiere todos los humanos vivimos en una ciudad sin murallas.

32

El respeto al sabio es un gran bien para el que lo respeta.

33

La voz de la carne es no pasar hambre, ni sed, ni frío. Pues quien tenga estas cosas y espere tenerlas en lo sucesivo, rivalizaría en felicidad incluso con Zeus.

34

No necesitamos tanto a los amigos por su utilidad como por la confianza en su utilidad.

35

No conviene despreciar las cosas que se tienen por el deseo de las que no se tienen, sino más bien considerar que también ellas estuvieron entre las que una vez deseamos adquirir.

36

La vida de Epicuro, al compararse con la de los demás, por su dulzura y autosuficiencia, podría creerse un mito.

37

Débil es la naturaleza en relación con el mal, pero no en relación con el bien. Pues se salva con los placeres y con los dolores se disuelve.

38

Totalmente digna de lástima[3] es la persona para la que hay muchos motivos razonables para abandonar la vida.

39

No es un amigo el que en todo busca la utilidad ni tampoco el que nunca la relaciona. El uno mercadea a cambio del favor, el otro suprime las esperanzas sobre el futuro.

40

El que dice que todo sucede por necesidad nada puede reprochar al que dice que no todo sucede por necesidad. Pues dice que eso mismo sucede según necesidad.

41

Conviene juntamente reír, filosofar, administrar la casa y ocuparse del resto de los asuntos privados y de ningún modo hablar desde la ira cuando pronunciamos palabras de filosofía.

42

El mismo tiempo se corresponde al nacimiento del mayor bien y a la disolución del mal.

43

Amar el dinero obtenido sin justicia es impío y el obtenido con justicia vergonzoso. Pues es inconveniente ahorrar de forma sórdida incluso según lo justo.

44

El sabio, al confrontarse con lo necesario, está presto a dar más que a recibir. Tamaño tesoro halló en la autosuficiencia.

45

No proporciona presunción, ni elocución, ni jactancia de erudición ante la mayoría el estudio de la naturaleza, sino a personas de bien,

autosuficientes y con buen ánimo gracias a sus propios bienes, no a los que les procuran las circunstancias.

46

Los defectos en las costumbres conviene expulsarlos como si fueran hombres malvados que han hecho daño durante largo tiempo.

47

Me he adelantado a ti, oh Fortuna, y he sellado todo resquicio de entrada. No nos entregaremos ni a ti ni a ninguna otra circunstancia en absoluto. Pero cuando la necesidad nos haga salir de aquí, escupiendo con gran desprecio al vivir y a los que en vano yerran en ello, nos marcharemos proclamando en un hermoso peán[4] que hemos vivido correctamente.

48

Conviene que, mientras estemos en camino, intentemos actuar mejor en lo venidero que en lo anterior. Y que, cuando lleguemos al final, disfrutemos con serenidad.[5]

49

No resulta posible disipar el miedo en las cuestiones más principales a los que no saben cuál es la naturaleza del universo, sino que sospechan algo de lo que se narra en los mitos. Conque sin la investigación sobre la naturaleza no resulta posible adquirir placeres puros.

50

Ningún placer por sí mismo es un mal sino las cosas que producen algunos de ellos conllevan molestias mucho mayores que los placeres.

51

He llegado a saber sobre ti que una agitación muy impetuosa en cuanto a la carne te incita a los encuentros sexuales. Pues bien, tú, siempre y cuando no infrinjas las leyes, ni alteres las costumbres correctamente establecidas, ni aflijas en algo al prójimo, ni consumas tu carne, ni dilapides los bienes necesarios, haz uso como quieras de tus inclinaciones. No obstante, es imposible no lamentar al menos una de estas cosas: pues los placeres del sexo nunca son beneficiosos, sino que habrá que contentarse si no nos han perjudicado.

52

La amistad baila en torno al mundo habitado anunciándonos a todos que hemos de despertar a la felicidad absoluta.[6]

53

A nadie se ha de envidiar. Pues los buenos no merecen la envidia y los malos cuanto más afortunados sean más se perjudican a sí mismos.

54

No conviene fingir ser un filósofo, sino filosofar realmente. Porque no necesitamos pareceres sanos sino estar de verdad sanos.

55

Hay que curar las desgracias con la gratitud por las cosas que desaparecieron y sabiendo que no es posible hacer que no haya ocurrido lo que ya ha sucedido.

56

No sufre el sabio más si es torturado que si ve que es torturado un amigo.[7]

57

Toda su vida a causa de la falta de confianza se trastornará y será aniquilada.

58

Se debe uno liberar a sí mismo de la cárcel de las rutinas y de los temas políticos.

59

No es insaciable el vientre, como la mayoría dice, sino la falsa opinión acerca de que la saciedad no tiene límites.

60

Todos se marchan de la vida como si acabasen de nacer.

61

Es muy hermosa también la primera visión de los más próximos cuando sucede en armonía o hay un gran deseo de que se produzca.

62

Si la ira de los progenitores hacia sus vástagos es según lo que se debe, será vano resistirse y no pedir que se conceda el perdón. Pero si no es según lo que se debe, sino con muy pocas razones, será ridículo enteramente tender a la provocación con ánimo irracional y no buscar aplacarlos reconciliándose de otra manera.

63

Hay también en la levedad una purificación cuya falta de consideración lleva a experimentar algo parecido a caer en la falta de límites.

64

Es necesario seguir el elogio de los demás de forma espontánea, pero nosotros ocuparnos solo de sanar nuestros asuntos.

65

Vano es responsabilizar a los dioses de las cosas que uno se basta para procurarse a sí mismo.

66

Compadezcámonos de los amigos no entonando lamentos fúnebres, sino mediante la reflexión.

67

Una vida libre no puede adquirir grandes riquezas porque no es cosa fácil sin servidumbre de masas o potentados. Y, sin embargo,

continuamente adquirirá todo en abundancia. Y si de alguna manera a uno le tocaran en suerte grandes riquezas, también estas las repartiría fácilmente con benevolencia hacia sus prójimos.

68

Nada es suficiente para quien poco es lo suficiente.

69

La ingratitud del alma convierte al ser vivo en un glotón hasta lo ilimitado en pos de variedad en su modo de vida.

70

Que nada se te cumpla en la vida que te dé miedo si llegase a conocimiento de tu prójimo.

71

En cuanto a todos los deseos hay que atender a esta cuestión: ¿qué me sucederá si se cumple lo que busca mi deseo? ¿Y qué si no se cumple?

72

Ningún provecho sería procurarse seguridad entre las gentes si las cosas que están arriba y las de bajo de la tierra y, por decirlo sencillamente, las de lo infinito permanecen al acecho.

73

También el hecho de que se produzcan algunos dolores en el cuerpo cumple un provecho para guardarse de cosas semejantes.

74

En la disquisición erudita consigue más el vencido por lo que aprende.

75

En cuanto a los bienes pasados resulta desagradecida la expresión que dice: «Mira el final de una larga vida».

76

Tal eres al envejecer como yo aconsejo y ciertamente has comprendido lo que es el filosofar para uno mismo y qué conlleva para Grecia. Me alegro contigo.

77

El mayor fruto de la autosuficiencia es la libertad.

78

El noble se ocupa sobre todo de la sabiduría y de la amistad, de las que una es un bien intelectual y la otra inmortal.

79

El que está libre de turbaciones ni por sí ni por otro se inquieta.

80

Para el joven la primera salvación consiste en la conservación de su edad y en la salvaguarda de lo que ensucia en virtud de los apetitos violentos.

81

No disipa la turbación del alma ni produce un disfrute digno de mención la riqueza, aunque sea la más grande, ni la honra y admiración de la mayoría, ni ninguna otra cosa de las que dependen de causas...[8]

# TERCERA PARTE

**visita libronera.com**

# Epicureísmo y filantropía: la inscripción de Diógenes de Enoanda

Imaginemos que somos un anciano o una anciana con una dolencia del corazón, con problemas dentales y con muchísimo dinero —acaso producto de nuestra labor en el comercio o de una herencia—, tanto como para vivir desahogadamente y tener una bonita residencia en nuestra pequeña pero próspera ciudad de provincias y una villa en una isla para invernar. Hemos vivido razonablemente bien, pero ya se vislumbra el final. ¿Qué haríamos en el otoño de nuestra vida con esa fortuna? Estaríamos rodeados de familia, amigos, médicos y no pocos caraduras y aduladores. Pero ¿qué hacer con el tiempo que nos quede? Supongo que algunos optarían por un simple hedonismo, otros por un cierto estoicismo sufrido, los más por un nihilismo desesperado o desengañado... pero, si nos vamos a la esencia de la sabiduría clásica, no deberíamos desechar la idea de la filantropía epicúrea. Tras esta escena me saltan a la memoria dos tipos de personajes muy opuestos: por un lado, en la actualidad, algún sedicente filántropo, uno de esos tecnomillonarios que crean fundaciones con las migajas de su fortuna y se dedican a una presunta y malentendida filosofía clásica (no se dice el pecador); por otro, en la Antigüedad, un personaje irrepetible en la historia, un verdadero filántropo que nos ha dejado un monumento único en su especie: Diógenes de Enoanda y su gran inscripción.

En realidad, no sabemos casi nada de este buen hombre, salvo que era muy rico, anciano, que estaba enfermo (tal vez del corazón o del estómago), que tenía buenos amigos y una mujer que lo cuidaba (no es seguro que fuera su esposa) y que vivía prósperamente en Enoanda, la ciudad «vinosa», en la provincia de Licia, al oriente del Imperio romano en el siglo II de nuestra era, época fascinante para entender el decurso de la humanidad. Es impresionante considerar el contexto histórico de la floreciente época de los Antoninos —insistamos en ello— cuando el Imperio romano fue más filosófico, con emperadores como el culto Adriano, seguramente adicto a la secta estoica de Epicteto, o el buen Marco Aurelio, pero también con tantos felices secuaces de Epicuro, como Luciano o este Diógenes. Y es que, en la historia romana, desde las épocas de Lucrecio u Horacio, como ya sabemos, había cundido ampliamente el epicureísmo como visión alternativa para conseguir la vida feliz con lemas de largos ecos posteriores.

Este filántropo quizá se enriqueció con el comercio de bienes de larga distancia, pues su ciudad estaba en las rutas hacia Oriente y no lejos del puerto de Telmeso (actual Fethiye, en Turquía). Sabemos que tenía una villa en la isla de Rodas, pero, llegado a la vejez, en vez de comprar más casas o más cosas, dedicarse a la política, amasar una fortuna mayor o darse al simple hedonismo, decidió invertir su dinero en levantar, junto a un pórtico en la vía pública principal de su ciudad, un enorme y carísimo muro de unos noventa metros de largo por tres de alto. Ciertamente, debía ser mirado como poco ortodoxo para ser epicúreo por causa de su gran fortuna, pero hay que decir, en honor a la verdad, que la usó tal y como el propio fundador de la escuela aconsejaba con su ejemplo: para cuidar a sus amigos (saltan a la vista en la inscripción los nombres de Antípatro, Dionisio y Caro, y también se alude a algunas mujeres) y convertir a todo el género humano, a través de su inscripción pública, a su filosofía.

En efecto, Diógenes hizo grabar una espléndida inscripción con un resumen de la doctrina de Epicuro, a modo de evangelio filosófico, como si fuera un libro desplegado para que lo leyeran sus compatriotas y cualquiera que pasara por aquel frecuentado camino. Así, pensando que iba a procurar la salvación de mucha gente, incluyó sus propias reflexiones, sentencias del maestro, algunas cartas y, por supuesto, el ya conocido tetrafármaco epicúreo con vistas a conseguir la feliz serenidad o *eudaimonía* a través del placer en ascenso. Hizo grabar, junto a una física y ética epicúreas, algunas epístolas a sus amigos, como Antípatro y Dionisio, una colección de máximas del maestro, que incluyen algunas de sus Doctrinas principales, y su Carta a la madre, entre otras cosas. La inscripción, como digo, es también singular en su pretensión de imitar un libro con su disposición como en los rollos antiguos de papiro.

Aporto algunos datos más, referentes al trabajo sobre el texto. La inscripción, descubierta en 1884, enseguida se empezó a publicar en unos primeros 64 fragmentos. En lo moderno, las excavaciones dirigidas por el epigrafista Martin Ferguson Smith, conducentes a la edición de referencia de los fragmentos en 1993, han mostrado las diversas partes de la inscripción. Esta edición se ha visto ampliada desde entonces por una serie de suplementos y nuevos hallazgos publicados en la revista de referencia de epigrafía anatólica por el propio Smith y por el filólogo Jürgen Hammerstaedt. En cuanto al contenido de la inscripción, por una parte, hay tres tratados epicúreos de este Diógenes, uno sobre ética, centrado en el placer como finalidad de la vida; otro sobre física, con una antropología y discusiones sobre los sueños y los dioses, y una apología de la vejez. Por otra, la inscripción recoge cartas de Diógenes a sus amigos, una a Antípatro sobre la doctrina epicúrea de los mundos ilimitados, y otra a Dionisio y Caro, muy fragmentarias. A los textos de autoría de Diógenes se añaden otros a cargo de Epicuro: en primer lugar, una colección de máximas epicúreas, también muy fragmentarias, que se colocan como parte final del tratado de ética: algunas corresponden a lo que ya se conocía en las Doctrinas principales transmitidas por Diógenes Laercio —con correspondencias con las Sentencias Vaticanas—, pero

otras no se han conservado en otro lugar. A esto se añade una Carta a la madre, de Epicuro, sobre el tema de los sueños, que solo se encuentra, igualmente, en esta inscripción. La numeramos como texto noveno y último de los originales de entidad que se consideran de Epicuro y que están recogidos en esta edición. Aunque ciertamente podríamos añadir algún fragmento más, pues la inscripción de Diógenes contiene desperdigadas en varios lugares citas de máximas epicúreas.

En suma, la labor de este evangelista del epicureísmo es muy singular porque nos cuenta mucho sobre la repercusión real, viva y social de esta corriente filosófica. El enfermo y anciano Diógenes se empeñó en curarnos el alma a todos: como su propio precursor Epicuro. De este decía Nietzsche, otro epicúreo tardío, que «solo alguien que sufría constantemente pudo inventar felicidad semejante». Esta pieza única, dedicada a promocionar la filosofía entre el mayor público posible —se dirige abiertamente a locales y foráneos, con su mensaje universal, como sabía Epicuro, que admitía a esclavos y heteras en su escuela—, refleja la esperanza de que la gente se convirtiera a una doctrina que proporciona la felicidad al género humano. No sabemos cómo fue destruida la inscripción, seguramente ya en la Antigüedad tardía, quizá por invasiones bárbaras o por decreto de las autoridades cristianas. El caso es que sus piezas derribadas y dispersas, por suerte, han sido hoy restituidas en lo posible por los arqueólogos y filólogos, que desde finales del siglo XIX han ido rescatando gran parte del texto. Leamos hoy a este Diógenes, que ofrece en su inscripción una verdadera medicina del alma con rescoldos de filosofía viva, que abarca desde la comprensión del cosmos y de la física atomista a la ética cotidiana, con consejos sobre la vejez y la amistad para pasar mejor la vida. Eso sí que es un filántropo: por eso debemos honrar la memoria de Diógenes con agradecimiento y ojalá, en lo posible, tomar ejemplo de él. Esta última parte del volumen se dedica a traducir y comentar brevemente su inscripción epicúrea, como homenaje del gran filántropo de Enoanda al maestro de Samos.

## NOTA SOBRE LA EDICIÓN

En lo que sigue se presenta la traducción de todos los fragmentos de la inscripción que son legibles y con una extensión mínima para darles un sentido filosófico y de comentario filológico. Mi traducción se basa en los fragmentos numerados de la edición canónica de Smith (1993), a la que se refieren los textos precedidos de la sigla F, y a los «nuevos fragmentos» que han ido apareciendo en varias adiciones y suplementos a cargo del propio Smith o de Hammerstaedt y Smith (2003-2012, cf. bibliografía), a los que remiten los textos precedidos por las siglas NF. Se pasan por alto los fragmentos demasiado breves o ilegibles. La inscripción de Enoanda fue traducida y comentada por primera vez en un

magnífico libro, publicado en esta misma editorial, a cargo de García Gual (2014) y con la colaboración de Mireia Movellán Luis, que ha sido de referencia en el mundo hispánico y, en mi caso, una guía básica que he seguido de cerca para el presente trabajo. Aquí, como aportación novedosa, se incluyen algunos fragmentos inéditos en castellano, que no fueron introducidos en aquella edición en su día: en concreto F 14, 52, 68, 108 y NF 129, 131-132, 142, 203. Destaca la adición de fragmentos en las anotaciones a cada lugar, para referencia de los lectores. Los corchetes representan el texto supuesto por el editor Smith. Me he basado también en las interpretaciones de García Gual y Movellán Luis (2016), publicadas en esta misma editorial. Con todo, de cara a una edición para un público general como la presente, no reproduciré el aparato de restituciones y suposiciones del texto, para no cansar a los lectores. Remito al texto de Smith (1993; 2003, para todos los fragmentos precedidos de F) y a los artículos de Hammerstaedt y Smith citados en bibliografía (2008-2012, para todos los fragmentos precedidos de NF).

*Fragmentos epicúreos*

DIÓGENES DE ENOANDA

# Física

## F 1

[Diógenes de Enoanda: Epítome sobre la sensación y la naturaleza.]

## F 2

[La mayoría sufre por las falsas opiniones y no escucha al cuerpo][1] cuando presenta diversos y justos [cargos] contra el alma, arguyendo que es maltratado por el alma y padece siendo arrastrado hacia asuntos que no son necesarios (pues lo que es anhelado por él son cosas pequeñas y fáciles de proveer, a partir de las cuales también el alma puede pasarlo bien y disfrutando a la par; pero lo que es anhelado por el alma es, a la vez, grande y difícil de proveer, además de no beneficiar a nuestra naturaleza, conllevando diversos peligros). Conque —por retomar de nuevo el asunto— al observar a cuantos estaban en tal disposición, tuve piedad de su existencia, derramé lágrimas por su tiempo perdido, y consideré propio de un hombre de bien ayudar, en la medida de mis posibilidades, a las personas sensatas. [Tal es la causa] de esta inscripción... El temor a la muerte ... y a los dioses ... a vosotros..., pero lo que produce la alegría en realidad... no son los teatros, los baños, los perfumes o los ungüentos... que hemos dejado de lado para el vulgo, sino ...

## F 3

[... para los que acusan a la filosofía de no ser útil]. Aunque no participo de la política, digo esto como si me presentara en ella, a través de esta inscripción, tratando de mostrar que lo que conviene a nuestra naturaleza es la imperturbabilidad.[2] Y esto es lo mismo para uno y para todos. Conque, tras haber expuesto la segunda causa de este escrito, ahora me dispongo a presentar todo lo que he estudiado, cómo es y cuál su naturaleza...

En el ocaso de la vida, por mi vejez, casi cuando se va a producir la disolución de la existencia, he querido hacerlo con un hermoso peán... acerca de la plenitud de los placeres, con la finalidad de no retrasarme en ayudar a las personas sensatas. Conque, si uno solo, o dos o tres o cuatro o cinco o seis o cualquier otro número mayor de personas que prefieras, buen hombre, siempre que no sean excesivas, se encontraran azacaneadas, yo mismo me dirigiría a cada cual, una por una, para darles mi mejor consejo. Pues, como he dicho previamente, la mayoría de la gente anda como en una epidemia, enfermos en común por sus falsas opiniones acerca de los asuntos, y cada vez enferman más, pues en sus afanes se van contagiando la enfermedad unos a otros como las ovejas.

Es justo acudir para ayudar también a aquellos que vivirán después de nosotros, pues también ellos nos conciernen, aunque no hayan nacido todavía. Es, aparte de esto, un ejemplo de filantropía el auxiliar[3] a los extranjeros que acudan por aquí. Así pues, como los auxilios de la inscripción serán transmitidos a una multitud, he querido utilizar este pórtico[4] para exponer en público estas medicinas[5] para la salvación. De estas medicinas hemos hecho prueba nosotros mismos. Nos hemos liberado de los temores que nos embargaban en vano y hemos eliminado completamente las penas vanas y hemos delimitado las naturales en total a una parte pequeña, reduciendo su magnitud a lo mínimo.

[...] Algunos de los filósofos, y sobre todo los socráticos, afirman que el estudio de la naturaleza[6] y de los fenómenos celestes es una ocupación excesiva y superflua, y no consideran digno ocuparse de tales cosas.

F 5

[Otros no se] oponen al estudio de la naturaleza, avergonzándose de reconocer esto, pero utilizan otros esquemas de rechazo. Pues, cuando van diciendo que las cosas son incomprehensibles, ¿qué otra cosa están haciendo sino decir que no conviene estudiar la naturaleza? Pues ¿quién elegiría investigar lo que nunca se podría encontrar? Conque Aristóteles y los que con Aristóteles siguen el mismo Perípato dicen que nada es cognoscible científicamente, porque todas las cosas fluyen continuamente y debido a la velocidad de su fluir escapan a nuestra percepción. Pero nosotros reconocemos ese fluir de las cosas y, sin embargo, no que sea tan veloz que la naturaleza de cada suceso resulte en todo momento incomprehensible para los sentidos. Porque entonces en absoluto podrían afirmar quienes sostienen esa opinión [...] lo que ahora dicen, es decir, que esto sea blanco unas veces y esto sea negro otras, y de otra forma que eso no es blanco ni eso negro, si no es que antes han conocido la naturaleza de lo blanco y lo negro. Y en lo que hace a los filósofos llamados «efécticos», como Lácides de Cirene [...].[7]

F 6

[Sobre los primeros cuerpos, que también] son llamados elementos, por una parte, han subsistido desde el principio y son incorruptibles; por otra, producen las cosas (visibles), y cuáles son estas lo explicaremos después de haber invalidado las opiniones de los otros. Por un lado, Heráclito de Éfeso dijo que el fuego era el elemento,[8] Tales el milesio, el agua; Diógenes de Apolonia y

Anaxímenes, el aire; Empédocles de Agrigento, el fuego, el aire, el agua y la tierra; Anaxágoras, las homeomerías de cada cosa, y los de la Estoa, materia y dios. Pero Demócrito el abderita dijo que (el principio) eran las naturalezas indivisibles[9] obrando correctamente. Mas luego erró en algunas cosas sobre ellas. Desde nuestras doctrinas estas serán examinadas. Ahora llamaremos a juicio a los filósofos antedichos, no por ánimo de disputa con ellos con pasión, sino por querer que la verdad quede salva. En primer lugar, con Heráclito, ya que lo hemos puesto el primero por orden. Mal dices, Heráclito, que el fuego es el elemento, porque no es incorruptible, sino que vemos que se destruye él mismo, y tampoco es capaz de generar las cosas...

F 7

[...] no puede [...] del último, que lo conoce. Erróneamente, además, de forma indigna de él también actúa Demócrito cuando afirma que los átomos son los únicos que subsisten entre los entes, pero que todo lo demás solo existe por convención. Porque, según tu razonamiento, Demócrito, no solo es que no podremos hallar la verdad en modo alguno, sino tampoco vivir, ni protegernos del fuego y de la matanza...

F 8

[Nadie puede destruir los principios] sea un dios o sea un humano, sencillamente hay que pensar que son incorruptibles porque, si se corrompieran, según necesidad hacia el no ser [marcharía el universo].

F 9

[...] A menudo las apariciones constituyen naturalezas verdaderas, incluso los espejos me servirán como testigos. Pues, ciertamente, no

ha de confutar lo que afirmo la imagen que prestará juramento en los espejos. Entonces no la contemplaríamos en ellos ni aparecería en absoluto, si no se produjera [...] lo que nos trajera de nuevo la imagen. Así que esto también es prueba de que existe un flujo de cada una de las partículas que es transportada al lugar directamente opuesto. Así se produce el fluir de las imágenes desde las cosas, que, cuando inciden en nuestros ojos, se convierten en la causa de que podamos ver los objetos y que [...] según las impresiones, al menos, las cosas que son vistas por nuestra mirada las comprende el alma. Así, después de las impresiones de las primeras imágenes, queda penetrada de tal manera nuestra naturaleza que, incluso si no están presentes las cosas que vio primero, restan semejantes a las primeras en nuestro intelecto, al ser recibidas sus visiones tanto en la vigilia como en el sueño. Y no nos sorprenda que esto se produzca incluso cuando dormimos. Pues fluye igualmente entonces para nosotros las representaciones[10] también entonces. ¿Y por qué, pues? Cuando dormimos, como todos nuestros sentidos se encuentran como relajados y extinguidos por el sueño, el alma, que está aún despierta y [mas no puede reconocer] la impresión y situación de las cosas que percibe entonces, al recoger en sí misma las representaciones que le llegan, se forma una opinión indemostrada y embustera acerca de ellas, como si estuviera de acuerdo con naturaleza firme de objetos verdaderos. Y es que los medios de prueba de la opinión están dormidos entonces, y estos son los sentidos. Pues la regla de la verdad y el criterio de verdad en cuanto a nuestros sueños continúan siendo estos mismos. Frente a tu razonamiento, Demócrito, ahora contradecimos con estos argumentos, pues la naturaleza de los sueños no es en absoluto enviada por los dioses, como tú afirmas, ni premonitoria, sino que, como afirmo, lo que fabrica los sueños es, más bien, ciertas naturalezas, de forma que así queda confutado el razonamiento sofístico.

... Al dormir... pero no son ilusiones vanas del intelecto las apariciones, como dicen los estoicos. Pues, ciertamente, cuando afirman, por una parte, que son vanas, pese a tener una naturaleza corpórea, y que al ser esta extremadamente leve, no deja impresión alguna en los sentidos, hacen uso de una mala interpretación, ya que sería preciso decir más bien que es corpórea, por muy leve que sea. Mas si es tan vana que no tiene naturaleza corpórea alguna en absoluto —siendo esto sin duda lo que quieren decir, más bien que lo primero—, ¿cómo podría ser esbozada una representación de lo que es vano? ¿Y entonces qué? Las representaciones tienen una composición leve y que escapa al criterio de nuestra vista, pero no es vana. Pues el intelecto...

Así, cuando nos parece que vamos a ser heridos por una espada o arrojados a algún abismo nos echamos atrás por causa del miedo, incluso si estamos en compañía. Sobre estas consideraciones aun... Cuando [entre sueños] tenemos una relación sexual, del mismo modo que en vigilia, no es válido decir que no obtengamos placer de ello porque estemos dormidos. Así pues, no conviene decir que son vanas tales cosas, puesto que está presente en ello semejante energía. Pero, viceversa, aunque no sean vanas, no dejan efecto sensible y racional, y no nos hablan, en efecto, a nosotros, como supone Demócrito. Pues es imposible que se quede así en tejidos tan leves y faltos de naturaleza firme. Esos yerran en sentidos opuestos, los estoicos y Demócrito. Por un lado, los estoicos niegan a las imágenes mentales[11] la energía[12] que poseen, mientras que Demócrito, por otro, les concede la que no tienen. Y en cuanto a la naturaleza de los sueños...

F 11

[Los ancestros] de la persona ... de los mortales nacidos de la tierra, según el presente razonamiento, sumaron esta parte de vigor a su naturaleza...

F 12

[Desde las cuevas que frecuentaban para resguardarse de los fríos inviernos,] con el transcurrir del tiempo, se llegaron a inventar las viviendas para habitar, y desde los cobertores que se hacían para sus cuerpos tapándolos con las hojas de la vegetación o con pieles —pues ya desde entonces mataban animales—, se llegó a la idea de fabricar vestidos —pero aún no tejidos, sino más bien a modo de pellejas o algo así—. Luego, según se progresaba, el tiempo les infundió también, a ellos o a los que vinieron tras ellos, la noción del tejido. Así, para ningún arte ni técnica, y tampoco para las citadas, hay que traer a colación a Atenea ni a ningún otro de los dioses,[13] ya que todas fueron engendradas por las necesidades y en variados casos con el transcurrir del tiempo. Tampoco ocurre en relación con las voces —digo los nombres y los verbos— con las que construyeron sus primeras expresiones las personas nacidas de la tierra, no hemos de traer a colación a Hermes y su magisterio, como sostienen algunos —pues evidentemente es una tontería—, ni hemos de creer a los filósofos que los nombres les fueron impuestos por institución y tradición a las cosas, con la finalidad de que los seres humanos obtuvieran con vistas a la comunicación de unos con otros una manifestación sencilla de sus propios asuntos. Y es que resulta ridículo, y aún más ridículo que todo lo ridículo, y por otra parte imposible, pensar que alguien, siendo un solo individuo, pudiera convocar a una multitud tan grande, pues entonces aún no existían reyes, ni tampoco letras ni signos de sonidos en ninguna parte. Pues sobre estas cosas ... [habría sido imposible] salvo por un decreto, que se produjera una convocatoria de estos, y, por otro lado, incluso si se hubiera reunido, que se las instruyera al modo de un maestro de escuela tras tomar una vara como puntero y que, apuntando a cada cosa, fuera diciendo: «esto se ha de llamar "piedra"», «esto de aquí "madera"», «esto de aquí "ser humano"», o «perro», «vaca», «burro»...

F 13

[Los cuerpos celestes], tras el movimiento de los remolinos del aire, producen un movimiento semejante, pues todos se desplazan fuertemente, pero mientras algunos de ellos entrechocan unos con otros, otros no lo hacen. Unos recorren un curso recto de un punto a otro, mientras que los otros recorren uno circular, como hacen el Sol y la Luna. Los hay que dan vueltas en un mismo círculo, como la Osa, y también, por otra parte, unos que se mueven en la zona alta y otros que lo hacen en la baja. Pues también estas cosas las desconoce la mayoría, porque suponen que el Sol se encuentra tan bajo como parece, aunque no está tan bajo. Porque si así fuera prendería fuego a la Tierra y todas las cosas que hay sobre ella. Lo cierto es que observamos que desciende en apariencia, pero no es él en sí mismo. Que esto quede así establecido.

Pero hablemos de las salidas y las puestas y de lo que les sigue, previniendo antes esto: que quien investiga sobre cosas no manifiestas, si observa diversas maneras posibles de explicarlas, se arriesga cuando se decanta a favor de una única. Pues esto es más propio de un adivino que de un sabio. No obstante, el exponer todas las posibilidades aceptables, por una parte, pero aclarar que unas son más verosímiles que otras, es sin duda el procedimiento correcto. Queda admitido, por consiguiente, que el Sol es una especie de círculo de brasas y extremadamente liviano, que resulta alzado por los aires y funciona a la manera de una fuente, por una parte, del fuego que mana de él y, por otra, del que fluye a partir de su entorno en compuestos de partículas mínimas ... de múltiple composición. De modo ... bastante para el cosmos...

F 14

El granizo se produce por un agregado fino y sutil debido a la [energía espontánea] de lo que lo rodea y [se conforma] bien a partir de un viento que está frío [bien a partir de la nieve].[14]

F 15

[...] Todos los seres humanos... albergan esperanzas... en vano. Pues, aunque les llegan imágenes claras, en cambio, no pueden hallar cómo se originan, por lo que creo que se ven envueltos en zozobras, y entonces llega el convencimiento [de que existe un dios creador].

## F 16

A los más piadosos los tachan de ateos especialmente. Pero llega a ser evidente que no somos nosotros quienes negamos a los dioses, sino otros. Como, por ejemplo, Diágoras de Melos,[15] que tiene algunos otros acólitos, dijo en público que no existen los dioses, combatiendo duramente a los que creen de otra manera. Protágoras de Abdera mantuvo en esencia la misma opinión que Diágoras, pero lo hizo utilizando otras palabras, a fin de evitar su excesiva audacia. Así que dijo que no sabía si los dioses existían. Pero esto es lo mismo que decir que sabe que no existen. Lo cierto es que, si hubiera contestado en su primera declaración «no sé, ciertamente, que no existen», tal vez habría utilizado una suerte de perífrasis para parecer que no eliminaba completamente a los dioses. Pero lo que dijo fue «que ellos existan», y no lo de «que no existan», obrando exactamente de igual manera que Diágoras, quien no dejó nunca de sostener aquello de que sabía que no existían. En definitiva, como digo, entonces, en esencia, Protágoras mantenía la misma opinión que Diágoras.

## F 17

[...] Haciendo subir a Triptólemo[16] en un carro y sometiéndole a los peores padecimientos... Pues, ciertamente, honrando a Zeus, supremo entre todos, y a Deméter como dioses consideramos que no tratan a los hombres como esclavos, sino como amigos.

## F 18

[...] No creamos que los dioses son jueces de los perversos [y los injustos] y de los justos [y los buenos]. O si no [surgirán en nuestras almas] las mayores turbaciones.

## F 19

[Vamos a contradecir ahora a Homero] quien sobre ellos (los dioses) cuenta cotilleos de todo tipo, representando a algunos como adúlteros, a otros cojos, a otros ladrones, o incluso a algunos heridos por los mortales con lanza, además de que invita a los artistas a representarlos como no conviene. Existen estatuas de dioses disparando flechas y otras que los muestran blandiendo un arco. Y así aparece Heracles según Homero. Otros van acompañados de una cohorte de fieras, mientras otros se irritan con los afortunados, como en el caso de Némesis muy a menudo. Pero, antes al contrario, conviene hacer estatuas de dioses contentos y sonrientes, para que ante ellos respondamos con una sonrisa antes que sentir temor.

¿Y entonces qué, amigos nuestros? Veneremos a los dioses como debe hacerse, tanto en las fiestas como en los ritos particulares, tanto en público como en privado, y mantengamos ante ellos las costumbres tradicionales... [y no dejemos que los inmortales sean calumniados] por nosotros [ante el miedo de que son los responsables de nuestras desdichas], llevando [sufrimientos para nosotros] y [otras cargas nuestras] para sí mismos. [Mas invoquémoslos por su nombre...] ...

## NF 167[17]

Me he de ocupar primero de rechazar la calumnia que se nos achaca. Dicen algunos que nuestra doctrina no es conveniente para la vida. Que los seres humanos, incluso en el presente, obran injustamente en cuanto les es posible. Conque, si se liberasen del temor a los dioses, obrarían injustamente con total dedicación, y

todo quedaría perturbado. Los que obran ahora así por naturaleza son quienes no sienten temor de los dioses. (Sería conceder que, si lo tuvieran, no cometerían injusticia.) En lo que a los demás se refiere, declaro que los que relacionan sus argumentos con lo natural no son justos a través de los dioses, sino por observar correctamente qué naturaleza tienen los deseos y también los dolores y la muerte (pues en todas partes y en todo sentido los seres humanos cometen injusticias a causa del dolor o del placer), y, a su vez, las personas normales son justas a causa de las leyes, en la medida en que estas sean justas, y por las penas fijadas por ellas, que penden sobre ellos.

## NF 126[18]

Es evidente que los que cometen injusticia, como no temen las penas impuestas por las leyes, no parecen temerosos de los dioses. Sea concedido esto. Pues si fueran temerosos de ellos, no cometerían injusticia. De todos los otros creo que unos son los sabios que (la razón lo indica) no son justos con vistas a los dioses, sino por pensar correctamente y las doctrinas que poseen sobre ciertas cosas, sobre todo los dolores y la muerte (pues en todas partes y en todo sentido los seres humanos cometen injusticias a causa del dolor o del placer) y, a su vez, las personas normales son justas a causa de las leyes, en la medida en que estas sean justas, y por las penas fijadas por ellas, que penden sobre ellos. Pero incluso si hubiera algunos de entre ellos que fueran bien conscientes a través de los dioses, no de las leyes, serían escasos: incluso solo dos o tres apenas que se puedan hallar entre grandes porciones de las multitudes y ni siquiera esos actuarían con justicia firmemente, pues no se encuentran persuadidos con seguridad sobre la providencia. Una clara señal de que los dioses no pueden prevenir en absoluto la injusticia la proporcionan los pueblos de los judíos y los egipcios quienes, además de ser los más supersticiosos, son los más viles. Pues ¿con respecto a qué dioses iban a ser justos los seres humanos? Pues no lo son ni siquiera respecto de los que existen ni

por temor a los jueces del Hades según Platón y Sócrates.[19] Vaya esto en conclusión. Si no, ¿por qué quienes desprecian las leyes iban a dejar de burlarse todavía más de los mitos? Por consiguiente, en cuanto a la práctica de la justicia, ni nuestra doctrina causa ningún daño ni la doctrina contraria beneficia. Y sobre la disposición de ánimo, la contraria no solo no es beneficiosa, sino que, antes al contrario, daña, mientras que la nuestra no solo no daña, sino que ayuda. Pues esta elimina las perturbaciones mientras la otra las produce, como ya os hemos hecho evidente antes.

## NF 127[20]

El hecho de que nuestra doctrina [no es tan solo útil], sino que además la contraria es dañina, se demostrará abiertamente.

Pues los estoicos dicen que la providencia es la constructora del cosmos y que, a la vez, la divinidad es providente, que ella se cuida de todas las demás cosas y también de los seres humanos. Llegamos primero a este tema: ¿acaso la divinidad modeló el cosmos para sí misma o lo hizo para los seres humanos? Pues es evidente que si lo hizo para sí o para los hombres impulsó esta acción queriendo obtener un provecho. Pues ¿cómo si no de otra manera, es decir, si nada se produce sin una causa, y aún más si esto se hace por obra de una divinidad? Así que observemos ahora qué dicen los estoicos. La divinidad, dicen, lo hizo queriendo tener una ciudad y conciudadanos, y modeló el cosmos como si fuera un exiliado de la ciudad y a los humanos. Pero esta construcción, sin embargo, es una fábula y un invento absurdo, hecho para complacer a los oyentes, y no un razonamiento natural que investigue la verdad y que, a partir de lo verosímil, intente deducir lo que es incierto, lo que resulta evidente por sí mismo.

Por otro lado, ciertamente, haciéndolo como algo bueno para sí mismo, la divinidad moldeó el cosmos y a los seres humanos...

Pues la divinidad es, afirmo, un ser vivo incorruptible y feliz por los siglos de los siglos a la eternidad, en carencia de nada. Entonces, ¿qué dios, si existía desde un tiempo ilimitado, en serenidad durante

miles de años, habría tenido la idea de que le hacía falta una ciudad para sí mismo y también conciudadanos? Se suma a esta ridiculez de que, siendo una divinidad, deba buscar a seres humanos como conciudadanos.

F 20

Es imposible pensar que tuviera necesidad (un dios) de una ciudad y de conciudadanos. Y también sería ridículo que, siendo un dios, buscara tener a seres humanos como conciudadanos. Y aún está esto: si modeló el mundo como un tipo de habitáculo y ciudad para sí mismo, me pregunto dónde vivía antes del cosmos. Pues no hallo una respuesta en el argumento de aquellos que opinan que este único mundo existe desde siempre. Porque durante ese tiempo ilimitado, según parece, el dios de aquellos estuvo sin ciudad y sin casa, y, como si hubiera sido un hombre sin suerte —no digo un dios —, sin tener ciudad ni conciudadanos andaba errante y solitario por doquier. Entonces, en verdad, se cree que la naturaleza divina ha creado todas las cosas para sí misma, se produce esta absurdidad. Y si es a causa de los humanos, otra aún más absurda. Cortemos en dos el argumento: lo que atañe al cosmos y lo que atañe a los humanos por sí mismos. Digamos primero lo que respecta al cosmos. Si todo es apropiado para los humanos y de nada podemos acusar a lo que ha sido pertrechado por la divinidad. Pero acordemos primero...

NF 182[21]

... hablar de las consecuencias de los fenómenos atmosféricos. Que diga alguien: ¿cómo beneficia el rayo a nuestra existencia, en qué no resulta dañino? ¿En qué los relámpagos? ¿En qué los truenos? ¿En qué las tormentas de granizo? ¿En qué los embates y las tempestades de los vientos desmesurados? ¿En qué el curso incontrolado de los astros, y sus tamaños diversos? ¿En qué los

eclipses de Sol y Luna y sus espirales y recorridos oblicuos? ¿En qué la noche, pudiendo descansar durante el día? ¿En qué las extensiones alternas de días y noches? Pues de todos esos fenómenos unos son inútiles y otros incluso dañinos. Tales son los fenómenos celestes.

¿Y qué con respecto a la Tierra? ¿Qué extensión de Libia es inhabitable? ¿Cuánta de la de más allá de los escitas? ¿Cuánta de la región de Asia, cuánta de la India?

## F 21

El mar abarca enormes regiones del cosmos, convirtiendo la tierra habitada en una suerte de península que está repleta de males. Y por encima de todos ellos está el hecho de que su agua no sea potable, sino salada y amarga, como si lo hubiera preparado a propósito la divinidad para que no la beban los seres humanos. Y, aún más, está el llamado mar Muerto, que verdaderamente está muerto —pues ni siquiera es navegable—, y arruina incluso algo de la tierra de los hombres que habitan sus orillas. Porque los perjudica al desbordarse fuertemente y hasta una gran extensión. Luego, tras derramarse, se retira como para guardarse de que puedan trabajar en los campos con el arado.

Tales son las cosas, pues, del cosmos. Pero en cuanto a las de los seres humanos por sí mismos veamos ahora si es que se muestran aparejadas por la mente divina. Empecemos por aquí: ¡qué bello animal, amigos, es el ser humano, racional y previsor ante el futuro, y capaz de una existencia dichosa si conserva una virtud propia y buenas disposiciones de cara a ella! Pero ¿y si este animal no tuviera inteligencia ni virtud noble, como dicen los que suponen esa razón, los estoicos, sino que la insensatez [lo obstaculizara]?

## F 22

[...] Postrémonos ante las imágenes. Como a ciertas personas se las transforma en tiranos, esto les permite cosas terribles. Y aún

mucho más podríamos decir de los soldados que causan grandes tropelías en todo el mundo. Y recordemos a algunas tribus bárbaras... ¿Quién, entonces, Padre Zeus, cuando escucha el argumento de que hay dioses que permiten que tan grandes males atormenten a los hombres...?

F 23

[Pero basta ya], que no es necesario decir más acerca de estos [males] que aguardan en lo oculto. Mas no penséis que desconocemos en cuántas desgracias se enredan algunos por que hacen uso de la ambigüedad y torticera variedad de los oráculos. ¿Es quizá ahora buena ocasión para recordar a propósito los grandes desastres que sufrieron los lacedemonios [por hacer caso al oráculo de Delfos sobre Arcadia]...?

NF 142[22]

[... es imposible] defenderles [completamente] de la destrucción que [se cierne sobre ellos] al transformarse, como dijimos en nuestros razonamientos contra Heráclito y no son más [indestructibles] que aquellos que, en cuanto se transforman [son destruidos evidentemente].

NF 143[23]

[...] Contra Ciro... el país más allá del Halis,[24] que podían gobernar tanto unos como otros. ¿Pues por qué da oráculos (el dios) a los que los quieren contra los que no le han hecho daño alguno, ni grande ni pequeño? Pues esto no es propio de la solemnidad de un dios. Y además acepta regalos... [Creso] deseaba la respuesta délfica, que había conseguido mediante los diezmos del botín de la guerra que había dedicado. Y directamente atacó a Ciro, por donde el dios mismo le envió.

[...] Arquíloco el poeta yámbico...[25]

F 24

Entonces el filósofo de la naturaleza utilizó los argumentos de un dialéctico, intentando aplicar el arte de la interpretación de los sueños y [creyendo en ellos] por completo... Pues dice que Antifonte,[26] preguntado por un corredor que iba a competir en las Olimpiadas, pronosticó que no sería derrotado. Pues aquel, dice, le contó que le pareció ver en sueños que lo perseguía un águila. Cuando le preguntó por ello a Antifonte, este le dijo que... a la pregunta no dijo al corredor que el dios afirmó que sería derrotado y que el águila no debía ser en absoluto causa de preocupación. Si a través de Antifonte este no le había mostrado (al intérprete), que ... Pues según los sueños atestiguan...

F 25

[Al dichoso el desdichado siempre le parece más agitado que él pues...][27]

# Ética

## F 28

Epítome de Diógenes de Enoanda sobre pasiones y [acciones].

## F 29 + NF 207[1]

[Muchos con ambiciones de riqueza o gloria] buscan practicar la filosofía, como si fueran a hallar tales recompensas de particulares o de reyes, o como si creyeran que para ellos la filosofía fuera una adquisición grande y estimada. Mas, aunque ninguna de esas cosas ya dichas se produce en nosotros, no por ello nos lanzamos a esta práctica, sino con miras a ser felices adquiriendo la finalidad anhelada por nuestra naturaleza. ¿Y cuál es esta? Es una cosa que no pueden procurar ni la riqueza ni la fama política, ni la monarquía, ni un régimen de vida suntuoso en la mesa, ni los placeres sexuales más selectos, o ninguna otra cosa, sino la filosofía [que nosotros practicamos]. [Y explicará] el problema...

Hemos preparado por esto la presente inscripción por causa nuestra, sino para vosotros, [de modo que la pongamos a disposición de todos en forma accesible y sin necesidad de enseñanza oral].

Y no es que vaya a ser útil para algunos, sino para todos. Pues para los jóvenes de entre vosotros que comienzan en la vida y están como si se plantaran ante una encrucijada, preocupados acerca de por qué camino caminar, no vaya a ser uno pedregoso y difícil de transitar, nosotros los introduciremos en una avenida; y los que no

son ancianos, pero ya tampoco jóvenes, alejándolos del camino que tienen delante de las opiniones equivocadas, vivirán el tiempo que les quede de su vida correctamente; y a los ya envejecidos que vivan bellamente cuanto aún hayan de vivir. Y el día para el hombre serio...

Máxima de Epicuro (en el borde inferior, fragmentaria):

«El ser feliz e incorruptible no tiene preocupaciones ni las causa a otro, de modo que no está poseído por iras ni por agradecimientos. Pues todas las cosas de este tipo se dan solo en el ser débil.» (= Doctrinas principales I)

F 30

Tiempo... Y en esto nos hemos empeñado aquí mismo a fin de que, incluso estando sentados en casa, expongamos los bienes que procura la filosofía, no solo a todos los de aquí, sino a todas las personas educadas en la lengua de estos. Y, no menos importante, hemos obrado así pensando en los llamados extranjeros, que en verdad no lo son. Pues según cada sección particular de la Tierra, la patria es una para unos y otra para otros, pero en la perspectiva global del cosmos la patria de todos es una sola: la totalidad de la Tierra y una sola familia es todo el universo.

A ninguno de vosotros le exhorto a que testimonie fácilmente y sin considerarlo con detenimiento junto a los que dicen «esta es la verdad». Pues en nada he dictado sentencia, ni siquiera en los asuntos acerca de los dioses, sin un razonamiento. Mas solamente os demando, como vuestro prójimo, que no os sorprendáis ante este escrito como alguien que pasa de largo sin atender lo más mínimo y con desdén [sin cuidarse de leerlo entero...].[2]

Máxima de Epicuro (en el borde inferior, fragmentaria):

«La muerte no es nada para nosotros, porque lo que se ha disuelto no es capaz de sensaciones y lo que no es capaz de sensaciones no es nada para nosotros.» (= Sentencia Vaticana 2)

F 31

[Empecemos, pues, hablando desde el principio de los placeres y por partes...]

F 32

...[este] tan malintencionado como aquel. Analizaré yo ahora la insensatez, en breve la abordaré; pero ahora lo haré con las virtudes y el placer. Señores, si lo que se dirime entre aquellos (los estoicos) y nosotros se centrara en observar «qué es lo que produce la felicidad», y ellos quisieran decir que son las virtudes, lo que acaso podría ser verdadero, no convendría hacer más que reconocerlo conjuntamente y no plantear más temas. Pero, como digo, el problema no es qué es aquello que produce la felicidad, sino más bien en qué consiste ser feliz y hacia qué punto se inclina como fin nuestra naturaleza. Al placer, digo, ahora y siempre, y para todos, griegos y bárbaros, proclamándolo a voz en grito; ese es el objetivo final de la forma excelente de pasar la existencia. En lo que hace a las virtudes, que aquellos exaltan más allá de lo oportuno (pues las trasladan del lugar de la producción al de la finalidad), no son en absoluto un fin, aunque sean medios de producir tal finalidad. Que esto es verdadero, ciertamente, ya lo afirmamos aquí mismo al comenzar. Ahora, si alguien preguntara, aun resultando muy ingenua la pregunta, quién es al que benefician esas virtudes, será evidente que al ser humano. Pues no va a ser a esos pájaros que pasan volando de modo que vuelen bellamente. O cualquiera de los otros animales, a fin de que cumplan su propósito, adelantando la naturaleza que les pertenece y según la que fueron engendrados, porque a causa de su naturaleza lo hacen todo y también según ella son sus propias virtudes.

Cada cual por tanto [...] es un medio de... como si una madre por cualquier razón observa que la naturaleza propia ha sido convocada a este mismo lugar, siendo necesario permitid lo que la reunión ha solicitado [...] que haga y para cada cual...

[...] Hemos de mostrar cuáles de los deseos son naturales y cuáles no. Y que, por lo general, todos cuantos son del primer [grupo se sacian fácilmente...].

Máximas de Epicuro (fragmentos en el margen inferior):

«A fin de tener coraje ante la gente hay bienes según naturaleza en el mando y en la realeza a partir de los cuales es posible procurarse esa sensación.»

«Ningún placer es por sí mismo un mal. Pero los elementos constituyentes de algunos placeres conllevan a veces muchas más molestias que placeres.» (= Doctrinas principales VI y VIII; Sentencias Vaticanas 50)

## NF 192[3]

[...] placeres que están a disposición y confundiendo la gran cantidad de placeres de los licenciosos con el auténtico nombre de la felicidad. Si participamos de cualquier placer...

[Pues cuando decimos que el placer es un bien por naturaleza] no son aquellos, no son aquellos, oh, Zenón, Cleantes y tú, Crisipo,[4] y todos los que siguen vuestro mismo parecer; no declaramos que son un fin los placeres de la mayoría, sino solo aquellos que recientemente hemos definido como un fin.[5] Pues si vosotros también creéis que el fin es la buena disposición de la naturaleza y la más propia a nuestro ser, según el argumento nuestro concordante, pero aborrecéis el nombre de «placer», ¿por qué no nos dijisteis hace tiempo: «Vuestra doctrina es verdadera, amigos, pero habéis usado de mala manera el nombre de "placer"?». Para eso nosotros decimos: «En absoluto lo llamamos con tal nombre como novedad, según la citada disposición, sino que desde un comienzo es una expresión utilizada por todos los griegos».[6]

## F 33

[...] de todas las virtudes... sin tensión... hallar placer, a los sofistas que reconocen...

[...] Y Zenón propone igualmente la doctrina... Como si alguien llamara a la virtud placer, las personas acuden a estas cosas. Mas de nuevo, en otro lugar, pasándoles inadvertida el hambre, no dijeron que... De modo que extienden la virtud como una trampa para cazar personas como si fueran pájaros, y al final arrastran a todos los que han atrapado hacia los nombres de las virtudes, acechando en ocasiones... Pero ahora deseo liberaros del error que os domina sobre tal experiencia y hablaros especialmente sobre vuestro dogma, oh estoicos. Este es algo como que no en todos los temas las causas eficientes anteceden a los efectos, aunque tal cosa ocurre la mayoría de las veces. En ocasiones van primero en el tiempo, aunque en otras se producen en sincronía y aún en otras son posteriores en el tiempo. Así se da en los casos de cauterización y cirugía que estas anteceden a la curación, porque en estos, tras alcanzarse un dolor extremo, sobreviene el placer. Son sincrónicas las causas y los efectos en la toma de alimentos sólidos o líquidos y, además, en las relaciones sexuales. Pues no comemos el alimento y luego disfrutamos, ni bebemos vino y luego disfrutamos, ni eyaculamos el esperma y más tarde disfrutamos, sino que en el mismo momento la acción proporciona sus placeres sin esperar al futuro. Y resulta posterior en el tiempo cuando se esperan elogios después de nuestra aniquilación. Y esto porque quedan personas que disfrutan o acaso porque quedará un recuerdo de su bondad después de su muerte, a pesar de que la causa eficiente de su placer surge más tarde. Conque vosotros, que sois incapaces de distinguir estas diferencias y que ni siquiera sabéis que las virtudes tienen su lugar entre las causas que son síncronas a los efectos (ya que también ellas son simultáneas con el placer), andáis muy errados.

Máxima de Epicuro (fragmentaria, en el margen inferior):

«Si los elementos constituyentes de los placeres de los disolutos los liberasen de los miedos de su mente con respecto a los fenómenos celestes, a la muerte y al sufrimiento, y, aún más, si les enseñasen los límites de los deseos, entonces no tendríamos nada

que reprocharles a ellos, al estar por doquier saciados de placeres y sin tener en ningún momento pesar y dolor, o sea, aquello que constituye el mal.» (= Doctrinas principales 10)

F 34

[...] De la felicidad... esperanza en la elección de ellos... y curación de las emociones erróneas, donde, afirmo, grande es el peligro, pero también lo es el disfrute. Mas hemos de rechazar esos argumentos sofísticos, porque son embusteros e insultantes y maquinados a partir de lo común de las palabras para la perdición de los desdichados seres humanos...

No debemos escapar de cualquier dolor presente, ni elegir cualquier placer, como hace siempre la mayoría. Sino que conviene en cada caso hacer uso del razonamiento, puesto que no siempre la cosa es unívoca. Así como a menudo una inversión garantiza una ganancia y alguna otra que se suma con el tiempo, lo mismo ocurre con el disfrute disfrutar. Pues plantar las semillas no aporta al que las siembra un beneficio muy rápido, sino que algunas ofrecen un fruto pronto y otras [más tarde...].

Mas nosotros investiguemos cómo nuestra vida puede volverse placentera tanto en sus condiciones estables[7] como en nuestras acciones. Digamos algo primero sobre las situaciones duraderas, teniendo esto en mente: que, una vez que se cancelan los sufrimientos que molestan al alma, aparecen en lugar de ellos los que la complacen. ¿Cuáles son las cosas que la molestan? Pues, por una parte, los miedos: a los dioses, a la muerte, a los padecimientos. Pero, aparte de estos, los deseos que exceden los límites naturales. Estas son, ciertamente, las raíces de todos los males, y, si no las extirpamos, brotará una multitud de males.

En cuanto al temor de los dioses...

Máxima de Epicuro (fragmentaria, en el margen inferior):

«El límite de la grandeza de los placeres es la eliminación de todo dolor. Siempre que esté presente el placer, durante el tiempo que

exista, no hay ni dolor ni pena ni la mezcla de las dos cosas.» (= Doctrinas principales 3)

F 35

Ahora bien, ese miedo unas veces es claro y otras turbio. Es claro cuando tratamos de escapar de un mal evidente, como cuando por miedo del fuego nos lanzamos a la muerte. Es turbio cuando el miedo se infiltra en nuestra naturaleza por algo que se presenta a nuestro intelecto y que amenaza...

Máxima de Epicuro (en el margen inferior):
«No habría ningún provecho en conseguir para uno mismo la seguridad entre las gentes si uno anda azacaneado preguntándose qué hay más arriba y debajo de la tierra y, sencillamente, en cuanto significa lo ilimitado.» (= Doctrinas principales 13; Sentencias Vaticanas 72)

F 36

[...] placeres... del mito... y especialmente... de los dioses...

F 37

El alma por naturaleza se presenta como la causa última del vivir y del no vivir. Pues, incluso aunque no contiene el mismo número de átomos que el cuerpo, puestos su componente racional y el no racional juntamente, aun así, de todas maneras, vivifica a la persona en su conjunto y lo mantiene unido, cohesionándolo de la misma manera en que la más pequeña porción de fermento conserva una gran cantidad de leche. De hecho, una señal de la fuerza predominante de esa causa es esta: que a menudo, cuando el cuerpo se encuentra asediado por una larga enfermedad y ha llegado a tal grado de delgadez y debilidad que de él queda solo la

piel junto a los huesos, y parece que su naturaleza está vaciada de vísceras y carente de sangre, con todo, mientras el alma permanezca en él, no deja que perezca el ser vivo. Pero esta no es la única señal de su preeminencia, sino también el hecho de que las amputaciones de pies y manos, e incluso de brazos enteros o de piernas, por medio del fuego o del hierro, no pueden disolver la vida. De tal manera reina el componente anímico en nosotros.

Sin embargo, a veces ocurre que, estando el cuerpo entero y no habiendo sufrido ninguna disminución de su tamaño, pierde su capacidad [de experimentar] sensaciones. Pues [ya nada lo sustenta] si el alma no permanece y [se pierde] la comunión con el cuerpo. Observamos así que mientras se mantiene este componente como guardián, el ser humano vive. Conque la causa última y definitiva del vivir es el alma, según esté unida o separada del cuerpo.

Máxima de Epicuro (en el margen inferior):

«No se puede vivir dulcemente sin vivir sensata, hermosa y justamente; ni vivir sensata, hermosa y justamente sin vivir dulcemente. Aquel a quien esto no le resulta esencial no puede vivir dulcemente.» (= Doctrinas principales 5; Sentencias Vaticanas 5; primera frase en Carta a Meneceo 132)

F 38

[...] debe entenderse como una parte [del ser vivo]; pues por sí misma no es capaz el alma de existir, por mucho que sobre ello parlotee Platón, y también los estoicos, ni [tampoco el cuerpo tiene sensaciones cuando el alma lo abandona].

F 39

[...] ¿Cómo entonces, oh Platón,[8] se va a producir esa incorruptibilidad tuya? ¿O cómo va a ser incorruptible en común...?

Los estoicos —pues también en esto quieren decir más novedades que otros— afirman sencillamente que las almas no son incorruptibles. Y ya afirman que las de los hombres simples se destruyen directamente tras la separación del cuerpo, pero que las de los hombres sabios perduran, aunque también se destruyan en algún momento. Podéis percibir lo inverosímil a la vista de tales cosas. Como si no tuvieran la misma mortalidad los no sabios y los sabios, incluso cuando unos y otros se diferencien por su capacidad de raciocinio, hacen esta afirmación. Pero yo me sorprendo aún más por esta [obstinación]. ¿Cómo, si para el alma no hay capacidad de pervivencia una vez separada del cuerpo, [pervivirá], digamos, la más mínima porción de tiempo...?

Máxima de Epicuro (fragmentaria, en el margen inferior):

«De entre los deseos, unos son naturales y necesarios; otros naturales y no necesarios; y otros aún no son ni naturales ni necesarios, sino que nacen de la vana opinión.» (= Doctrinas principales 29; Sentencias Vaticanas 20)

F 40

[y tampoco creemos que el alma] trans[migra y no] muere, [como los órfic]os y no solo Pitágoras, [que parecen enloquecidos].[9]

Máxima de Epicuro (fragmentaria, en el margen inferior):

«Si no refieres en toda sazón cada cosa que haces a la finalidad de la naturaleza, sino que te desvías hacia alguna otra, bien sea para perseguirlo o para evitarlo, tus acciones no estarán de acuerdo con tus razones.» (= Doctrinas principales 25)

F 41

[...] No como afirman los discípulos de Empédocles y de Pitágoras...

## F 42

[...] Sostiene que las almas transmigran de unos cuerpos a otros cuerpos cuando los primeros son destruidos y eso sucede hasta lo ilimitado, de modo que uno debería preguntarle: «Empédocles, si las almas pueden pervivir por sí mismas y no necesitan añadirse a la naturaleza de un ser vivo y en virtud de eso pueden transmigrar, ¿qué las capacita para la transmigración? Porque en el tiempo intermedio, durante el cual se produce el trasladarse a la naturaleza del ser vivo, estarán turbadas en su totalidad. Pero si de alguna manera pueden pervivir sin un cuerpo, ¿por qué les proporcionas problemas especialmente a ellas, arrastrándolas y haciéndolas transmigrar de un ser vivo a otro? [...] Simplemente sería mejor figurarse a las almas incorruptibles por sí mismas y no lanzarlas a un largo periplo cíclico, de modo que ese embuste tuyo tan extremo pareciera algo más solemne. O si no, Empédocles, desconfiaremos de tantas transmigraciones...».

Máxima de Epicuro (fragmentos en el margen inferior):

«Cuando el dolor es pequeño no suprime el placer, y cuando es muy grande no perdura.» (No atestiguada en otra parte.)

## NF 129[10]

Pues en absoluto cuando estemos muertos habrá para nosotros lamentos o gemidos ni ríos subterráneos y otras cosas tremebundas, como dicen los mitos. Nada es para nosotros, al estar ausente la sensación, la muerte, como ya he dicho antes de estas líneas y como de nuevo directamente continuaré asegurando. Pues para nosotros (los epicúreos) la mortalidad...

## F 43

[Las imágenes de los sueños no son ilusiones] como piensan muy erróneamente los estoicos. Porque estas poseen también la naturaleza de las imágenes corpóreas y de las impresiones, de una forma semejante a todas esas cosas visibles cuyas emanaciones nos las transmiten, como he mostrado en el epígrafe anterior a este, al aclarar los argumentos sobre los ensueños. Así pues, esas imágenes de ningún modo son percibidas por los sentidos, como supuso Demócrito, porque están construidas por átomos ligeros y visibles tan solo a la mente. Si adoptan una forma semejante a las cosas ante las que se regocija nuestra naturaleza, complacerán al alma sobremanera. Pero si tienen la de aquellas ante las que nuestra naturaleza se enajena, llenarán de gran turbación y miedo a cualquier persona, y la moverán a sobresaltos en su corazón.

Máxima de Epicuro (fragmentaria, en el margen inferior):

«En cuanto a los seres vivos que no pudieron acordar pactos sobre el no hacerse daño unos a otros ni sufrir daño, para ellos nada hay justo o injusto. E igualmente ocurre también en cuanto a todos aquellos pueblos que no pudieron o no quisieron acordar tales pactos sobre el no dañar ni sufrir daño.» (= Doctrinas principales 32)

## F 44-45

[El alma encuentra] sufrimientos mucho mayores a la causa que se los ha generado. También con una chispa pequeña se prende un gran fuego, tan enorme que abrasa por completo puertos y ciudades. Pero resulta difícil de concebir para la mayoría la preeminencia de los dolores anímicos, porque no hay ocasión de experimentar una comparación en algún momento de los extremos de unos y otros (de los dolores del alma y los del cuerpo, me refiero) por darse eso raramente alguna vez y, cuando sucede, nos arrebata la existencia. No se encuentra un criterio para decidir la preeminencia de uno sobre otro, sino que, cuando uno está por casualidad en medio de los sufrimientos corporales dice que estos

son mayores que los anímicos, pero cuando lo está entre los del alma, dice que son mayores que aquellos. Y es que siempre los (dolores) presentes son más evidentes que los ausentes, y cada cual está presto, sea por necesidad o por placer, a reconocer la preeminencia del sufrimiento que lo embarga. Pero el hombre sabio reflexiona sobre eso tan difícil de concebir para la mayoría, a partir de otras muchas [razones...], en su discurrir sobre las cosas futuras, no menos que sobre las de ahora. Los demás, turbados por sus pasiones anímicas, quedan confundidos y [se abstienen a veces de la nutrición]. Esos ... añaden padecimientos corporales a los del alma...

Máxima de Epicuro (fragmentos en el margen inferior):

«No dura el dolor en la carne, sino que tanto el más agudo como el más leve están presentes cierto tiempo, mientras que el intermedio, que supera al placer en cuanto a la carne, puede durar muchos días. Las enfermedades que duran mucho presentan un placer en la carne superior al dolor.» (= Doctrinas principales 4; Sentencias Vaticanas. 3)

F 46

El experimentar dolor y aflicción a la par... [¿lo anula el placer?].

Máxima de Epicuro (fragmentos en el margen inferior):

«Siempre que esté presente el placer, durante el tiempo que exista, no hay ni dolor ni pena ni la mezcla de las dos cosas.» (= Doctrinas principales 3)

F 47

[Tampoco creemos] nosotros que [estas desgracias] produzcan tales dolores. Pues de alguna manera, por Heracles, si alguien necesita tener una imagen del dolor, si uno es alcanzado por un rayo o si se le cae encima una roca de cuatro pies, veloz como un

pensamiento, o si se le corta la cabeza con una espada tan rápidamente como un sueño [... casi no hay dolor, pues muere inmediatamente sin darle siquiera] tiempo para gritar «¡ay de mí!» arrebatando con su gran golpe los padecimientos del alma. Conque afirmo que los accidentes más extremos y los que no quedan muy por debajo de estos, ninguno de los dos sucede introduciendo grandes padecimientos en el cuerpo [y para nosotros no son en absoluto de temer]. Porque si [el dolor] se inclina hacia lo más fuerte ya no pervive mucho, sino que se extrema y se transforma en un tiempo muy breve. Y cuando cede, encamina al ser vivo hacia la salud. ¿Entonces qué hay en ello, por los doce dioses, de terrible? ¿O qué acusación justa podemos hacer contra la naturaleza, si después de haber vivido ya tantos años y tantos meses y tantos días [le llega a uno su último momento]?

[Ni una ni otra cosa son desgracias: ni lo primero, el mal que llegando a lo extremo no persiste mucho tiempo, tras lo cual le alcanzará a uno la muerte y] al instante le sigue la insensibilidad total, o bien pronto le llegará la curación [y quedará su vida salva]. Incluso en las enfermedades más extremas, las que en sí mismas [han de padecerse], ¿por qué, además, convendría [angustiarse]?

Máxima de Epicuro (fragmentaria, en el margen inferior):

[«La voz de la carne es no pasar hambre, ni sed, ni frío. Pues quien tenga estas cosas y espere tenerlas en lo sucesivo,] rivalizaría [en felicidad incluso con Zeus]. Y los alimentos sencillos [proporcionan el mismo placer que una dieta suntuosa una vez que se ha eliminado el daño ligado a su carencia. Y el pan y el agua ofrecen el placer extremo cuando se proporcionan a alguien que los necesita»]. (= Sentencias Vaticanas 33 y Carta a Meneceo 130-131)

## F 48

Hay tres tipos de padecimientos: el que sucede por la carencia de algo en nosotros, el que se produce en los nervios o en los huesos (ya sea por golpes o sin causa aparente), y el que se produce a

partir de las enfermedades. De todos ellos es posible huir en cuanto que la naturaleza puede rehuirlos. Sobre la carencia ya se ha hablado más arriba, sobre las heridas y daños parecidos basta con esto...

F 49

Incluso aunque yo no hubiera demostrado nada acerca de la naturaleza de los placeres y no hubiera evidenciado nada, ellos mismos, ciertamente, ponen de manifiesto su propia naturaleza hacia nosotros [...] En cuanto a los placeres del cuerpo el alma los acepta como causa eficiente de esta [felicidad]. Pues nuestra naturaleza hace uso de aquello que es lo mejor para nuestra alma. Y, aún más, queda evidenciado que el alma tiene más capacidad que el cuerpo, porque mantiene su hegemonía más elevada y la preeminencia sobre las demás emociones, como hemos demostrado más arriba. Conque si, atendiendo a las razones de Aristipo,[11] nos cuidamos del cuerpo, en cuanto a todo lo placentero mediante bebidas, comidas, generación y, sencillamente, eligiendo todo cuanto ya no [va a darnos placer una vez experimentado, y no nos cuidamos del alma, perderemos los mayores placeres].

Máxima de Epicuro (fragmentaria, en el margen inferior):

«Muy poco que ver con el sabio tiene la fortuna, pues las mayores y más importantes cosas se las proporcionó su razonamiento y continuamente durante su tiempo de su vida se las administra y se las administrará.» (= Doctrinas principales 16)

F 50

[Al buscar un esquema básico] propusieron como raíz del bien los placeres del estómago. Pero, como son dominados por otros deseos, quienes los poseen se dañan a sí mismos por a través de sus añadidos.

## NF 146[12]

[Se nos ofrece para nuestro alimento, aunque bastaría] con una masa de cebada sería por naturaleza, suficiente, muchas cosas que no son precisamente desagradables para tomar, y una cama que no combate nuestro cuerpo con su dureza y una vestimenta ni demasiado suave ni demasiado dura como para que la naturaleza no nos aparte de ella... como nosotros mismos vestiríamos... una tela acorde con nuestra constitución.

De hecho, esas cosas, y aún otras mucho mejores que estas, son sencillas de conseguir, de manera que disfrutemos de una [vida] de continuo refinamiento y para otros a la vez una beneficiosa ayuda en su necesidad y ... Y adquirir ... a través de la abundancia de los razonamientos correctos, que son una sobre todo para quienes están bien dispuestos a compartir a gusto lo que han obtenido. Y por eso y por ese modo de vivir [epicúreo], que solo él es el mejor, se llega a ser una persona civilizada.[13]

## F 51

[Ni la fama, ni la monarquía, ni la riqueza] son causas eficientes del placer. Conque el filósofo no ansía el mando ni el poder de Alejandro, o aún más de lo que él tenía, porque contra la naturaleza [no desea nada vano].

## F 52[14]

... la adivinación...

## F 53

¿Por qué, pues, el que sucedan ciertas cosas constituye un signo del poder de la adivinación más que el que no sucedan de su falta

de sostén? Pues absurdo sería, según pienso.

F 54

... [con los que combaten] ... [y se portan así]. [Según dicen, es imposible escapar] a la necesidad... el error... Pero es evidente que no. Pues si rechazamos la adivinación, ¿qué otra señal queda del hado? Pues si alguno usara el argumento de Demócrito, que va diciendo que para los átomos no hay movimiento libre en el continuo entrechocar mutuo, y que de eso se desprende que todo se mueva por necesidad, le replicaremos a este: «¿No sabes tú, quienquiera que seas, que para los átomos existe un movimiento libre que Demócrito no halló, pero que Epicuro sacó a luz, y que consiste en su desviación,[15] tal y como demuestra a partir de los fenómenos?». Pero esto lo más importante: si uno cree en el hado, cancelará así toda acusación o recompensa y ni siquiera a los malvados [sería posible castigarlos justamente, pues no serían responsables de sus crímenes].

Máxima de Epicuro (fragmentaria, en el margen inferior):
«Incluso si el tiempo fuera causa eficiente de placer hasta lo ilimitado, no podría aumentarlo hasta lo ilimitado.» (No atestiguada en otro lugar.)

F 56

[Así que no encontramos la sabiduría en cualquier lugar], porque no todos son capaces de ella. Pero si suponemos que posible, entonces cómo de verdaderamente se trasladaría la existencia de los dioses entre los seres humanos. Pues todo estará repleto de justicia y humanismo. Y no se producirá la necesidad de tener murallas ni leyes ni todo aquello de lo que nos pertrechamos para protegernos unos de otros. En cuanto al sustento necesario de la agricultura, como entonces no tendremos esclavos, nosotros mismos

empuñaremos las herramientas y cultivaremos y cuidaremos de las plantas, desviaremos los ríos y recogeremos [las cosechas]. Y habrá pausas oportunas en la práctica constante y conjunta de la filosofía. Pues las tareas agrícolas nos proporcionarán todo lo que la naturaleza demanda...

Máxima de Epicuro (fragmentaria, en el margen inferior):

«No todo ser vivo es capaz de llegar a pactos para no dañar ni ser dañado.» (No atestiguada en otro lugar.)

# CARTA A ANTÍPATRO

## F 62

Diógenes saluda a Antípatro.

De tu buena disposición hacia mí, Antípatro, me has dado ya señales a menudo a través de las letras que me mandaste hace poco y aún antes, cuando te exhortaba de corazón a la filosofía, en la que tú, especialmente, si haces uso de ella, vives la existencia más dulce con los mejores pensamientos. Pues estoy muy deseoso de reunirme de nuevo contigo y con los demás amigos de Atenas, Cálcide y Tebas, y supongo que todos vosotros sentís lo mismo. Y te escribo esta carta aquí mismo desde Rodas, adonde no hace mucho llegué de viaje, al principio del invierno, desde mi patria.[16]

## F 63

[... comenzó] a cubrirse de nieve nuestra tierra. Así pues, intentaré, como te iba diciendo, ahora que estoy especialmente animado por las ventajas de mi anhelado viaje, salir a vuestro encuentro en cuanto termine el invierno, navegando primero hacia Atenas o hacia Cálcide y Beocia. Pero al ser aún incierto este extremo, por lo inestable de mis variados negocios y, además, por

mi vejez, te escribo sobre lo ilimitado de los mundos, como me solicitaste. Has tenido buena suerte en este tema, pues antes de que llegara tu carta, Teodoro de Lindos, compañero nuestro a quien no desconoces, que todavía está iniciándose en el filosofar, trató acerca del mismo asunto. Pero mucho mejor articulado quedó esto al tratarlo entre nosotros dos en presencia. Pues los acuerdos de uno con otro y los debates —y todavía más las preguntas— hicieron más exacto el objeto de la investigación. Así que, por eso, Antípatro, te envié este diálogo, para que, igual que si hubieras estado presente tú mismo, lo mismo que Teodóridas, concuerdes, por un lado, en unas cosas e inquieras, por otro, acerca de las que te presenten dudas. El principio fue aproximadamente así: «Oh Diógenes, dijo Teodóridas, que es verdadera la doctrina de Epicuro sobre lo ilimitado de los mundos» [...].

F 65

Me río totalmente de esto y he dejado de lado los argumentos que nos diste por parte de quienes van diciendo que el mundo es... Nosotros, en cambio ... de modo que no dejes la tierra abierta y la llenes de...

F 66

[Ahora la prueba] de su argumentación pidámosla a los que nos contradicen. Digamos a esos individuos: «¿Qué estáis diciendo, amigos, cuando afirmáis que la Tierra es algo ilimitado de tal modo? ¿Tal vez ... delimitáis la Tierra en su extensión por arriba, describiendo el círculo del cielo, y que, empezando desde ahí, la extendéis a la región de abajo hasta lo ilimitado, desdeñando a la par a todos, tanto particulares como filósofos, los que opinan que por arriba y por abajo, alrededor de la Tierra, se mueven en círculo los astros, y apartando, por otro lado, el Sol hacia los márgenes [del cosmos] y desde los márgenes de nuevo lo reintroducís? ¿Acaso no decís eso de que hay una sola [tierra ...]?».

F 67

[...] Por consiguiente, si estuvieran limitadas las naturalezas atómicas supuestas por nosotros en cuanto a la cantidad y, por las causas que hemos mencionado, se hallaran por casualidad incapaces de reunirse (pues ya no hay otras naturalezas que, rodeando su cantidad, las sostuvieran desde abajo y desde los márgenes las empujaran a congregarse), ¿cómo producirían los objetos, alejados unos de los otros? De modo que ni siquiera existiría este cosmos si (las naturalezas atómicas) fueran limitadas, pues no podrían llegar a reunirse.

## CARTA A DIONISIO (Y A CARO)

F 68[17]

... reuniendo... oh, Dionisio y ... en un periodo ... indeterminado ... de los fenómenos...

F 69

[La corriente se disuelve paulatinamente en el aire]. Tras recibir golpes, entonces, se vacía. Por la gran extensión de tierra no es capaz de conservar la disposición y posición de los átomos. Pues, ciertamente, las bien moldeadas corrientes de los átomos que se desplazan a modo de ligeros celajes tienen por sí mismas, en cambio, cierta consistencia y están edificadas por naturaleza a partir de cierta materia, igual que esas naturalezas atómicas también por su naturaleza. Al menos sucede que uno que espera imágenes[18] cuadrangulares les reprocha (a sus impresiones) su falsedad porque no recibe la visión de formas cuadrangulares ya que en su representación a través del aire nos llegan como [redondas]. Ahí entonces [uno no sabe], como es verosímil, que las imágenes

que emanan a partir de la torre van siendo modeladas por el aire, pero lo ve mejor más adelante...

F 70

[Atended para esto] a nosotros, o, de forma lamentable, será necesario prolongar los argumentos sobre ellos. Pues incluso si os habéis olvidado de la doctrina que antes hemos explicado a Ávito, acaso recordéis que la regla para las acciones es las experiencias de placer o de molestia a las que es preciso mirar para discernir tanto la aversión de unas como la persecución de otras. Pero, si la recordáis, ¿qué os ha pasado, oh, felices amigos, para impulsaros hacia una acción semejante, de la que se han derivado experiencias molestas para Nicérato y desagradables para vosotros por causa de las desgracias de aquel? Pues si decís que mantenéis la doctrina, y, por otra parte, la decisión del envío a este hombre a nosotros, o de no enviarlo, y de lo que debéis hacer vosotros ahora, en la circunstancia de que estéis equivocados... nosotros ... estabais equivocados... extremo... Nicérato. [...] La falta de salidas de este tema ha quedado manifiesta, de modo que luego podamos saber que debe hacerse.

F 71

El azar puede salirnos al encuentro y causar males, pero raramente. Pues no encuentra materia, como el fuego, con la que prender. Sobre esto, al considerarlo Epicuro, no quiso cancelar el azar de nuestros asuntos (pues le resultaba forzado e impropio de la solemnidad de un filósofo engañar evidentemente sobre un asunto tan manifiesto a la vista de todos), mas no pocas veces lo llamó insignificante.[19] De manera que la disposición anímica del sabio puede mostrar frente a la adversidad del azar que, según parece, escasamente actúa con fuerza. Como dice el hijo de Neocles:[20] «Escasamente golpea el azar y obstaculiza al sabio, pues

su razón gobierna y gobernó los asuntos más grandes e importantes».

F 72

[...] marchó... a las rocas... de los otros ... en el frío... de las rocas, de las que ya no podía arrancarlo el mar y quebrarlo de nuevo.[21] Se quedó, como es natural, un tiempo y vomitó. Tras caer sobre las piedras afiladas por las olas resultó herido. Luego, paulatinamente, se recuperó del mal. Y a medida que las arremetidas intermitentes de las olas iban pausando, quedó a salvo en tierra firme, con gran fatiga, y totalmente agotado. Sobre un escarpado promontorio estuvo tumbado y así transcurrió el día y pasando aun la noche, y otro día más hasta el atardecer, derrumbado por el hambre y las heridas. Sabemos ya que lo espontáneo[22] bien muestra lo que vosotros podéis estimar como más propio. Conque no murió vuestro heraldo, el que os salvó, pues por casualidad...

F 73

Te sigo en estas cosas que dices sobre la muerte y me has convencido en lo que a burlarme de ella se refiere. Pues no tengo ningún miedo de los Ticios y Tántalos,[23] a los que algunos pintan en el Hades, ni me da por temblar al tener en mente la descomposición del cuerpo, convencido de que no existe sufrimiento para nosotros cuando el alma [deja de sentir], y no hay nada más. Por esto es preciso que diga, desde ahora, que: «Seré privado de la vida y abandonaré [los placeres que me ofrecía aquí, de los que nadie siente nostalgia] después de la destrucción».[24] [Pues entonces ni una esperanza firme ni añoranza queda para quien ha dejado atrás todas sus posesiones, que también van a corromperse sin remedio. Pues para los muertos nada es la muerte.]

F 74

[...] ¡Qué te apena, por Atenea! Pues ¿cómo no va a ser propio de un hombre serio conversar consigo mismo y decirse estas cosas: «Soy un ser humano y cabe aceptar que yo sufra, pues esto es de carne y por esto, y eso y lo otro es imposible que deje de suceder»? Así que en cualquier ocasión se ha de conservar en la memoria lo natural de nuestros padecimientos, y que es algo muy previsible y prefijado en nuestro compás.

(Los fragmentos 75-96 son en su mayoría ilegibles o contienen palabras sueltas que es difícil contextualizar.)

# MÁXIMAS

F 97

[Todos los seres humanos pueden ayudarse por sí mismos, auxiliados por nosotros, y eliminar por completo sus desgracias y vencer sus sufrimientos y miedos.]

F 98

El rayo se genera por una intensa explosión de las nubes al desgarrarlas a la par el viento y un fuego compacto.

El terremoto se genera a partir de una presión violenta de los vientos dentro de la Tierra, entre otras cosas.

F 99

No hay que asombrarse de que en la estación estival se presente el granizo. Porque, aunque hay nieve también entonces, pasa inadvertida, pero permanece en capas ligeras y puede formar

granizo. De semejante manera también hay aire frío, más entre los elementos del cielo...

NF 155[25]

Aunque Platón hizo bien al reconocer que el cosmos tenía un origen, incluso si no hizo bien al suponerle un demiurgo, en vez de usar a la naturaleza como creadora; e hizo mal al decir que era incorruptible.

NF 130[26]

Dulce llega a ser la vida cuando no hay temor a la muerte... Pues [el mito del Tártaro es vano]. La muerte es risible, pues es como una máscara que asusta a los niños; y es que, en efecto, ellos creen que muerde, pero no muerde.

F 105

Los más agudos de los dolores no pueden prolongarse. Pues o bien al consumir pronto la vida, se consumen también ellos mismos, o bien adquieren una disminución de su agudeza.

F 106

A proferir gritos de dolor, lamentándose por los padecimientos, nos obliga la naturaleza. Pero el quejarse de que no consigamos lo que gozan aquellos que tienen buena salud va contra la naturaleza.

F 107

Hay tres clases de disfrutes...

F 108[27]

No es más provechosa la riqueza que va contra natura que el agua para un recipiente que está a rebosar.

Nos es posible mirar [sin envidia] las posesiones de los demás y obtener de ellas un placer más puro que el de aquellos; pues [estamos liberados de las apetencias].

F 109

La comida y bebida suntuosa... en absoluto [causan] un incólume y sereno hábito [para el cuerpo].

NF 157[28]

[Con la vestimenta, a fin de hallar el mayor disfrute,] mantenla totalmente sencilla, [sin] trenzar, y a su vez el propio [cuerpo], tanto en caso de una figura mejor como en el de una peor, como es...

F 111

[... puede] indicarnos cuáles de los deseos son naturales y cuáles son vanos.

No es la naturaleza, siendo única para todos, la que hace a los nobles y a los innobles, sino sus acciones y disposiciones de ánimo.

F 112

Lo principal de la felicidad es nuestra disposición de ánimo,[29] de la que somos dueños. La milicia es dura por estar subordinado a otros. La retórica está llena de agitación y turbación por si uno es capaz de persuadir. ¿Por qué entonces perseguir una ocupación tal, en la que otros tienen el poder?

## NF 131[30]

[Los vanos deseos], como los de gloria y los de la misma clase, no solo son vanos, sino que además de ser vanos son difíciles de obtener. No se diferencia mucho de beber mucho y seguir teniendo siempre sed. El haber conquistado Pella,[31] pero con remordimiento, [es una ganancia en vano].

## NF 132[32]

Pocas veces la casualidad decide el curso de la vida, lo que llamamos fortuna,[33] y de la mayoría de las cosas tenemos nosotros el control.

## F 113

No hay nada que produzca tanto buen ánimo[34] como no ocuparse de muchas cosas ni intentar trabajos difíciles, ni forzarnos a hacer cosas que están más allá de nuestras fuerzas pues todo esto genera perturbaciones a la naturaleza.

## F 116

[...] A vosotros y a los que vendrán después de vosotros... a fin de persuadiros... con la emoción acompañada de una continua práctica de las virtudes. Porque aquí está el medio para la salvación. Y si aún no habéis llegado al conocimiento de estas cosas, os dejamos grabadas en piedra todas estas letras.

## NF 184[35]

Uno debe hacer el presente perfecto y no vivir de cara a lo restante por venir diciendo: «Hasta que me suceda esto y lo otro».

Pues ¿[qué] faltará que requiera este [anhelo]?

NF 186[36]

... [Intentaré ayudarles (?)] de cualquier forma y como pueda. No tenemos nada mejor, como sabes, que ofrecerles a ellas que nuestros propios bienes. Pues, en efecto, ya han podido, por casualidad, gustar de las palabras de Epicuro, mas ciertamente no en tal manera que [la turbación] que les aqueja [haya desaparecido].

NF 197[37]

[Si la providencia fuera apropiada a la naturaleza de los dioses, ¿cómo] podríamos no desear que existiera? Pero como no es apropiada no podemos introducirla.

NF 209[38]

Así como no se puede morir dos veces, tampoco lo es vivir dos veces. Hay que tener buen ánimo al morir, pues no solo quedamos privados de los bienes, sino también de los males. ¡Que tengáis salud!

## A LA FAMILIA Y A LOS AMIGOS

F 117

Yo, Diógenes, a los parientes, familiares y amigos les recomiendo esto:

Estoy tan enfermo que ahora se me presenta el momento decisivo acerca de si aún voy a vivir o si voy a abandonar ya la vida (pues me

aflige mi dolencia cardíaca). Si salgo adelante con gusto aceptaré el tiempo que se me conceda vivir todavía. Pero si no salgo adelante [no me recibiré la muerte con desagrado].

F 119

Oh, amigos, [confío que] tengáis salud [en el alma] al dirigiros [estas palabras]. ¿Que por qué lo digo? ¿Qué son estas medicinas? La inscripción, oh queridísimos, nos ofrece a nosotros mismos, y también a otros, su ayuda. [...]

He hecho esto deseoso de ayudar especialmente a los que están con nosotros, si acaso pasean a menudo ante este pórtico, pero también para proporcionarme a mí mismo para auxiliar a los extranjeros que estén de paso, como amigo de la humanidad.[39] Así, sabedor con exactitud de que el conocimiento de las cosas que he manifestado en las líneas de más abajo, de las que son por naturaleza y las que corresponden a nuestros sentimientos, [nace la serenidad, estoy seguro de que dejo inscritos aquí los remedios de la salvación].

F 121

... Ser ... inscripción... seguir a los que tienen firmes cimientos de la disposición intelectual... [...] proporcionar un alimento de leche cuajada hasta que nos recuperemos con seguridad. Y es que esa leche cuajada, con vistas a [salir] de esta peligrosa situación...

F 122

Escribir... mujer... [...] y estoy convencido de que me recuperaré mejor con la recomendación de tu parte, queridísimo Meneas, a ella; gracias a tu buena disposición hacia mí y a tu cuidado, y al del admirable Caro y a nuestro Dionisio durante todo el tiempo de nuestra estancia en Rodas. Que estéis bien.

# CARTA A LA MADRE[40] (EPICURO)

## F 125

Conviene que te hagas una exacta y fiel idea de estas cosas. Pues las imágenes mentales de quienes están ausentes, alejados de nuestra visión, provocan en el alma una enorme turbación. Pero si reflexionas sobre toda esta cuestión de manera precisa, aprenderás que son exactamente semejantes las de los ausentes a las de los presentes. Porque no son sensoriales, sino mentales y tienen por sí mismas la misma capacidad que las visibles, la misma que tenían al presentarse cuando estaban a la vista. Conque en cuanto a estas cosas, madre, ten buen ánimo y no consideres negativas esas visiones. Tras contemplarlas pon en tu ánimo que cada día conseguimos algún bien en nuestro progreso hacia la felicidad más grande. Pues no son pequeñas ni carentes de importancia estas cosas que hacen nuestra disposición de ánimo semejante a la de un dios y evidencian que no somos inferiores por nuestra mortalidad a la naturaleza incorruptible y dichosa (*scil.* de los dioses). Y es que mientras vivimos, al igual que los dioses, nos alegramos [y sabemos que la muerte no significa nada para nosotros y que cuando muramos no experimentaremos sensaciones].[41]

## F 126

[Hay quien teme la muerte porque supone la pérdida de los bienes de la vida, pero es un temor vano: cada persona, privada de los bienes, estará] igualmente [afligida si] percibe su pérdida. Pero si no la percibe, ¿qué perdida sufre? Tras estas cosas buenas, reflexiona, madre, que nosotros nos complacemos con ellas continuamente, y alégrate por cómo nos va. Entonces ahórrate, por Zeus, las contribuciones que nos mandas todo el tiempo. No deseo que a ti te falte algo para que yo tenga de sobra, y antes prefiero que me falte algo a mí y no a ti. En todo caso estoy generosamente servido de

todo, gracias a los amigos y al continuo dinero que me envía mi padre, quien hace poco me ha enviado nueve minas a través de Cleón. Por lo tanto, no conviene que os preocupéis por mí ninguno de los dos, sino más bien disfrutar cada uno de la compañía del otro.

F 127

Abrirás los caminos de la extrañeza por nuestra congregación y dejarás de lado los discursos retóricos para escuchar algo de nuestras doctrinas. A partir de ahí confiamos en que llamarás lo más rápidamente a las puertas de la filosofía...

F 128

[¿Cuál es pues la ganancia], Dositeo, [en apegarte] al [capricho de tu hijo, por] Dioniso? [...] en verdad...

F 129

Pues dirá bien el que afirme que en nada se diferencia esto de aquello. Pero eso no es posible decirlo en cuanto a la pobreza y la riqueza. En efecto, vemos muchas cosas que van aparejadas a la riqueza, pero no existen igualmente en la pobreza, y otras se van aparejadas a la pobreza y no se están en la riqueza.

[Conque los estoicos se encuentran en dificultades cuando hablan] al ser ignorantes de las diferencias; [Pues el argumento] de ellos no entiende que la riqueza es cosa [superior y preferible] y la pobreza lo contrario...

F 130

No son de provecho, aunque sean divertidos..., son terribles.[42] De manera que, como dije, en cualquier ocasión es útil el filosofar, así

que haz uso de nuestras doctrinas, y no te apartes ya nunca de ellas.

F 133

... sufre el dolor mínimo... procura el placer más rápido.

## SOBRE LA VEJEZ[43]

F 137

Epítome de Diógenes de Enoanda contra los que afirman que la vejez es mala.

F 138

A menudo, jóvenes, me he indignado por Heracles, con quienes todavía no han envejecido [pero ya se creen capaces de reprochar grandemente a la vejez, en la opinión de que acarrea muchos males para el ser humano]. Así han avanzado tanto en su educación[44] que no solo elogian al poeta Hesíodo cuando dice [«en el funesto umbral de la vejez», sino que ...].

F 139

[pues que perezcan] ellos como Cleobis y Bitón.[45] Conque, amigos, que no experimentéis como la mayoría...

F 141

«Dormitar suavemente: esta es la retribución de los ancianos.» Pero al menos yo digo: aunque el cuerpo haya envejecido, la inteligencia de la persona [aún se está firme].

F 142

[y dicen los poetas que el anciano], aunque no pueda ser de útil en cuanto a su cuerpo, vence con sus palabras. Al indagar sobre la mejor opinión [en la asamblea, tras hablar Néstor, según Homero, dijo: «Ciertamente, anciano, en la asamblea superas a todos los hijos de los aqueos». Y antes de la asamblea, como cuenta] el mismo [Homero], «en la asamblea sentó en primera fila a los magnánimos ancianos». [Y también en otros versos]: «Ya por su vejez del combate licenciados, mas nobles oradores». Y a esto de Homero se añade el dicho del tragediógrafo [Sófocles]...[46]

NF 203[47]

Por esta misma razón Homero [poéticamente] dijo que ella (la voz del anciano Néstor), frente a la cólera en Ilión, fluía más dulce que la miel.

F 143

[...] armas que no son en absoluto suficientes frente a los padecimientos y la ira creciente del Pelida...[48]

Y si conviene que uno se defienda, según dice el lírico Alcmán, la excelencia está en hacerlo con palabras más que con la fuerza bruta. Yo, por mi parte,...

F 144

Los padecimientos de la tos apenas molestan a quien [sufre de una larga enfermedad].

F 145

Aquello que se me presenta al momento y primero es esto directamente. Si, por un lado, alguien llama ceguera al nublarse los ojos de los ancianos, está exagerando...

[No es un problema exclusivo de los ancianos], aunque ocurre de alguna manera de forma ocasional, cuando desean [captar] algo, [no son capaces;] es algo común también para los jóvenes. Ciertamente [lo que ocurre raramente] ...

NF 133[49]

[No es la vejez] lo que consigue, si bien esto ocurre raramente, que aunque quieran no puedan ver con claridad. Efectivamente esto también sucede en común con algunos jóvenes; que, aunque ellos deseen ver algo con claridad, no pueden hacerlo por ciertas causas, y tienen entonces no menos sino incluso más molestias que los ancianos.

[... ni estos últimos] ni los otros. Pues ambos (*scil.* jóvenes y ancianos) ven la luz incluso si los ya envejecidos algo menos. Y en cuanto a la dureza de oído [...]

F 146

[Los viejos no se enfadan por la comparación] con el elefante causada por la excesiva lentitud de movimientos de su cuerpo, según me parece, incluso si por esta causa se oyen llamar torpes. [Pues el elefante parece inteligente, tranquilo y longevo... Y en cuanto a la debilidad del cuerpo estas razones ya son suficientes.] Pero en cuanto a los desvaríos, ya que hay también otros que los sufren, se debe decir, primero, que...

Después, no hemos de ignorar que el desvarío no se produce a causa de la vejez, sino por alguna otra causa que se produce a partir de la naturaleza.

F 147

Pues hay muchos de nosotros que han llegado a muy ancianos y han llegado a los cien años de edad sin haber experimentado ninguno de los males que se han dicho, sino que se conservaron en posesión de sus sentidos hasta el último día de sus vidas. Pero yo, al extractar estas cosas, contestaré a quienes reprochan a los ancianos por necesidad...

F 148

... Este hombre no ... los trabajos ... y la fama ... a ellos... lo mismo.

De modo que sin... ni por naturaleza los dolores ... del cuerpo ...

F 149

[... la ausencia de pasiones] no es en absoluto un argumento contra los viejos. Pues, por lo general, cuando no hay apetencia de las cosas, tampoco por causa de ellas surge espontáneamente dolor, salvo que alguien verdaderamente desvaríe al desear afligirse por el propio hecho de carecer de la emoción del deseo...

F 150

... el gusto [...] conque el placer hace la vida dichosa y es digno de nuestra naturaleza.

F 151

De modo que el placer, cuando no hay interrupciones presentes, se muestra espontáneamente sin dañar en nada a la naturaleza. Pues los alimentos húmedos...

NF 211[50]

[Si los ancianos no pueden comer ya sólidos, no se indignan al saber] que los huecos en su dentadura, aunque son evidentes inmediatamente, no dañan a su naturaleza. Pues [pueden disfrutar tomando alimentos líquidos...].

F 152

[...] Tanteando, ni siquiera en una de esas cosas encuentran lo que quieren encontrar [ni ciegamente tienen éxito al obtener...].

Esperando especialmente encontrar en la riqueza una vida fácil de vivir, se arrojan con entusiasmo hacia ella. Pero después, cuando ya se han vuelto ricos, se irritan al no encontrar lo que esperaban. Muchas veces, ciertamente...

F 153

[...] ha quedado demostrado; de los deseos unos son vanos y otros naturales. Los naturales, por su parte, anhelan todas aquellas cosas que son necesarias para el goce de nuestra naturaleza. Y los vanos, por otra...

¿Qué diría alguien de los legendarios tesoros de Creso, de sus pilas de oro o de los ríos que fluían con oro para él? ¿Qué fue, oh, Zeus padre, de todas esas [riquezas]?

F 154

Si tú dices: «Así que, Diógenes, si ni siquiera en la riqueza se encuentra la vida feliz por parte del ser humano, ¿cómo se hace placentera nuestra vida?» [te diré... sabio... turbaciones...].

F 155

Lo natural es fácilmente alcanzable, pero es difícil de conseguir lo vano. Y, además de esto, jóvenes, grande es la ganancia de vivir en la indigencia, más que en la riqueza.

F 156

... cree... la filosofía... [...] Pues algunos, turbiamente, le reprochan al momento lo agraciado de lo que quieren [escoger los placeres]. Y luego lanzan su acusación contra la naturaleza...

F 157

... serio... y bajo el poder del anciano... [...] y ahora mientras todavía vivimos... antes no ser. Pues velozmente se destruye la estirpe de los humanos... en comunidad.

F 161

[...] tal y como suponen los estoicos. De mayores cosas a nuestra naturaleza acusan, al humillar el cuerpo...

El experimentar sensaciones, el concebir una idea y el emitir palabras es impracticable sin el cuerpo. Conque conviene estimar en mucho a los cuerpos...

F 173

[...] Epicuro no está de acuerdo con estas cosas. Pues es que no dice que el hombre feliz... En cambio, Demócrito de Abdera...

F 176

En fin, un hombre sabio lo juzga todo fácilmente según sus emociones y sus sensaciones.

# Bibliografía


ACOSTA, Eduardo (ed.) (2008), Francisco de Quevedo, *Defensa de Epicuro contra la común opinión*, Tecnos, Madrid.

ÁLVAREZ, Alberto Enrique (2016), *El Gnomologium Vaticanum y la filosofía de Epicuro*, UAM, Madrid.

ARRIGHETTI, Graziano (1960), *Epicuro, Opere*, Einaudi, Turín.

ARRIGHETTI, Graziano y Marcello Gigante (1977), «Frammenti del libro undicesimo "Della natura" di Epicuro (PHerc. 1042)», *Cronache Ercolenesi*, 7, pp. 5-8.

DORANDI, Tiziano (ed.) (2013), *Diogenes Laertius: Lives of Eminent Philosophers*, Cambridge, Cambridge University Press.

GARCÍA GUAL, Carlos y Eduardo Acosta (1974), *Epicuro, Ética, La génesis de una moral utilitaria*, Barral, Barcelona.

GARCÍA GUAL, Carlos (1981), *Epicuro*, Alianza, Madrid.

GARCÍA GUAL, Carlos y María Jesús Imaz (2008), *La filosofía helenística*, Síntesis, Madrid.

GARCÍA GUAL, Carlos, Emilio Lledó y Pierre Hadot (2013), *Filosofía para la felicidad. Epicuro*, Errata Naturae, Madrid.

GARCÍA GUAL, Carlos (2016), *El sabio camino hacia la felicidad: Diógenes de Enoanda y el gran mural epicúreo* (con la colaboración de Mireia Movellán Luis), Ariel, Barcelona.

GARCÍA GUAL, Carlos (2021), *Demócrito*. *La ética del buen ánimo. Fragmentos y comentarios*, KRK Ediciones, Oviedo.

GREENBLATT, Stephen (2012), *El giro. De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno*, Crítica, Barcelona (ed. orig. *The Swerve: How the World Became Modern*, W. W. Norton & Co., Nueva York, 2011).

HADOT, Pierre (2006), *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*, Siruela, Madrid (ed. orig. *Exercices spirituels et philosophie*

*antique*, Études Augustiniennes, París, 1981).
HADOT, Pierre (2009), *La filosofía como forma de vida*, Alpha Decay, Barcelona (ed. orig*. La philosophie comme manière de vivre,* Albin Michel, París, 2002).
HAMMERSTAEDT, Jürgen y Martin Ferguson Smith (2008), «Diogenes of Oinoanda: the discoveries of 2008 (NF 142-167)», *Epigraphica Anatolica*, 41, pp. 1-37.
HAMMERSTAEDT, Jürgen y Martin Ferguson Smith (2009), «Diogenes of Oinoanda: the discoveries of 2009 (NF 167-181)», *Epigraphica Anatolica*, 42, pp. 1-38.
HAMMERSTAEDT, Jürgen y Martin Ferguson Smith (2011), «Diogenes of Oinoanda: the discoveries of 2011» (NF 191-205, and additions to NF 127 and 130), *Epigraphica Anatolica*, 44, pp. 79-114.
HAMMERSTAEDT, Jürgen y Martin Ferguson Smith (2012), «Diogenes of Oinoanda: new discoveries of NF 206-212 and new light on "old fragments"», *Epigraphica Anatolica*, 45, pp. 1-37.
JUFRESA, Montserrat (ed.) (1991), *Epicuro* (con la colaboración de Montserrat Camps y Francesca Mestre), Tecnos, Madrid.
LLEDÓ, Emilio (2015), *El epicureísmo*, Taurus, Madrid.
LONG, Herbert S. (ed.) (1964), *Diogenis Laertii Vitae philosophorum*, 2 tomos, Clarendon Press, Oxford.
MARCOVICH, Miroslav (ed.) (1999), Diogenes Laërtius, *Vitae philosophorum*, Bibliotheca Teubneriana, vol. I-II: Vitae philosophorum & Excerpta Byzantina, Stutgardiae et Lipsiae, Teubner.
MAS, Salvador (2018), *Epicuro, epicúreos y el epicureísmo en Roma*, UNED, Madrid.
MAS, Salvador (2021), *Poesía y filosofía en la Villa de los Papiros*, Biblioteca Nueva, Madrid.
MCMAHON, Darrin M. (2006), *Happiness: A History*, Atlantic Monthly Press, Nueva York.
MENSCH, Pamela (ed.) (2018), *Diogenes Laertius, Lives of the Eminent Philosophers*, Nueva York, NY, Oxford University Press.
REALE, Giovanni (ed.) (2005), Diogene Laerzio, *Vite e dottrine dei più celebri filosofi*, Bompiani, Milán.

SENARD, Charles (2023), *Ser estoico no basta. Sabiduría epicúrea para vivir el presente*, Rosamerón, Barcelona (ed. orig. *Carpe diem. Petite initiation à la sagesse épicurienne*, Belles Lettres, París, 2022).
SMITH, Martin Ferguson (ed.) (1993), Diogenes of Oenoanda, *The Epicurean Inscription*, Bibliopolis, Nápoles.
SMITH, Martin Ferguson (ed.) (2003), *Supplement to Diogenes of Oinoanda*, Bibliopolis, Nápoles.
USENER, Hermann (1887), *Epicurea*, Teubner, Leipzig [trad. it. Ilaria Ramelli, *Epicurea: Testi di Epicuro e testimonianze epicuree nell'edizione di Hermann Usener*, Bompiani, Milán, 2002].
VARA, José (ed.) (2005), *Epicuro. Obras completas*, Ediciones Cátedra, Madrid.
WILSON, Catherine (2008), *Epicureanism at the Origins of Mod-ernity*, Oxford University Press, Oxford.
WILSON, Catherine (2020), *Cómo ser un epicúreo: una filosofía para la vida moderna*, Ariel, Barcelona (ed. orig. *How to Be an Epicurean: The Ancient Art of Living Well*, Basic Books, Nueva York, 2019).
WOTKE, Karl y Hermann Usener (1888), «Epikurische Spruch-sammlung», *Wiener Studien*, 10.2, pp. 175-199.
ZANKER, Paul (1995), *Die Maske des Sokrates. Das Bild des Intellek-tuellen in der antiken Kunst*, Beck, Múnich.

# Notas

## Invitación a la lectura Epicuro y su llamada a la felicidad en nuestro tiempo

1. No me gusta demasiado traducir este término por «felicidad»: quizá «vida buena» o «plenitud» serían más acertados. Es sabido que, para los griegos, solo los dioses inmortales pueden ser «felices» (*makares–makarioi*), nosotros, los mortales, solo podemos llegar a gozar de la *eudamonía*, es decir, «tener un buen *daimon*». De todos modos, la felicidad es un concepto ciertamente cambiante y escurridizo, como hace no mucho estudió Darrin M. McMahon en un interesante ensayo (*Happiness: A History*, Nueva York, Atlantic Monthly Press, 2006). Muy a menudo esta idea tiene mucho que ver con la época y con la idiosincrasia de cada lengua o cultura: ya sea con un origen en la fertilidad y en la infancia (*felicitas*), ya en aquello que «ocurre» (*happens*), a veces casualmente (*happiness*), en la suerte o el azar (*Glück*) o en la buena sazón (*bonheur*).

## Vida, obra y textos esenciales de Epicuro según Diógenes Laercio

1. Estos textos, que recogen las pocas palabras literales de Epicuro que se han transmitido, serán fácilmente localizables para el lector con la guía de la numeración original. Adicionalmente se destacarán con un título y con la mención de autoría de Epicuro.

## Genealogía, bibliografía y noticias ciertas y falsas sobre su filosofía

1. Arconte de Atenas, así se fechaba entre los griegos.
2. El hecho de que los esclavos fueran admitidos en la escuela de Epicuro es un rasgo distintivo y señala la universalidad de su filosofía.
3. Desde muy pronto, su escuela fue objeto de calumnias y tuvo una fama negativa, por su comportamiento alternativo, en la ciudad y entre las otras escuelas, sobre todo de los estoicos y los platónicos.

4. Parece que una supuesta pasión erótica descontrolada por muchas mujeres, y por algún muchacho, es el motivo de crítica en la tradición de las diversas obras que surgieron contra Epicuro, en línea con esta mala reputación. Pero ello oculta, sin duda, que su escuela admitía a mujeres, lo que era escandaloso para muchos.

5. La frase es filológicamente tortuosa, como recuerda Reale 2005, 1481, n. 22. Seguimos a Marcovich, pero la conjetura de Usener es posible: «¡Váyase al diantre! También él, en efecto...».

6. *Lerokritos* en el original (*leros* es «basura»).

7. *Sannidoros* en el original (*sannion* es una forma de llamar al miembro viril).

8. Prefiero aquí separarme de la edición de Marcovich y adoptar la antigua conjetura de Reinesius en referencia a esta escuela filosófica.

9. Así se llamaba la escuela de Epicuro.

10. *Koinà ta philon*, según lo que se transmite en las biografías de Pitágoras.

11. Este epigrama aparece en la *Antología planudea* IV 43.

12. *Chaire*, saludo habitual en griego, en realidad quiere decir: «Alégrate».

13. *Eu prattein* y *spoudaios zen*, que se convertirán en saludos epicúreos.

14. En el año 341 a. C.

15. En *Antología palatina* VII 106.

16. La fiesta de *Eikas*, por *eikosi*, «veinte» en griego, se celebraba los días veinte de cada mes y era una celebración vitalista en memoria del maestro Epicuro y de Metrodoro. Era un día, en general, sagrado para los griegos, en la religión de Apolo y Deméter. Se volvió tan típico de los epicúreos que también fueron conocidos como los «eikadistas» («los del día veinte»). En el humanismo y en el epicureísmo posterior también se celebró el día.

17. Ya que Metrodoro, destinado a ser su sucesor, había muerto antes que el maestro.

18. Esta carta refleja la bonhomía de Epicuro en el momento de su muerte, como el testamento anterior ha recogido sus disposiciones favorables a amigos, discípulos y esclavos. Nótese la especial atención hacia estos, que se recordaba en la Antigüedad, y los destinos de sus rentas para favorecer a los hijos mejores de los miembros de su círculo. La escena es polémica en la filosofía posterior: recoge la carta Cicerón, que la hace dirigida a Hermarco, y contrapone críticamente la muerte de alguien que rechazaba la gloria y la trascendencia del alma con su propia visión en *De finibus* II, 96-97: *Epicurus «beatus» sibi videtur esse moriens. Magna laus. «Compensabatur —inquit— cum summis doloribus laetitia»*.

19. Metrodoro (331 a. C.-277 a. C.) era el elegido para ser su sucesor, un filósofo más sensualista que Epicuro cuya obra solo fragmentaria, como la del maestro, dejó sin embargo influencia en romanos como Cicerón y Séneca. Por otra parte, el texto presenta alguna dificultad filológica que ha

dado lugar a discusión. Seguimos la edición de Marcovich (1999, 724), que introduce una conjunción copulativa y entiende los cuatro nombres como de diversos filósofos. Otros editores, en cambio, entienden que aquí se proporciona la genealogía de Metrodoro de diversas formas, por ejemplo, tomando Ateneo como nombre del padre o como adjetivo «ateniense», o leyendo Sande como nombre de la madre (cf. Reale 2005, 1483, nn. 53-55).

20. La rivalidad estoico-epicúrea se extendía a todos los niveles.

21. Llama la atención el clamoroso naufragio de toda la obra de Epicuro, salvo los pocos textos que aquí se transmiten, señal de la *damnatio memoriae* de los siglos con respecto a su escuela, que fue el blanco de la animadversión de numerosos rivales.

22. Esta manera de actuar y de dirigirse al lector de Diógenes Laercio, el biógrafo de Epicuro, muestra el interés personal que tenía en las doctrinas de la escuela epicúrea, frente a otras que reúne en sus *Vidas y opiniones de filósofos ilustres*.

23. Traduzco así *prólepsis*. Sobre este concepto epicúreo, aclara García Gual (1981, 84): «Una función mucho menos pasiva en el acto de conocer es la que desempeña la prólepsis, que podemos traducir como "preconcepción" o "anticipación". No se trata aquí de algo como la intuición previa o algo así como una idea innata, un concepto "a priori", como algunos han sostenido. La prólepsis es una imagen mental o un concepto general producido por el recuerdo de impresiones repetidas de un determinado objeto».

24. Hay una laguna en el texto señalada por Marcovich.

25. «Cuerpos y lugar», según la edición de Usener, «átomos y vacío», en Long.

26. *Átoma*, en el original griego.

27. *Ápeiron* es un término bien conocido desde Anaximandro, pero me resisto a traducir, como en otras versiones castellanas, por «infinito», para no inducir a error. Es obvio que esa sustancia primordial o *arché* que resulta indefinida e ilimitada (*peras* es el límite) no es el infinito en un sentido moderno, tal y como lo conceptualiza en el siglo XVII John Wallis (tampoco en la antigua India se llega a esa teorización). Por eso traduciré como ilimitado, aunque a veces sea sinónimo de lo cósmico o lo universal en Epicuro.

28. Nueva glosa o interpolación.

29. Glosa que incluye aquí Marcovich en vez de al final de 40.

30. Glosa en los manuscritos. Con el texto de más abajo se refiere al parágrafo 56.

31. Glosa en los manuscritos. Con el texto de más abajo se refiere al parágrafo 61.

32. Laguna para Marcovich. En la edición de Usener va tras «eternidad».

33. Traduzco así *typoi* en griego, como moldes o imágenes arquetípicas.

34. *Eidola*, en griego.

35. *Typoi*, de nuevo.
36. Glosa, de nuevo, marcada por el editor. El pasaje es problemático,
37. Laguna señalada por Usener y Marcovich.
38. *Symptomata*, en griego.
39. Nueva glosa apuntada por Usener.
40. Nueva laguna apuntada por Usener y Marcovich.
41. Nueva laguna. Usamos la sugerencia de reintegración de Usener.
42. La famosa ataraxia epicúrea.
43. De nuevo, la *ataraxia* en griego.
44. Los átomos, traduciendo la palabra griega.
45. *Metakosmos*, en el original.
46. Este pasaje parece provenir de un escolio, pero es relevante para el conocimiento de la obra perdida de Epicuro sobre la naturaleza.
47. Laguna.
48. De nuevo, la ataraxia.
49. Texto corrupto y reconstruido de forma diferente por cada editor. Sigo a Marcovich.
50. De nuevo, texto filológicamente problemático en el que seguimos a nuestro editor más reciente.
51. Seguimos el texto de Marcovich: otros editores prefieren omitir esta frase por considerarla contradictoria con la célebre afirmación anterior.
52. Laguna.
53. Otra traducción posible es «se alegrará más que los otros en la contemplación de las fiestas» o «de los espectáculos». *Theoría*, del verbo *theorao* («contemplar»), es algo que se contempla, y puede ser tanto un espectáculo público (sobre todo religioso) como, en un sentido filosófico, una especulación teórica.
54. Segura interpolación que no tiene que ver con el pensamiento de Epicuro.
55. Teognis 425-427.
56. De nuevo, el *terminus technicus* es ataraxia.
57. Laguna, con texto corrupto, señalada por Usener y Marcovich.
58. Los epicúreos distinguían dos placeres: el cinético, que se da en movimiento, y que se relaciona con los placeres físicos (por ejemplo, la comida) o mentales (por ejemplo, la alegría) que implican acción o transformación. Por otro lado, el placer catastemático se da sin movimiento o sin transformación y también pueden ser físicos (por ejemplo, no tener sed, que no implica cambio) o mentales (no tener miedo). En el ideal epicúreo del placer catastemático se llega a obtener la ausencia completa de dolor (*aponía*) y la ausencia de completa turbación (*ataraxia*). Los cirenaicos, en cambio, difieren de esta visión y solo se centran en los placeres cinéticos, que implican movimiento o cambio.

59. La túnica envenenada que le envía su esposa Deyanira, engañada por el centauro Neso, y que se adhiere a su piel y lo abrasa provocándole un dolor que, al final, le hará inmolarse en la pira del monte Eta, como narra Séneca en una célebre tragedia.

60. Cita de la tragedia *Traquinias* de Sófocles (versos 787-788).

61. Juego de palabras intraducible entre *agogé* (crianza, educación...) y *diagogé* (guía, cruce...).

62. Glosa para los editores, que incluimos en la traducción.

63. *Sarx*, en griego «carne», equivale a lo que llamamos «cuerpo» (*soma*) en el epicureísmo (de Epicuro a Diógenes de Enoanda). Cuerpo y alma son materiales en la doctrina, porque ambos están formados de átomos (siendo más finos los del alma).

64. *Physiologia*, en griego. Recuérdese que los filósofos, desde los llamados presocráticos, son por excelencia los «estudiosos de la naturaleza», es decir, de la *physis*, tanto humana como de su marco más amplio posible.

65. Escolio añadido a los manuscritos.

66. Epígrafe complejo y de difícil comprensión, aunque no haya lagunas o corrupciones del texto marcadas por nuestros editores.

## Las 81 sentencias vaticanas. EPICURO

1. O comunes, según testimonios de Diógenes Laercio y Porfirio.

2. Verso de la tradición épica referido a la sabiduría profética.

3. Seguimos la edición de Usener.

4. Canto en honor de Apolo.

5. Evidentemente, se trata de la añeja metáfora de la vida como un viaje que acaba en la muerte. La comparte Epicuro, entre otros muchos filósofos, con un estoico como Epicteto, en un célebre pasaje de su Manual (7): «Cuando viajas en barco, este fondea en algún momento y desembarcas [...], sin embargo, has de tener la mente fija en el barco y continuamente volverte hacia él, no sea que te llame el capitán, y, si te llama, hay que dejarlo todo de prisa».

6. Traduzco así *makarismós*, pero la palabra más tarde la popularizarían los Evangelios cristianos como «bienaventuranza». Como se recordaba en la introducción, nadie sino la divinidad puede ser feliz (*makar*) y los mortales solo pueden aspirar a la *eudamonía*, o tener un buen *daimon*.

7. Utilizo una adición de Usener.

8. Texto corrupto.

## Física

1. Texto supuesto. La inscripción es fragmentaria. Reconstruyo siguiendo a nuestro editor Smith.

2. La ataraxia.

3. El verbo griego *epikourein* recuerda inmediatamente a Epicuro, servidor y auxilio del género humano. En cuanto a la filantropía de Diógenes, cf. la introducción. La palabra aparece más adelante (F 119) y más arriba en Diog. Laer. X 10, recordando cómo se mostraba el propio Epicuro.

4. Una *stoa*, en griego, donde se situaba la inscripción. De la *Stoa poikile* en Atenas tomó su nombre la escuela estoica.

5. La filosofía como medicina del alma (*phármakon*) con vistas a la salvación (*sotería*) es un tópico de varias escuelas helenísticas, en especial del epicureísmo, siguiendo el símil de la enfermedad. «Vana es la palabra del filósofo que no remedia ningún sufrimiento del hombre. Pues así como no es útil la medicina si no suprime las enfermedades del cuerpo, tampoco así la filosofía si no suprime los padecimientos del alma» (fr. 221 Usener).

6. La *physiología*, es decir, lo que hacían los primeros filósofos griegos en sus libros *Sobre la naturaleza* (*Peri physeos*).

7. Se refiere a los escépticos de esta escuela, que no opinan y que se oponen a los dogmáticos (Diog. Laer. I 16).

8. La palabra griega es *stoicheion*, pero se refiere a la *arché* presocrática, el principio fundamental de que se compone la *physis* o naturaleza.

9. O «atómicas», en griego *physeis atomous*. *Átomo* significa «indivisible», «no segmentable».

10. Traduzco así desde *eidola* en griego, que da el castellano «ídolo». El otro término utilizado es *phasma*, una visión o imagen. Para la teoría epicúrea al respecto puede verse más arriba la Carta a Heródoto 58-61.

11. Traduzco así *phantasía*, elemento clave de la gnoseología helenística y neoplatónica, que no debe nunca traducirse, para evitar errores, como el castellano «fantasía».

12. *Dynamis*, también traducible como «capacidad».

13. El otro dios al que se atribuyen tradicionalmente las técnicas es Hefesto. Para los orígenes de la civilización, cf. también más arriba la Carta a Heródoto 75-76.

14. Fragmento no incluido en García Gual 2014. Véase parágrafo 106-107 del texto de Diógenes Laercio.

15. Sofista y poeta griego famoso por su ateísmo, discípulo de Demócrito. Para Sexto Empírico este comenzó al ver salir impune a un enemigo que había cometido perjurio en un juicio jurando ante los dioses ser inocente. Contó los secretos de los misterios eleusinos, lo que estaba prohibido, lo que le valió una condena a muerte, por lo que tuvo que exiliarse de Atenas.

16. Triptólemo, hijo de los reyes de Eleusis, Celeo y Metanira, según el mito fue el introductor del cereal a instancias de la diosa Deméter.

17. Hammerstaedt y Smith 2009, 7. Se lee junto al siguiente, que fue publicado antes, para tener un sentido completo.

18. Smith 2003, 76-80.

19. En el *Gorgias* de Platón (523a-524a7) está la escena que narra Sócrates del juicio de las almas en el más allá, con los jueces Minos, Éaco y Radamantis.

20. *Ibid*.

21. Hammerstaedt y Smith 2010, 9-10.

22. Hammerstaedt y Smith 2008, 5. Fragmento no incluido en García Gual 2014.

23. Hammerstaedt y Smith 2008, 7.

24. Referencia al famoso oráculo a Creso transmitido por Heródoto I 53: se le dijo al rey de Lidia que si cruzaba el río Halis un gran imperio caería. Creso interpretó que era el de su rival persa Ciro, pero acabó por ser el suyo propio.

25. El primer gran lírico griego, en ocasiones muy filosófico, recomienda conocer el «ritmo» de la existencia (fr. 67).

26. Antifonte era poeta y sofista, rival de Sócrates, al que se atribuye el tratado *Sobre la interpretación de los sueños* (*Peri kriseos oneiron*). Para la anécdota, véase Cicerón, *Sobre la adivinación* II 144. Hay que recordar que el epicureísmo es la única gran filosofía que no creía en la adivinación.

27. Casi enteramente reconstruido.

## Ética

1. Hammerstaedt y Smith 2012, 12.

2. Dirigirse a los paseantes para que no ignoren lo escrito en piedra ante ellos es típico de las inscripciones antiguas. Aquí Diógenes pasa del discurso filosófico en la ficción de que esta inscripción es un libro de papiro, al discurso típicamente epigráfico, con interpelación a los que leen de paso el texto.

3. Hammerstaedt y Smith 2011, 91-92.

4. Las tres grandes cabezas del estoicismo antiguo.

5. *Telos*, en griego. La gran pregunta ética desde Aristóteles gira en torno a la finalidad del ser humano.

6. O «por Epicuro», según otra interpretación.

7. Los llamados placeres catastemáticos. La distinción epicúrea entre estos placeres y los energéticos o momentáneos es muy importante, como se ve más arriba en la nota a DL 156.

8. No hay que olvidar que Epicuro fue discípulo en primer lugar del platónico Pánfilo antes de partir de reformular la filosofía de Demócrito para

crear su propio camino. Muestra conocimiento y rivalidad en todo momento con respecto a los diálogos de Platón.

9. Es claro el rechazo a las doctrinas sobre el alma pitagórico-platónicas en todo lo conservado del epicureísmo. La filiación Pitágoras-Platón queda clara en la doxografía de Diógenes Laercio desde el comienzo de sus *Vidas y opiniones de filósofos ilustres*. En cuanto a la reencarnación, igualmente rechaza la visión de Empédocles (fr. 42).

10. Smith 2003, 102. Fragmento no incluido en García Gual 2014.

11. Comparación evidente entre hedonismo y epicureísmo.

12. Hammerstaedt y Smith, 2008, 14.

13. Traducimos así el griego *asteios*, relacionado con la ciudad, un adjetivo que puede ser traducido también como «culto», «sofisticado» o incluso «divertido» (significado con el que ha pasado al griego moderno).

14. Fragmento poco legible pero que incluimos, frente a García Gual 2014, por entender que el texto reconocible sirve de transición al tema tratado en las siguientes líneas.

15. La *parenklisis*, teoría epicúrea que hace avanzar el atomismo de Demócrito (Lucrecio lo traduce como *clinamen*), explicando la desviación impredecible que sufren los átomos. Véase la introducción.

16. Se ha postulado, dentro de la carencia total de información biográfica sobre Diógenes de Enoanda, que pasaba los inviernos en una villa en Rodas, escapando del duro clima del interior de Licia, y que era parte de una red de epicúreos de su tiempo, viajando por diversos lugares de Grecia. Nada sabemos tampoco a ciencia cierta de sus amigos, a los que se dirige o a los que menciona en las cartas.

17. Fragmento poco legible pero que incluimos, frente a García Gual 2014, por entender que el texto reconocible sirve de transición al tema tratado en las siguientes líneas.

18. En griego, *typous*, es decir, imágenes entendidas como huellas o impresiones de un molde, en este caso producidas por las naturalezas indivisibles o «atómicas». Se intenta explicar así por qué las formas pueden variar de figura al ser percibidas a distancia.

19. Frente a los estoicos, que rechazaban la incidencia del azar en nuestros asuntos, prefiriendo ver una providencia de la razón universal o una conexión de todo el cosmos, los epicúreos dejaban algo de espacio al azar. No olvidemos que la diosa *Tyche* o Fortuna tendrá gran relevancia en el mundo helenístico.

20. Epicuro.

21. Hablando del azar, estos fragmentos parecen referirse a Epicuro, náufrago como un nuevo Odiseo (el tema del naufragio es clave en la literatura griega, de Homero a san Pablo). Hay noticias acerca de un naufragio de Epicuro en Plutarco (Mor. 1090e).

22. *To automaton*, otra forma de referirse al azar.

23. Ambos sufrieron míticos castigos eternos por su impiedad en el Hades —como también Sísifo, con su roca, e Ixión con su rueda de fuego—, Tántalo no podía comer frutos que pendían de un árbol ni beber, sumergido rígidamente en las aguas hasta el cuello, y el hígado de Ticio era devorado por dos buitres y luego se regeneraba.

24. Quizá una cita de Epicuro.

25. Hammerstaedt y Smith, 2008, 25.

26. Hammerstaedt y Smith, 2011, 103.

27. No incluido en García Gual 2014.

28. Hammerstaedt y Smith 2008, 28. Reconstrucción de Smith.

29. La *diathesis* es la disposición, esencial para el autocontrol en el epicureísmo, pero también para el estoicismo.

30. Smith 2003, 121. No incluido en García Gual 2014.

31. Capital macedonia: Alejandro y su corte son ejemplo de vanidad del poder y de la gloria en la filosofía helenística y romana.

32. Smith 2003, 123. No incluido en García Gual 2014.

33. De nuevo, el azar, la suerte o la fortuna, un tópico constante en el complicado mundo helenístico.

34. *Euthymia*, un concepto que también aparece en la ética de Demócrito, como ha estudiado García Gual (2021) en la edición de sus fragmentos.

35. Hammerstaedt y Smith 2010, 17. No incluido en García Gual 2014.

36. Hammerstaedt y Smith 2010, 22. No incluido en García Gual 2014.

37. Hammerstaedt y Smith 2011, 101. No incluido en García Gual 2014.

38. Evidentemente, un fragmento final de una carta, véase Hammerstaedt y Smith 2012, 21.

39. Traduzco así *philanthropon*, recordando las líneas dedicadas al tema en la introducción.

40. Además de las máximas sueltas que hemos ido recogiendo, Diógenes hizo grabar en su inscripción esta carta de Epicuro a su madre. Hay la tradición filosófica de cartas y consolaciones a las madres entre epicúreos y estoicos (como en el caso de Séneca). Sobre la relación de Epicuro con su madre y sus familiares, cf. más arriba Dióg. Laerc. X 9.

41. Suposición del editor Smith.

42. Probable referencia a los dioses. Ya un griego, aunque fuera racionalista y escéptico, no podía prescindir de sus estupendas historias, que eran materia prima del arte y la literatura.

43. Sabemos que Diógenes es de avanzada edad, como dice en el F 3. En la filosofía es muy conocido el *De senectute* de Cicerón, contraparte ecléctica de estos consejos.

44. Dicho con ironía, como se comentaba en la introducción, Epicuro no tenía mucho aprecio por la *paideia* tradicional. Diógenes Laercio recuerda que el comienzo de su andadura filosófica fue debido al desengaño con los maestros de escuela y, especialmente, ante la incapacidad de uno de ellos de

explicarle un verso de Hesíodo. Este poeta, junto con Homero, eran la base de la educación tradicional, que diversos filósofos, desde Platón a los helenísticos, quisieron impugnar.

45. Heródoto (I, 31) cuenta cómo el sabio Solón le explica al rey Creso el caso de estos dos jóvenes como ejemplo moral de vida plena y muerte feliz. Su madre, según el mito, pidió a Hera que concediese a sus hijos el mejor regalo que un dios pudiera dar a un mortal y la diosa les concedió un sueño letal. La enseñanza era que no había que considerar la muerte como un mal, sino como el mayor bien que pueden conceder los dioses.

46. Cf. Homero, *Ilíada* II 53 y III 150.

47. Hammerstaedt y Smith 2011, 109. No incluido en García Gual 2014.

48. La cólera de Aquiles, el gran tema de la *Ilíada*.

49. Hammerstaedt y Smith 2012, 32.

50. Hammerstaedt y Smith 2012, 25. Sigo la interpretación de Smith.

*El jardín de la felicidad*
David Hernández de la Fuente

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

©selección de textos, traducción, introducción y edición de David Hernández de la Fuente, 2026

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: Verdure with Château and Garden / © Katharine Ghuys, the Widow Guillaume Werniers / Getty Museum

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

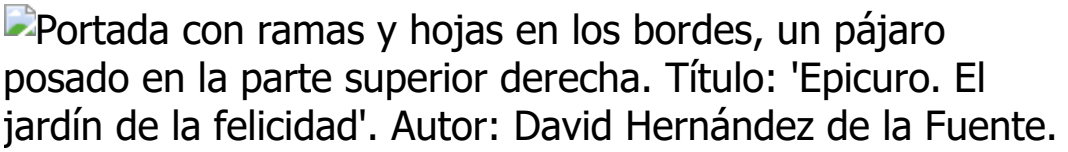
Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-344-4061

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**visita nuestras webs para más libros:**
**lectuepublibre6.com**

**epubera1.com**
**libronera.com**
**lectunautas.com**


Portada con ramas y hojas en los bordes, un pájaro posado en la parte superior derecha. Título: 'Epicuro. El jardín de la felicidad'. Autor: David Hernández de la Fuente.